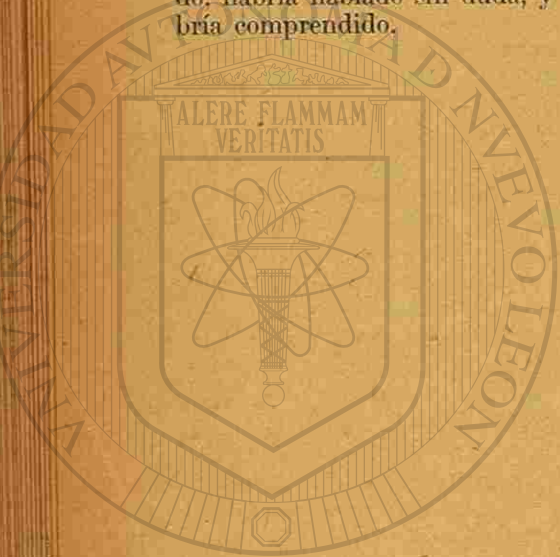


comprar el abrigo de mi techo. Compréndeme, por compasión, y no me insultes.

Hermanos, guardé silencio. Si la hubiese amado, habría hablado sin duda, y quizás ella me habría comprendido.



XI

Creo que me faltaron habilidad y prudencia. Me apresuré, pasé de largo, sin preguntar a Lorenza si me comprendía. Yo, que ignoro la vida, ¿cómo puedo enseñar su ciencia? ¿Qué podría yo poner en práctica, a no ser sistemas, reglas de conducta soñadas a los diez y seis años, hermosas en teoría, absurdas en la práctica? ¿Me basta querer el bien, tender hacia un ideal de virtud, vagas aspiraciones cuyo verdadero objeto es indeterminado? Cuando la realidad se presenta, sé cuán poco se formulan tales aspiraciones, cuán impotente soy para estrecharla o vencerla, por ignorar cómo la habría de coger, y por no poder confesarme siquiera tras qué victoria voy en pos. Una voz me grita dentro de mí que no quiero la verdad; no deseo cambiarla, tornarla en buena de mala que me parece. El mundo que existe continúe tal como está; tengo la osadía de querer crear un mundo nuevo, sin valerme de las ruinas del antiguo. Careciendo así de base, el andamiaje de mis ensueños se viene abajo al menor choque. No soy más que un pensador inútil, amante platónico del bien, merecido por vanos delirios de la mente, cu-

yo poderío se desvanece en cuanto toca a la tierra.

Me sería más fácil, hermanos, dar alas a Lorenza, que darle un corazón de mujer.

Somos niños grandes. No sabemos qué hacer de esa sublime realidad que nos viene de Dios y que menoscamos a nuestro gusto en nuestras fantasías. Somos tan desmañados para vivir, que la vida se hace mala. Sepamos vivir y el mal desaparecerá. Si poseyese el gran arte de lo real, si tuviese conciencia de un paraíso humano, si pudiese distinguir la quimera de lo posible, hablaría, me entendería Lorenza. Sabría que había de reprenderle y qué proponerle como ejemplo. Ciencia delicada que me haría conocer las causas de su caída y dar con un remedio para cada herida de su corazón. Mas ¿qué hacer cuando mi ignorancia levanta una barrera entre ella y yo? Yo soy el ensueño, ella la realidad. Andaremos uno al lado del otro sin encontrarnos jamás, y una vez terminado nuestro camino, ella no me habrá entendido y yo no habré logrado comprenderla.

He pensado volver a comenzar para tomar a Lorenza tal como es y hacerla recorrer la ruta que sus pies humanos le puedan permitir. He querido estudiar la vida con ella, bajar para tratar de subir unidos. Puesto que me es necesario andar a tientas en tan ruda labor, del último peldaño he querido partir.

¿No sería muy señalada recompensa que la indujese a darme todo el amor de que es capaz? Mucho temo, hermanos, que nuestros ensueños no sean más que mentiras; siéntolos pequeños y pueriles ante una realidad de que vagamente me doy cuenta. Días hay en que, más lejos que los destellos y los perfumes, más allá de esas visiones indecisas que no puedo poseer, entreveo los atrevidos contornos de lo que es. Y comprendo que allí está la vida, la acción, la verdad; al paso que, en el

ambiente que me creo, se agita un pueblo extraño al hombre, vanas sombras cuyos ojos no me ven, cuyos labios no pueden hablarme. El niño puede placerse con esos amigos fríos y mudos; teniendo miedo a la vida, se refugia en aquello que no vive. Pero nosotros, hombres, no debemos contentarnos con esa eterna nada. Nuestros brazos han sido creados para abrazar.

Ayer, cuando salí con Lorenza, encontramos una cuadrilla de máscaras, amontonadas en un coche y dirigiéndose al baile, embriagadas, desgrefnadas y moviendo gran alboroto. Hénos ya en enero, en el mes terrible. La pobre muchacha se conmovió al oír los gritos de sus hermanas. Sonrió y volvió la cabeza para mirarlas por más tiempo. Era aquélla su alegría de la víspera que pasaba, sus indolencias, su vida loca y tan punzante, que no hay medio de echar en olvido sus abrasadores regocijos. Volvió a casa más triste y se metió en cama, enferma de silencio y de soledad.

Esta mañana he vendido alguna ropa, he ido a alquilar un traje para Lorenza y le he anunciado que iríamos al baile esta misma noche. Se me ha echado al cuello, y luego se ha apoderado del traje y se ha olvidado de mí; ha fijado la vista en cada lazo, en cada lentejuela; impaciente por adornarse, se ha hechado sobre los hombros los jirones de raso, embriagándose con el crujir de la tela. De vez en cuando volvíase hacia mí para darme gracias con una sonrisa. He comprendido que nunca me ha amado tanto, y a punto he estado de arrancarle de las manos aquellos guiñapos, que me valían la estimación que toda mi bondad no ha podido granjearme nunca.

Hacíame entender por fin. Cesaba de ser para ella un ente desconocido, espantoso de austeridad y de aburrimiento. Iba yo al baile como los demás amantes; como ellos, alquilaba disfraces y re-

gocijaba a mis queridas; era un muchacho encantador a quien gustaban, como a todo el mundo, los hombres desnudos, los gritos y las blasfemias. ¡Ah! ¡qué gozo! mi cordura mentía.

Lorenza se ha encontrado en país conocido; ya no ha tenido miedo, ha recabado su libertad de movimientos y ha estallado en risas a boca llena; sus palabras groseras, sus ademanes libres la henchían de bienestar; encontrábase a sus anchas en su desnudez.

Yo lo había querido, mas no sin esperar que un mes de tranquilidad, sin hacer de ella una joven honrada, le habría hecho olvidar un tanto a la pérdida de ayer. Había pensado que, una vez caída la máscara, el rostro que entonces apareciera, mostraría menos marchitos los labios y más rubor en la frente. Pero no; tenía en mi presencia las mismas facciones ajadas, el mismo reir grosero y alborotado. De tal modo había entrado aquella mujer en mi buhardilla, vendiendo su cuerpo por encontrar abrigo y lo mismo la volvía a encontrar, tras haber estado protestando un día y otro día contra la infamia de aquel trato. Nada había aprendido, nada había olvidado, y si sus miradas brillaban con nueva expresión, era debido a la miserable alegría de ver que yo, por último, parecía aceptar en pago su cuerpo. Ante tan extraño resultado, me he preguntado si no sería una burla el probar de nuevo. Yo había querido una Lorenza real, y esta Lorenza, en que sonreía un soplo de vida, me espantaba tal vez más que la tétrica criatura del día anterior. Pero la lucha prometía ser tan reñida, que, en el fondo de mí ser, sentía que mi audacia de veinte años se sublevaba ante mi repugnancia y mi terror.

Al dar las diez, aunque el baile no se abría hasta media noche, Lorenza se ha puesto a vestirse; pronto en la estancia no ha reinado más que el

desorden; el agua, rebotando de la cubeta y chorreando de los trapos mojados, inundaba el pavimento; la espuma de jabón que le caía de las manos, se extendía por tierra en charcos blancuzcos; el peine andaba por el suelo, cerca del cepillo, y las ropas olvidadas sobre las sillas, sobre la chimenea, en los rincones, se calaban en medio de los charcos. Lorenza, para estar más cómoda, se había puesto en cucullas; habíase lavado energicamente, echándose a manos llenas el agua al rostro y en los hombros. El jabón, sucio de polvo, dejábale, a pesar de aquel diluvio, extensas manchas sobre la piel. Entonces, desesperada, me ha llamado en su ayuda.—Tengo la espalda por completo negra—me ha dicho,—y no puedo alcanzar con las manos.

Luego se ha levantado, dando diente con diente, con los hombros colorados, y me ha dado la toalla.

La llave se había quedado en la puerta, y mientras yo pasaba el helado trapo por la nuca de Lorenza, ha entrado Paquerette. Esta vieja aparece así de vez en cuando, en busca de algún tizón, y la lástima que me inspira no me permite echarla de asco.

—¡Ah! mi buena amiga—le ha dicho mi compañera,—ven a ayudarme un poquito. Claudio tiene miedo de hacerme mal.

Paquerette toma el trapo y se pone a frotarla con toda la fuerza de sus delgados brazos. No parecía admirarle aquel desorden ni aquella mujer en cueros; con toda complacencia paseaba sus manos ateridas sobre aquellos hombros frescos aun, envidiando su blancura y pensando en los placeres de antaño. Lorenza, con la cabeza medio ladeada, le sonreía y se estremecía, agitada, jadeante, al súbito contacto de un agua más fría.

—¿Dónde vas hijita?—le ha preguntado la horrible viejecilla.

—Claudio me lleva al baile.

—¡Ah! muy bien hecho, señor—responde Paquerette, deteniéndose y volviéndose hacia mí.

Después, tomando un trapo seco, continúa, sin dejar de enjugar a Lorenza con cariño.

—Pensaba yo esta mañana que ustedes debían de morir de tristeza, encerrados siempre en esta habitación. Es una buena muchacha la que tiene usted aquí, caballero. Conozco más de una que le habría plantado a usted. Vaya, hijita mía, ya estás hecha un sol. No te faltarán galanes esta noche. ¿Es usted celoso?

No he podido contestar. Sonreía maquinalmente, siguiendo con la mirada aquella extraña escena. Una misma idea que se presentaba sin cesar a mi mente, me impedía entender. Era la de un antiguo grabado que había visto no sabía dónde, representando a Venus en su tocado, bañada por unas ninfas y acariciada por unos amoreillos. La diosa se entrega en brazos de sus mujeres, jóvenes y hermosas como ella; la espuma de las ondas es lo único que vela su voluptuosa desnudez; y, allá en la orilla, un viejo fáuno, ante tanta juventud y frescura, olvida sus deseos en muda admiración.

—Es celoso, es celoso—repetía Paquerette, con aguda risa cortada por hipo.—Mejor para ti, hijita mía; más regalos te hará, y le engañarás más fácilmente. Allá en mis tiempos tuve un amante que se parecía a usted mucho, caballero; un poco más pequeño, se me figura; pero los mismos ojos, la misma boca; hasta los cabellos llevaba, como usted, echados para atrás. Me adoraba, me abrumaba a fuerza de caricias y me seguía por doquiera, lo que no impidió que yo le plantase al cabo de ocho días.

Mientras charloteaba, Lorenza se había tapado. Habíase peinado en pie, delante de ella, ha cesado de hablar, contemplando con fervoroso éxtasis los paquetes de cosmético, los tarritos de aceite aromático, perfumería barata comprada en los puestos al aire libre. Al ver que prescindían de mí, he ido a sentarme a un rincón.

El espejo me enviaba sus imágenes; aquellos dos rostros, a pesar de las arrugas del uno y de la relativa frescura del otro, me parecían hermanos, en su común expresión de envilecimiento. Las mismas miradas turbadas por las ardientes noches, los mismos labios deformados bajo brutales caricias. Apenas podía leerse en sus ajadas mejillas el número de años que separaba sus edades. Ambas aparecían igualmente viejas por su desordenada vida por un instante creído amante de Paquerette, y he cerrado los ojos.

Teníanme olvidado. A cada instante cambiaban una palabra a media voz. Lorenza se ponía hecha una furia, y golpeaba el suelo con el pie cuando algunos cabellos rebeldes se obstinaban en no rizarse. Entonces la viejecilla hablaba de sus rubios cabellos de los tiempos que fueron; describía el tocado de las muchachas de entonces, y, para que mejor la comprendiese, Lorenza se arreglaba los pelos grises delante del espejo. Luego eran de oír los elogios sobre la juventud de mi compañera, las quejas sin fin sobre las desazones de la ancianidad. Las arrugas se habían presentado antes del cansancio del cuerpo; de ahí su gran sentimiento por no haber acabado la vida a los veinte años. Hoy le es forzoso vivir sin darse prisa, en silencio y obscuridad, nutriendo celosa admiración por las que todavía pueden envejecer.

Lorenza escuchaba y contestaba con preguntas, diciendo si tal dulce la sentaba bien, como en demanda de nuevos elogios. Después, cuando los ca-

bellos por largo rato atormentados, han estado bien dispuestos, se ha tratado de emprenderla con el afeite del rostro. Entonces Paquerette ha querido poner mano en la obra maestra. Ha puesto rojo y azul sobre muñequitas de algodón en rama y las ha pasado lijamente por las mejillas y en torno a los ojos de la joven. Ha agrandado los párpados, purificando la frente y llevando la salud a los labios. Y, así como nosotros, pobres soñadores, que revocamos la realidad con colores discordantes y que en seguida clamamos contra la creación, así ella ha quedado maravillada de su obra, sin ver que, a cada instante, su trémula mano barajaba las facciones, exageraba el carmín de la boca y el grandor de los párpados. Puesto en sus dedos, aquel rostro cambiaba horriblemente para mí. En algunos lados tomaba tintes mates y terrosos, mientras que otros relucían frotados de unguento, para fijar el afeite. El cutis, violentado e irritado, parecía hacer muecas; el semblante entero, a la vez rosado y marchito, ostentaba la sonrisa estúpida de las muñecas de cartón. Los tonos eran tan chillones y tan falsos, que herían la vista.

Lorenza, rígida e inmóvil, con la mirada medio vuelta hacia el espejo, se dejaba rejuvenecer con toda complacencia; con la uña borraba los rasgos demasiado delatores. Inclinábase muy seria y estudiaba unos instantes cada una de las bellezas que le transmitía Paquerette.

Esta, terminada la obra, ha retrocedido algunos pasos para juzgar mejor el efecto. Luego, satisfecha, ha exclamado:

—¡Ah! hijita mía, no tienes más que quince años.

Lorenza le ha dirigido una sonrisa. Ambas procedían de buena fe; admiraban con toda franqueza, sin que, ni por soñación, dudasen del milagro realizado. Tan sólo entonces se han acordado de

mí. La joven, orgullosa con sus quince años, se ha acercado a besarme, queriendo ofrecerme la virginidad de su juventud de una noche. Sus hombros descubiertos despedían ese olor fresco y soso de la persona que sale del baño. Al contacto de aquellos labios fríos y húmedos con el colorete, me he estremecido de repugnancia.

—Acuérdate de mí, niñita mía—ha dicho Paquerette al retirarse.—A las viejas nos gustan los dulces.

Una vez solos, hemos tenido que esperar aún dos largas horas. No recuerdo aburrimiento más grande. Aquella espera de un placer que me repugnaba, ocultaba un no sé qué de doloroso, y las impacencias de Lorenza retrasaban más aun para mí el lento andar de los minutos.

Habíase sentado en la cama, con su traje de raso color de rosa con lentejuelas doradas; aquellos oropeles producían rarísimo efecto al destacarse sobre el ahumado papel de la habitación.

La lámpara se apagaba, y el silencio era sólo interrumpido por la lluvia que azotaba los vidrios.

Hermanos, ignoro si el fondo de mi alma abriga algún sentimiento vergonzoso; sea como sea, quiero confesároslo a vosotros, que debéis conocer mi carácter por completo: en presencia de aquella mujer, abandonado por mis caros pensamientos de cada día, me he visto deseando a Lorenza joven y hermosa; he deseado poder cambiar ese chiribitil por misterioso retiro, provisto de cuanto la voluptuosidad más refinada puede apetecer. Y entonces podría dar satisfacción a los ensueños de mis horas tristes. Lo que me repugnaba no era ya el vicio, sino la fealdad y la miseria.

He ido por último en busca de un carruaje y hemos partido. A pesar de lo avanzado de la noche, las calles rebosaban de ruidos y de resplandores. Estrepitosas carcajadas en cada esquina,

grupos de borrachos y de mujercuelas en cada taberna. Nada parecía más odioso a la vista que aquel pueblo arrastrándose en el lodo, codeándose al son de los estribillos de las canciones más obscenas. Lorenza, inclinada sobre la portezuela, se reía como una infeliz de regocijo tan grosero; interpelaba a los transeuntes, buscando el modo de zaherir, dichosa con poder lanzarse a esa guerra de palabras socces que se hacen las máscaras entre sí.

Como yo permaneciese mudo:

—Pero, ¿qué haces?—me ha preguntado.—¿Es que me llevas al baile para dormir?

Entonces me he inclinado también, buscando alguien a quien insultar. De buena gana habría alzado el puño contra cualquiera de aquellos brutos a quienes regocijaba tamaño espectáculo.

Frente a mí, en la acera, se hallaba un joven, buen mozo y con el pecho al descubierto.

Un círculo de gente bromista le rodeaba, aplaudiendo cada una de sus blasfemias. Yo me sentía fuera de mí; le he amenazado con la mirada y le he lanzado al paso cuanto podía encontrar de más ofensivo.

—¿Y tu mujer?—me ha gritado.—Echala un poquitín al suelo, para que podamos palparla.

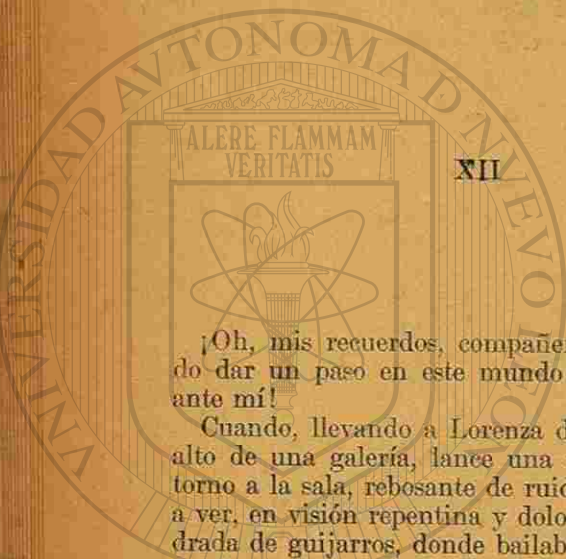
La tranquila grosería de aquel hombre ha trocado mi cólera en inexplicable tristeza. He levantado el cristal de la portezuela y apoyado la frente en la humedad, dejando que Lorenza continuase gozando de su triste placer.

Sentíame como mecido en los gritos de la muchedumbre y en el sordo rodar del coche; con la indecisa vista del ensueño veía a los transeuntes correr detrás de mí, extravagantes sombras que se agigantaban y se desvanecían sin ofrecer sentido alguno a mi espíritu. Y en aquel barullo, en aquella brusca sucesión de claridades y de sombras, me

acuerdo de haberlo olvidado todo por un instante, al mirar, entre los adoquines, los charcos de agua y de barro, sobre los cuales las luces de las tiendas lanzaban rápidos reflejos.

Y de este modo hemos llegado a la sala de baile.

Hasta mañana, hermanos. No lo puedo decir todo en un día.



¡Oh, mis recuerdos, compañeros fieles, no puedo dar un paso en este mundo sin que os alcéis ante mí!

Quando, llevando a Lorenza del brazo, desde lo alto de una galería, lance una rápida mirada en torno a la sala, rebosante de ruidos y de luz, volví a ver, en visión repentina y dolorosa, la era empedrada de guijarros, donde bailaban las muchachas de Provenza, por la tarde al son del pífano y del tamboril... Las campesinas (no las de nuestros sueños, las que tenían rostros y corazones de reinas), sino las pobres criaturas a quienes aquella ardiente tierra agosta prematuramente, nos parecían no saltar con pesadez, lanzándonos una estúpida risa al pasar. Nuestros ojos se cerraban a toda realidad. Más allá de los horizontes distinguíamos inmensos palacios, salas con pavimento de mármol, con elevadas y doradas bóvedas, henchidas de toda una multitud de mujeres jóvenes que se agitaban en seductora armonía, en una nube de encaje constelado de diamantes. Eramos en realidad niños grandes. Hoy las campesinas quedan vengadas de nuestros desdenes.

Desde la galería en que me encontraba, veía una especie de sala oblonga, bastante espaciosa, adornada con pinturas y dorados descoloridos. Un tenue polvillo, levantado por los pies de los danzantes, subía con lentitud del pavimento, como una neblina, y se condensaba en la bóveda. Las llamas del gas destacaban resplandecientes en aquella densa nube; todo allí adquiriría una apariencia de vaguedad, un extraño color de cobre viejo.

En el fondo, bailaba un espantoso torbellino de criaturas que no era posible distinguir; la furia de sus movimientos parecía comunicarse al ambiente condensado y nauseabundo; en aquella oscilación, creía yo ver agitarse las paredes y dar vueltas con la muchedumbre. Un clamoreo penetrante, acompañado de una especie de rodar continuo, dominaba la orquesta.

No podría narraros mi impresión primera en aquel sitio, en donde toda cosa vivía para mí con vida particular y desconocida. Los ruidos que parecían aullar, risas sonoras estallando en sollozos, las luces con rojos resplandores, los pavorosos movimientos de locura, los olores agrios y sofocantes, todo llegaba hasta mí en sensación aguda que henchía mi ser de vago espanto, al que se mezclaba voluptuosidad dolorosa. No podía reír, porque sentía apretada la garganta, y sin embargo, no me era posible apartar la cabeza, gozando en mi sufrimiento con penosa alegría.

Hoy comprendo el atractivo de tan ardientes noches. En los primeros días se estremece uno, y se niega al terrible júbilo; viene luego la embriaguez, y, perdida la cabeza, nos dejamos ir al abismo. Las almas vulgares pronto quedan dominadas. Las que tienen el valor de sus ensueños—¿me atreveré, hermanos, a contarme entre ellas?—se rebelan, y, en su franqueza, echan de menos los

aires de Provenza, donde las toscas campesinas bailan en la noche fresca y transparente.

Desde la galería en que estábamos, no podíamos ver sino el conjunto de la escena. Fuímonos abajo, por escaleras y corredores estrechos y oscuros. Llegados a la platea, nos vimos precisados a seguir un angosto paso entre las paredes y las parejas de baile. Todo deseo desapareció, y no me quedó más que repugnancia. Las mujeres se hallaban vestidas de pingajos de seda en jirones, con lentejuelas de cobre ennegrecido; sus hombros chorreaban de sudor; el afeite, en extensas lagunas y largos surcos, enrojecía y azulaba el cutis.

Una de ellas, con el rostro inflamado y la voz enronquecida, se volvió hacia mí, gesticulando y dando gritos. ¡Qué cara tan fea y tan extraña! Se me aparecerá en mis pesadillas.

No recuerdo haberme fijado en los hombres. Creo que la mayor parte estaban tiesos e inmóviles, mirando con gran sosiego los desordenados brincos de las mujeres. No podría decir qué clase de gente era aquella, ni si parecía que comprendiesen toda su necedad.

Cansando ya y sintiendo que la cabeza se me partía para llegar a una mesa, arrastrando siempre a Lorenza. Nos sentamos, y tomé lo que nos sirvieron, estudiando de cerca a mi compañera.

Lorenza, al entrar, había sonreído, estremeciéndose de satisfacción y aspirando con todos sus pulmones el aire aquel viciado, tan seductor a sus labios. Mas en breve su sonrisa quedó desvanecida, volviendo a adquirir su semblante taciturno. A veces, alargaba el brazo y tocaba con la mano a una mujer, a un hombre que pasaban. Entonces la sonrisa la aparecía unos segundos, y en seguida volvía a desaparecer. Medio retrepada en la silla y con los pies apoyados en un banquillo, balanceábase con lentitud, dirigiendo la vista a la pla-

tea, con atención y con fastidio a la vez. Paseaba sus miradas de grupo en grupo, silenciosa, volviendo la cabeza a cada nuevo ruido, como si quisiese no dejar que nada se le escapase. Mas era tanto el cansancio de su atención, que al ver su pálida y dolorida faz, me preguntaba yo qué singular placer podía experimentar para manifestarlo tan poco.

En dos ocasiones, creyendo que mi presencia la podría molestar, le dije que me dejara, si tal era su gusto, para ir con sus amigas y bailar en completa libertad.

—¿Y para qué voy a levantarme?—me contestó con toda calma.—Me encuentro bien, estoy contenta. ¿Estás cansado de tenerme al lado tuyo?

Y de este modo pasamos cinco horas mano a mano, en un ángulo de la sala, yo dibujando, sin percatarme de ello, monigotes en el mármol de la mesa, con algunas gotas de licor caídas de un frasco, y ella conservando una gravedad y un silencio desesperantes, con las manos cruzadas sobre la falda, que mantenían tirante sus rodillas apartadas.

Acabé por no darme cuenta de lo que pasaba en torno mío. El baile tocaba a su fin y yo cada vez me sentía más falto de respiración. Esta es la única y última sensación de que guardo memoria. Cuando el galop final me sacó de aquella especie de estupor profundo, vi que Lorenza se levantaba; lanzó una palabrota y dió un puntapié al banquillo que se había enredado en sus faldas; luego me tomó el brazo y dimos la última vuelta por el salón antes de salir. En el umbral, Lorenza se volvió bostezando y dirigiendo una mirada postrera al desgredado grupo de danzantes que vociferaban en medio de un alboroto horroroso.

Al poner el pie en la calle, un viento glacial que me azotó el rostro me produjo una sensación deliciosa. Sentíme renacer al bien, a la vida libre

y enérgica; disipóse la embriaguez, y, bajo la lluvia sutil de diciembre, gocé un instante de voluptuosidad, arrojando de mí todas las repugnancias de aquella ardorosa noche. Pude penetrarme de las miserias de que me apartaba, y habría querido vagar por las calles, dejando que el agua helada se deslizase en mi interior para que renovase mi ser.

Lorenza tiritaba al lado mío. Habíase atado el pañuelo sobre los desnudos hombros; no osando ayenturarse, miraba desesperada el sombrío cielo y los arroyuelos que inundaban las aceras. La pobre muchacha no tenía que esperar de aquel cielo de invierno sino alguna pulmonía.

Quedábanme dos francos; corrí a tomar un fiacre, en el que hice subir a Lorenza, la cual se acurrucó en uno de los rincones, donde se mantuvo silenciosa, sin cesar de tiritar. Veíala yo, a mi izquierda, como una blanca sombra desvanecida. A veces, una gota de lluvia detenida en su vestido, rodaba hasta mi mano.

Al cabo de un instante, apoderóse de mí una especie de postración, y el sueño cerró mis ojos.

En aquella somnolencia, parecíame oír el estruendo del baile; los vaivenes del coche me levantaban en alto como en baile furioso, y los ejes, chirriando agudamente, entonaban raros acordes, que durante toda la noche zumbaron en mis oídos. Cuando, febril y obsesionado, abría los párpados, miraba estúpidamente las paredes de aquella caja que parecía llena de charangas y de tumulto. Después sentía un agudo frío, y recordaba, encontrando junto a mi mano la mano helada de Lorenza. Fuera, la lluvia caía y las vacilantes luces huían con rapidez.

El cansancio prevalecía, y nuevamente sentíame arastrado en medio de ruedas de baile gigantescas, que se renovaban sin cesar. Hoy me parece

recordar vagamente había bailado así durante horas y horas. Hallábame clavado a un banquillo, al lado una mujer que temblaba de frío, y, sin saber de qué manera, daba vueltas en una especie de caja que rodaba con estruendo al fondo de un abismo glacial.

Una vez en mi cuarto, y en tanto que Lorenza se quitaba el traje, eché en la chimenea toda la leña que me quedaba. Después me apresuré a meterme en la cama, dichoso como un niño al encontrarme, en mi miseria, contemplando con amor las grandes claridades y las grandes sombras que las llamas del hogar hacían subir por las paredes.

La tranquilidad había vuelto a mi ser desde el punto y hora en que me encontré en el umbral de aquella habitación apartada; con la cabeza sobre la almohada, sosegado, casi sonriente, fijaba la vista en mi compañera, que, pensativa ante el fuego, se iba despojando, una a una, de las prendas de su ropa.

No tardó en venir a sentarse a mis pies al borde de la cama. Rompiendo por último el silencio que había guardado hasta entonces, se puso a hablar con volubilidad.

Envuelta en la camisa, con las piernas dobladas y juntas las manos atrayendo las rodillas, reíse como una descosida, echando la cabeza atrás. No parecía sino que se daba prisa en dar suelta a todas las palabras, a todos los regocijos que había reunido.

Durante cerca de una hora me estuvo hablando de los mil incidentes del baile. Todo lo había visto, lo había oído todo. Eran exclamaciones sin término, repentinas alegrías, recuerdos comprimidos y tumultuosos. Un caballero había resbalado de esta manera, una señora había renegado de tal otra; Juana llevaba un traje de lechera, que le sentaba que era un primor; Luisa estaba horroroso-

sa vestida de escocesa; y en cuanto a Eduardo, con seguridad había empeñado el reloj aquella misma mañana.

Y no acababa de hablar, recordando siempre algún incidente nuevo, y repitiendo diez veces el mismo detalle antes que guardar silencio. Después, como el frío se apoderaba de ella, tomó por último el partido de meterse entre sábanas. Aseguróme que en su vida se había divertido tanto en el baile, y me hizo jurar que volviera a llevarla en cuanto me fuera posible. De este modo acabó por dormirse, sin dejar de hablarme y riendo en su sueño.

Aquel brusco despertar, aquella fiebre de palabras, me admiraron sobremanera. No puede ni puedo explicarme todavía la frialdad la indolencia de aquella muchacha, en medio del tumulto de la noche, y sus carcajadas de alegría, sus charlas por la mañana, en nuestra habitación triste y muda. ¿Para qué arrancarme la promesa de llevarla, tan a menudo como me fuese posible, a esos bailes donde se reía y bailaba tan poco? Por otra parte, si obraba de buena fe, ¿qué significaba aquella alegría singular que se manifestaba por medio del silencio y del mal humor, y que estallaba más adelante en risotadas groseras y voluptuosas?

¡Desconocido mundo de la carne y de las pasiones infames, donde tropiezo con extrañezas a cada paso! No me atrevo aún a registrar todas esas miserias, ese pecho de mujer, frío en sus deseos, postrado y dormido en sus alegrías. Creíala salvada y me vuelve más terrible, más impenetrable que nunca.

XIII

Os quejáis de mi silencio, os inquietáis y me preguntáis qué nuevas tristezas hacen que la pluma se me caiga de los dedos.

Hermanos, son nuestras ridículas imaginaciones de niño que se disipan una tras otra. Este adiós a las esperanzas de la juventud, lleva consigo, en su saludable rudeza, profundas amarguras. Siento que me hago hombre, y lloro mis debilidades que se van, en tanto que siento gran orgullo por las fuerzas que me llegan.

¡Qué necia sería la juventud si no fuera por su hermosa ingenuidad! Las boberías en los labios del niño son una encantadora ignorancia, de que los hombres se regocijan con dulzura. Apenas hace un mes, era yo todavía un tonto y os hablaba candorosamente de la redención de las jóvenes. Con seguridad que, al oirme, un viejo habría sonreído de la mejor gana, a la vez que habría destinado la sonrisa al alma joven que tenía fe en toda perfección, y dirigido la ironía al absurdo muchacho que intentaba atrevidamente renovar el milagro que tan sólo Jesús pudo realizar.

¡Basta de mentiras! La verdad brutal tiene ex-

trañas dulzuras para aquellos a quienes atormenta el problema de la vida; cansados están de esas esperanzas que legan las madres a los niños, y que, tardas en disiparse, se abandonan una a una, prolongando su martirio. Por mi parte, aun cuando debiese sufrir todas mis amarguras en un solo día, preferiría ver claro en este mudo de corrupción, en que he venido a caer.

Es indudable que se han visto grandes arrepentidas. Mujeres de inmensos amores han dado a veces a un solo ser el corazón que repartían entre todos, y entonces han sido perdonadas. Mas estos son los milagros; las leyes comunes quieren que los corazones repartidos se dispersen en el camino y que los pedazos no puedan verse reunidos en la hora suprema.

Escuchadme, hermanos; cuando la Magdalena se arrastre a vuestros pies, maldiciendo sus pasados errores y prometiéndos una nueva juventud de amor, no la creáis. El cielo se muestra avaro de prodigios. La Providencia raras veces pone trabas a nuestras fatalidades. Decíos que el mal es poderoso, y que en este mundo la mentira no se convierte en verdad para el solo alivio de una pobre alma que padece. Rechazad a la Magdalena, negad su corazón y sus lágrimas y burlaos de toda redención. Esta es la sabiduría.

Siento que la experiencia viene a mí.

Lorenza es un alma manchada para siempre, una inteligencia perdida, una criatura dormida hasta tal punto, que ninguna quemadura sería capaz de despertarla del sueño que duerme en el cieno. Aunque macerarse su carne, y destruyese sus huesos a fuerza de golpes; aunque hablase a su corazón y alzase con mis besos sus párpados aplomados... permanecería siempre allí, a mis pies, acurrucada, sin un estremecimiento, sin un grito de dolor o de alegría.

A veces me asaltaban deseos de gritarle:

—Levántate y démonos de golpes; despiértate y grita y blasfema; haciéndome padecer hazme ver que vives aún.

Ella me mira con sus apagados ojos. Retrocedo espantado y no me atrevo a hablar. Lorenza está muerta, muerta de corazón y de espíritu. Nada tengo que hacer con un cadáver.

Hermanos, ya no me queda la menor esperanza; no quiero preocuparme más por esa joven. Ha rechazado mi vida de trabajo y yo no he podido aceptar la suya de intemperancia y escándalo; el ensueño tenía su asiento muy en lo alto, y la realidad me ha parecido un abismo. Me detengo y espero. ¿Qué? Lo ignoro.

No tengo para qué justificarme ante vosotros. Sé que veis con claridad mi alma y que os explicais mis actos como ideas de justicia y de deber. Tenéis más confianza en mí de la que yo me atrevo a tener en mí mismo.

A veces me interrogo y me juzgo como sin duda me juzgan los transeuntes con quienes me co-deo en esta vida; espántome de ese vicio que me rodea sin enviciarme, de esta mujer que duerme a mi lado, sin ser mi compañera. Desesperado entonces, ganas me dan de hacer lo que los demás harían, esto es, coger a Lorenza por los hombros y ponerla en el arroyo, donde la he encontrado. Allí caería tan desnuda, tan desolada, llevando en la frente la misma miseria y la misma infamia. Y, en cuanto a mí, cerraría mi puerta tranquilamente, no habiéndole robado nada, no debiéndole nada. La conciencia es ancha; personas hay que poseen la ciencia de permanecer honradas haciéndose cobardes y crueles.

Lorenza se me impone con toda la fuerza de su abandono. Aquí permanece, tranquila y pasiva. Con todo, no puedo arrojarla a la calle. Mi po-

breza me impide pagarle para que se vaya. Estamos fatalmente ligados uno a otro por la desgracia. En tanto que esté a mi lado, me creeré obligado a aceptar su presencia.

Espero por consiguiente, y lo repito, ignoro qué es lo que espero. Al igual que Lorenza, me rindo, vivo en una especie de somnolencia dulce y triste, sin padecer demasiado y no sintiendo en el corazón más que una gran fatiga. Después de todo, no estoy irritado contra esa muchacha; siento en mí más compasión que ira, más tristeza que odio.

Ya no lucho, me entrego; en la certidumbre del mal, encuentro un reposo extraño, un aplazamiento de todo mi sér.

XIV

¿Os acordais del gran Santiago, de aquél muchacho larguirucho y pálido? Aun me parece que lo veo, paseándose a la sombra de los plátanos, en el pradillo del colegio; andaba a paso lento y firme, apartando con el pie los guijarros; reíase con toda complacencia, razonando sus sonrisas y viviendo en la más soberana indiferencia. Recuerdo que en un día de expansión me confió el secreto de su fuerza. No comprendí nada de sus confidencias, a no ser que se proponía vivir feliz, tapiando su corazón y su pensamiento.

A los quince años yo no soñaba más que con el gran Santiago. Envidiaba sus largos cabellos rubios, su soberana indolencia. Entre nosotros pasaba por un tipo de elegancia y de aristocrático desdén. Habíame sorprendido aquel carácter egoísta, que nada tenía de joven ni de generoso; habíame puesto a admirar a aquel muchacho descolorido y frío, que pasaba por entre nosotros con la gravedad indulgente y superior de un hombre.

He vuelto a ver al gran Santiago. Es mi vecino; habita la misma casa que yo, dos pisos más abajo.

Ayer, al subir la escalera, me tropecé con un joven y una muchacha que bajaban. El, sin tílubeos y con toda naturalidad, me tendió la mano.

—¿Cómo estás, Claudio?—me preguntó.

No parecía sino que nos habíamos separado el día anterior. Apenas había interrogado mi rostro, mas yo me fijé en el suyo en la semi-obscuridad del pasillo, sin poder recordar sus facciones.

Su mano estaba fría; no sé por qué sensación extraña conocí de aquella carne quieta e indiferente.

—¿Eres tú, Santiago?—exclamé.—¡Gran Dios! ha crecido más todavía.

—Sí, sí, soy yo—me contestó con una sonrisa.—Vivo ahí, en lo hondo del corredor, número 17. Ven a verme esta noche, entre siete y ocho.

Y bajó sin volver la cabeza, precedido de la joven, que me miraba con sus ojos grandes de niña. Permanecí un instante inclinado sobre la baranda, siguiendo con la vista a aquel muchacho, que se alejaba con tranquilo andar, mientras que el corazón me latía violentamente en el pecho.

Llegada la noche, bajé al número 17. La habitación se hallaba alhajada con el lujo aparente, y que inspira asco, de los cuartos amueblados de París. No podéis imaginaros, hermanos, qué aspecto miserable y vergonzoso revisten las colgaduras coloradas, rasgadas y grises de polvo, los muebles negros y grasientos, las mayólicas cascadas, los objetos sin nombre, pingajos y despojos que se ven a lo largo de las húmedas paredes. Mi desván está más desalhajado, pero no es más feo. Dos ventanas, altas y anchas, adornadas con delgadas cortinas de muselina, derraman una claridad que ofende la vista sobre todo aquel estado de ruina. Vese allí una cama con descoloridos cortinajes, un armario de luna empañada y rota por un lado, un canapé y sillones en estado deplora-

ble, amarillentos por el uso; luego un lavabo, un escritorio, una mesa, sillas, muebles desiguales, de comedor, de alcoba, de salón, de gabinete. El conjunto ofrece un no sé qué de presuntuoso y de sucio que repugna. A primera vista diríase que se entra en una habitación honrada; después se ve la grasa sobre la caoba y los damascos y se experimenta como una impresión de vicio y de falta de limpieza.

Sentíme entristecido ante el nocivo aspecto de aquella morada y respiré con asco aquella atmósfera espesa y nauseabunda, hediendo al polvo, al viejo barniz y a las telas descoloridas, olor agrio y sofocante, que es el mismo en todos los hoteles.

Santiago, sentado ante el escritorio, trabajaba con todo sosiego, teniendo a la vista un Código abierto. La joven se hallaba tendida en el canapé, con los ojos clavados en el techo, silenciosa y grave.

Santiago giró a medias su asiento, y su rostro se me apareció en plena claridad. Es siempre el mismo rostro, un rostro soberbio e indiferente; léese en él una voluntad fuerte, compuesta de egoísmo y frialdad. El hombre ha llegado a ser lo que el niño prometía. Nuestro antiguo condiscípulo debe de ser en la vida lo que se llama un joven práctico y formal; tiende a un objeto, quiere ser abogado, procurador o notario, y a ello se dirige con todo el poderío de su reposo. Con el corazón cerrado, con la carne quieta, acepta este bajo mundo sin agradecimiento ni rebeldía. Santiago es un carácter honrado, un espíritu de justicia, que vivirá honorablemente, según el deber y las costumbres; no flaqueará, porque no tendrá que flaquear, y caminará recto y firme, sin tener nada que odiar ni que querer. En sus ojos claros e insubstanciales no he sabido encontrar el al-

ma; en sus pálidos labios no he podido ver la sangre del corazón.

Ante aquel hombre, apacible y sonriente, puesto de codos sobre sus libros de trabajo y tendiéndome su fresca mano, he pensado en mí, hermanos, en mi pobre sér agitado incesantemente por la fiebre de los deseos y de las penas. No adelanto sino vacilando; para protegerme carezco de esa hermosa quietud, de ese silencio del corazón y del alma. Soy todo carne, todo amor, y me siento vibrar profundamente a la primera sensación. Los acontecimientos me llevan, y no puedo guiarlos ni vencerlos. Mañana, en mi vida libre, si llega el caso de que agravie al mundo, el mundo se apartará de mí, porque habré cedido a mi arrogancia y a mis amores. Santiago será saludado, por haber seguido la ruta fijada. No me atrevo a decir en voz alta que la virtud es cuestión de temperamento; pero, hermanos, yo pienso en voz muy queda que los Santiagos de este mundo son cobardemente virtuosos, al paso que los Claudios tienen la horrible desgracia de llevar dentro de sí una eterna tempestad, un inmenso deseo del bien que les agita y les lleva fuera de los fallos de la multitud.

La joven había inclinado la cabeza, y me miraba, abierta la boca, y con los ojos agrandados. Su rostro tiene la transparente blancura de la cera, con manchas de rojo mate en las mejillas; sus pálidos labios y sus párpados caídos y parduscos, dan a su rostro un aspecto de niño enfermo y resignado. Tiene quince años, y, a veces, cuando sonrío, apenas se le echarían doce.

Mientras Santiago me hablaba con su voz lenta, yo no podía apartar mis miradas de aquel semblante doloroso, tan joven y tan marchito. Notábase en aquella cándida frente un desfallecimiento, una languidez terribles; la sangre no circulaba

ya bajo la piel; los estremecimientos de la vida no conmovían ya aquella carne adormecida. ¿No habéis visto jamás, en su cuna, a una niñita a quien la fiebre ha vuelto más blanca, más inocente aún? Duerme con los ojos abiertos; su carita es de ángel, dulce, reposada, y parece sonreír. La singular jovencita que tenía delante de mí, aquella mujer que se había quedado niña, pareciase a sus hermanas en la cuna. Sólo que aquí era mayor la compasión que suscitaba al ver, en una frente de quince años, tanta pureza, tanta palidez, todas las ingenuas gracias de la niña y todas las vergonzosas fatigas de la mujer.

Había doblado los brazos y sostenía su desfallecida cabeza.

Yo ignoraba su historia; no sabía quién era ni qué hacía allí. Pero, en todo su sér, veía la inocencia de su corazón y el baldón de su cuerpo, conocía la juventud de sus miradas y la vejez prematura de su sangre, y me decía que iba a morir de decrepitud a los quince años, virgen de alma. Demacrada y débil, tendíase como una cortesana y sonreía como una santa.

Permanecí dos horas largas entre Santiago y María, contemplando a aquellos dos seres y estudiando ambos rostros. No podía adivinar qué había aproximado semejante hombre a semejante mujer. Luego pensé en Lorenza, y caí en la cuenta de que existen uniones fatales.

Santiago me pareció satisfecho de la vida que lleva. Trabaja, regula sus placeres y sus estudios, lleva la vida de estudiante, sin impaciencia alguna y hasta, por el contrario, con cierta complacencia tranquila. Noté que sentía cierto orgullo al recibirme en tan hermosa estancia; sin duda no ve toda la inmoble fealdad de aquel lujo de mala procedencia. Por lo demás no es vanidoso ni fá-tuo; es sobrado práctico para tener tamaños de-

fectos. Tan sólo me habló de sus esperanzas, de su posición futura; tiene prisa por dejar de ser joven y vivir como hombre grave. Entre tanto, para hacer lo que hacen todos, consiente en habitar un cuarto de cincuenta francos al mes, en fumar, en beber un poquitín y hasta en tener una querida. Mas él considera todo esto como una moda a que no se puede negar; piensa, para cuando termine el último examen, desprenderse del cigarro, de María y de su vasito, como muebles en adelante inútiles. Calcula, minuto más o menos, la hora en que tendrá derecho al respeto de la gente de bien.

María escuchaba las teorías de Santiago con tranquilidad completa. No parecía comprender que era uno de los muebles de que se desharía el joven, cuando llegara la mudanza. Sin duda a la pobre niña le importa poco pertenecer a éste o al de más allá, con tal de tener un canapé en que reposar sus miembros doloridos.

Aparte de todo, Santiago y María se hablaban con una dulzura que me sorprendió. Parece como que se aceptan, tratándose bien uno y otro. No es esto amor, ni tan siquiera amistad; es un lenguaje fino, que evita toda contienda y que mantiene el corazón en perfecta indiferencia. Santiago debe de ser el inventor de semejante lenguaje.

Al cabo de una hora dijo que no podía perder más tiempo; púsose de nuevo a trabajar, suplicándome que me quedase, y asegurándome que mi presencia no le molestaba en lo más mínimo. Acerqué mi silla al canapé y me entretuve hablando en voz queda con María. Aquella mujer me atraía; sentía hacia ella ternura, compasión de padre.

Habla cual si fuese una niña, tan pronto con monosílabos, tan pronto con locuacidad, apasionadamente y sin darse punto de reposo. Habíala

juzgado bien; la inteligencia y el corazón se le quedaron en la infancia, en tanto que el cuerpo adquiría proporciones y se mancillaba. Tiene una ingenuidad exquisita, horrible a veces, cuando, con dulce sonrisa y muy abiertos los ojos, en que se pinta la admiración, deja salir las más groseras palabras de sus labios delicados. No se ruboriza, pues ignora en qué consiste el rubor; no parece tener conciencia de sí misma y se muere apaciblemente, sin saber lo que es ella, ni lo que son las demás jóvenes que se apartan cuando pasa.

Poco a poco me fué contando su vida, y pude, frase por frase, reconstruir su lamentable historia. Una relación me habría disgustado, pues habría titubeado en creer; prefiero que se haya confesado, sin darse cuenta ella misma, mediante declaraciones parciales, al azar de la conversación.

María cree tener quince años; ignora dónde nació y se acuerda vagamente de una mujer que le zurraba, su madre. Sus primeros recuerdos datan del arroyo; se acuerda de que jugaba en él y que en él descansaba. Su vida ha sido un interminable pasear por las calles; seriale difícil saber qué hizo hasta la edad de ocho años; cuando se le pregunta acerca de aquellos tiempos, contesta que nada sabe, a no ser que tuvo demasiada hambre y demasiado frío. A los ocho años, como todas las pequeñuelas desdichadas, vendía flores. Entonces dormía en la barrera de Fontainebleau, en un extenso desván sombrío, con toda una turba de muchachos de su edad, varones y hembras, que dormían en revoltijo. Desde los ocho a los catorce acudió a aquella perrera, eligiendo cada noche su rincón, besada por unos, zurrada por otros, creyendo en el vicio y en la miseria, sin que nada le precaviese, ni le sublevase el corazón. Era ya una criatura indigna y continuaba no obstante ignorando que poseía cuerpo y sentidos. Había hecho

el mal antes de saber que el mal existiese; hoy, en pleno libertinaje, conserva su carita de niña, sin haber dejado jamás de ser virgen e inocente. La impureza se había fijado en ella sobrado temprano para poder ser mancillada.

Entonces comprendía yo aquel rostro singular, mezcla de impudicia y de ingenuidad, de belleza joven y marchita. Explicábame aquella muchacha cínica, aquella mujer gastada, que se iba del mundo con el sosiego y la pureza de una mártir. Era hija de la gran ciudad, y la gran ciudad había hecho de ella aquella criatura monstruosa, que ni era niña ni mujer. En aquel sér, cuya alma no había evocado nadie, el alma dormía aún; ni siquiera el cuerpo había sido despertado nunca. María se encontraba siendo una pobre de espíritu y de cuerpo, que se entregaba por abandono, quedando pura en medio del cieno, no sabiendo nada y aceptándolo todo. Véola, en presencia mía, ajada ya, con su bondadosa sonrisa, hablándome, con voz un tanto ronca, como nuestras hermanas nos hablaban de sus muñecas, y siento que el corazón se me oprime horriblemente.

A los catorce años, una vieja, que ningún derecho tenía sobre ella, la vendió; dejóse comprar y se ofreció casi por sí misma, como ofreciera sus ramitos de violetas. Tenía aún las mejillas color de rosa y sus carcajadas resonaban alegremente. Diéronle vestidos de seda, alhajas; aceptó la seda y el oro como si fuesen juguetes, desgarrándolo y arrojándolo todo por la ventana. Por lo demás, María vivía así, porque ignoraba que se pudiese vivir de otro modo; carecía del sentimiento del lujo, y habría aceptado lo mismo un cuchitril que un hotel. Gustábale vivir ociosa y contemplar las paredes; el sufrimiento, que ya iba encorvándola, la acariciaba con el reposo, una especie de vago delirio de la mente, a cuyo despertar parecía in-

quieta y agitada. Cuando se le preguntaba qué era lo que había visto, contestaba en tono despavorido: "¡No lo sé!"

Así vivió casi cerca de un año, recorriendo los hoteles amueblados, durmiendo aquí y allá, sin perder un ápice de su serenidad. Como le mostrase yo alguna sorpresa y no pudiese dominar toda la repugnancia que me inspiraba semejante vida, quedose admirada, sin comprenderme.

Una noche la miseria se había vuelto a presentar. Iba María a dirigirse al desván de la barrera de Fontainebleau, cuando se tropezó con Santiago. Contóme este encuentro con voz que no olvidaré en toda mi vida, con miradas inmóviles en los ojos y ruidosas carcajadas en los labios. Ella fué la que se acercó a Santiago, pidiéndole el brazo, porque estaba obscuro y el empedrado resbaladizo. Sin duda no abrigaba el menor pensamiento malo. Santiago le hizo preguntas, y en vez de llevarla por el camino de Orleáns, la condujo a su casa. Ella le dejó obrar, siempre tranquila. Tal vez no habría mendigado una cama; pensaba en la paja del desván, pero aceptaba sin gozo ni repugnancia las blancas sábanas que se le presentaban. Desde aquel día ha vivido lo más posible en el canapé.

He creído comprender que Santiago, a su modo de ver, había hecho una buena adquisición al quedarse con María. Ya que necesitaba una querida, aquella era la que mejor le hacía al caso; una naturaleza debilitada y quieta, que no le molestaba en su indiferencia, una muchacha indolente y apática de quien se desprendería con facilidad, una mujer encantadora en medio de su palidez, que tenía toda la gracia de la juventud, sin sus caprichos ni inconsecuencias. Por otra parte, María, enferma en ocasiones, tiene sus días de vida y de regocijo; no se halla aún clavada a un col-

chón, y, cuando ríe al sol, resplandece hermosa, entre sus doradas guedejas, hasta el punto de hacer soñar al mismo Santiago.

Me he complacido, hermanos, en hablaros de Santiago y de María.

Permanecí dos ó tres horas junto a ellos, olvidando mis penas, y he querido olvidarlas más, refiriéndoos mi visita. Mundo es éste que no conocéis, mundo doloroso; su estudio resulta desapa- cible, rebotante de vértigo. Yo querría penetrar en los corazones y en las almas; me siento atraído por esas mujeres y esos hombres que viven a mi alrededor; tal vez en el fondo no encontraría más que ceno, mas, con todo, desearía sondear ese fondo. Viven una existencia tan singular, que creo siempre hallarme a punto de descubrir en ellos nuevas verdades.

XV

Vivimos al día, con la venta de libros viejos o de algunos harapos. Mi miseria es tan grande, que ni me percató de ella, ni dejo de dormir por la noche casi satisfecho, cuando me queda en el bolsillo una veintena de sueldos para las dos comidas del día siguiente.

Me he presentado en varias agencias para solicitar un empleo, y he sido recibido con sobra de brusquedad. He creído comprender que mi defecto es presentarme tan pobremente vestido. Que escribo mal—me dicen,—que no sirvo para mal- dita la cosa. Créolos bajo su palabra, y me retiro, abochornado por haber tenido un solo instante, la idea de robar el dinero a aquella honrada gente, poniendo a su servicio mi inteligencia y mi voluntad.

No sirvo para nada: tal es la verdad que he sacado de mis tentativas. No sirvo para nada, a no ser para sufrir, para sollozar, para llorar mi juventud y mi corazón. Vedme solo en el mundo, rechazado y miserable, sin atreverme a mendigar y sintiéndome más hambriento que el pobre que tiende la mano. Aquí vine mecido en un sueño de

gloria y de fortuna, y me despierto en pleno lodo, en la más extremada pobreza.

Felizmente, el cielo es clemente y misericordioso. Hay en la miseria una especie de sorda embriaguez, una somnolencia voluptuosa que adormece la conciencia, el cuerpo y el espíritu. No me doy claramente cuenta del grado de indignidad y de degradación en que me encuentro; padezco poco, dormido en el hambre y me revuelco en la ociosidad.

Leed lo que es mi vida.

Por las mañanas me levanto tarde. Las mañanas son brumosas, frías, oscuras; entra el día, gris y triste, por la ventana sin cortinas; arrástrase melancólicamente sobre el pavimento y las paredes, y experimento una sensación de bienestar al sentir el tibio calor de la ropa que he amontonado sobre el lecho. Lorenza duerme al lado mío con sueño de plomo, con el rostro vuelto hacia arriba y muda. Yo, con los ojos abiertos y con la sábana pegada a la barba, miro al techo atravesado por una larga grieta; ante ella caigo en verdadero éxtasis; la estudio, y sigo cariñosamente con la vista las quebradas líneas; la contemplo horas y más horas, sin pensar en nada.

Ese es el mejor instante del día; tengo calor y duermo a medias. El cuerpo se halla satisfecho y el espíritu avanza dulcemente por el hermoso país del semi-sueño, donde la vida reviste todas las voluptuosidades de la muerte. Luego, a veces, cuando me hallo por completo despierto, me abandono en brazos de algún sueño. Hermanos, ¡cuán niño debe de ser mi pobre corazón, para que todavía pueda engañarme! Ah, sí, siempre sueño, siempre vive en mí ese poder extraño que me permite huir de la realidad, crear, en todas sus partes, un mundo y unos seres mejores. Allí, entre dos sábanas sucias, al lado de una mujer fea y

vergonzante en su envilecimiento, en medio de una habitación oscura, veo con frecuencia con mis ojos un palacio, todo mármol, todo plata, y una amada, pura, luminosa, que me tiende los brazos y me llama a su diestra sobre el lecho de seda en que reposa.

Dan las once y salto de la cama. El húmedo frío de los ladrillos, que me hiela bruscamente las plantas de los pies, me despierta de mi ensueño. Póngome a tiritar y me visto de prisa y corriendo. Después empiezo a andar por la habitación, yendo de la ventana a la puerta, dirigiendo una mirada a la pared que es todo mi horizonte, y volviendo para mirar a Lorenza, sin verla. Fumo, bostezo y pruebo a leer. Tengo frío y me aburro.

Lorenza se despierta. Entonces empiezan los sufrimientos. Hay que comer; celebramos consejo. Buscamos por la habitación algo que poder vender. A menudo renunciamos a almorzar cuando el problema es de resolución demasiado difícil, y no hablamos más. Cuando hallamos algún guñapo, un papel, sea lo que sea, Lorenza se viste y va a ofrecer la miserable mercancía a un revendedor, que le da ocho o diez sueldos. Vuelve con pan y algún embutido, y nos lo comemos en pie, sin dirigirnos una palabra.

¡Cuán largos resultan los días para los pobres! Cuando hace demasiado frío y carecemos de fuego, nos volvemos a acostar. Si el tiempo se presenta más templado, trato de trabajar, entrándome calentura al querer hacer un trabajo que me rechaza.

Lorenza se deja caer en la cama, o anda a paso lento, arrastrando su vestido de seda azul, que parece llorar al rozarse con los muebles. El vestido está ya amarillo de grasa, desgarrado, mostrando la urdimbre en las costuras, y gastados los pliegues. Lorenza lo deja pudrir y caer en jiro-

nes, sin limpiarlo ni componerlo. Póneselo por la mañana, por no tener otro, y así se pasa el día entero en nuestro cuarto miserable, despeinado el cabello, con un vestido de seda suave; ese vestido color azul pálido, que brilla todavía por algunos sitios, es un andrajo infame, arrugado, descolorido, deplorable. Produce no sé qué torcedora angustia al ver esos harapos de rico tejido, ese lujo arrastrado en la miseria, esos hombros desnudos enrojecidos por el frío. Siempre me acordaré de Lorenza andando así vestida por el tabuco de mis veinte años.

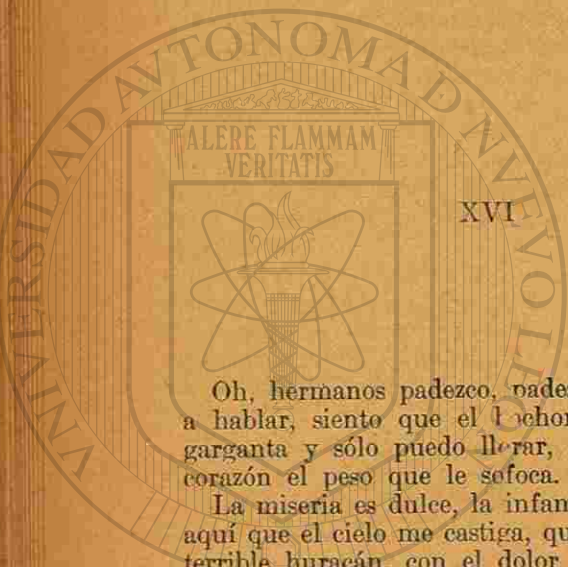
Por la noche la cuestión del pan se hace abrumadora y apremiante. Comemos o no comemos, y luego nos acostamos, cansados y adormecidos. Al siguiente día, la vida empieza de nuevo, semejante, más punzante y más ingrata que la víspera.

Hace una semana que no salgo a la calle. Una noche—no habíamos comido el día anterior—me quité el gabán en la plaza del Panteón, y Lorenza fué a venderlo. Estaba helando. Volvime corriendo a casa, sudando gruesas gotas, de miedo y de dolor. Dos días después, mi pantalón siguió el mismo camino del gabán. Aquí me tenéis desnudo. Me envuelvo en una manta, me tapo lo mejor que puedo y hago así todo el ejercicio posible para que mis articulaciones no se entumescan. Cuando alguien viene a verme me acuesto en seguida, pretextando una ligera indisposición.

Lorenza parece padecer menos que yo. No se muestra rebelde y no intenta substraerse a la existencia que llevamos. No puedo explicarme lo que es esta mujer. Acepta con la mayor tranquilidad mi miseria. ¿Es esto abnegación? ¿es necesidad?

Yo, hermanos, ya os lo he dicho; me siento bien, me duermo. Siento que mi sér se deshace, y

me dejo llevar de esa dulce postración de los moribundos, que piden compasión con voz débil y cariñosa. No tengo otro deseo sino el de comer con más frecuencia. Querría también que me tuviesen lástima, que me acariciaran, que me quisieran. Necesito un corazón.



Oh, hermanos padezco, padezco. No me atrevo a hablar, siento que el hocorno me oprime la garganta y sólo puedo llorar, sin apartar de mi corazón el peso que le sofoca.

La miseria es dulce, la infamia es ligera. Y he aquí que el cielo me castiga, que me doblega bajo terrible huracán, con el dolor de implacable herida.

Ahora, hermanos, podéis desesperar; ya no tengo más peldaños que descender; acabo de lanzarme al abismo y estoy perdido para siempre.

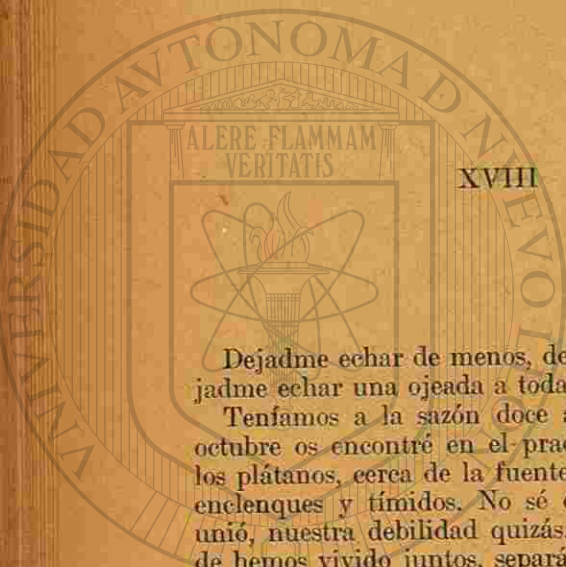
No me preguntéis. Dejo que mis gritos lleguen hasta vosotros, pues el dolor es sobrado agudo para que consiga sofocarlos. Pero detengo las palabras en los labios, pues no quiero asustaros ni afligiros, contándoos la horrible historia de mi corazón.

Decíos que Claudio ha muerto, que no le veréis más, que todo ha terminado. Prefiero padecer solo, resignado a morir, antes que turbar vuestra santa tranquilidad, desgarrándome ante vosotros, descubriéndoos mi sangrienta llaga.

XVII

¡No! padeceréis, mas no me es posible guardar silencio. Encontraré algún consuelo al mostrarme ante vosotros sin disfraz; cuando sepa que sollozáis conmigo, ¡me sosegaré!

¡Hermanos míos, amo a Lorenza!



Dejadme echar de menos, dejadme recordar, dejadme echar una ojeada a toda mi juventud.

Teníamos a la sazón doce años. Una tarde de octubre os encontré en el prado del colegio, bajo los plátanos, cerca de la fuentejilla. Vosotros erais enclenques y tímidos. No sé qué fué lo que nos unió, nuestra debilidad quizás. Desde aquella tarde hemos vivido juntos, separándonos por algunas horas, pero tendiéndonos la mano, con más cariño aun, después de cada separación.

Ya sé que no tenemos ni el mismo cuerpo, ni el mismo corazón. Vosotros vivís y pensáis de modo distinto que yo, pero, como yo, amáis. En esto estriba nuestra fraternidad. Tenéis mi sensibilidad y mis conmiseraciones, os arrodilláis en la vida, y buscáis a quién entregar vuestra alma. Todos comulgamos en la misma ternura y en los mismos afectos.

¿Os acordáis de nuestros primeros años? Leíamos cuentos que hacían dormir, grandes novelas de aventuras que nos tenían hechizados durante seis meses. Hacíamos versos y nos dedicábamos a la química, a la pintura y a la música. En la ha-

bitación de uno de vosotros, en el piso tercero, teníamos un espacioso cuarto, que era nuestro laboratorio y nuestro taller. Allí, en la soledad, cometíamos nuestros crímenes de niños; nos comíamos las uvas colgadas del techo, poníamos en peligro nuestra vista sobre las retortas al rojo blanco, y rimábamos comedias en tres actos, que leo aún cuando quiero sonreír. Muy bien recuerdo aquella gran habitación con su anchurosa ventana, inundada de blanca luz y atestada de viejos periódicos, de grabados pisoteados, de sillas sin asiento y de caballetes cojos. Ofréceseme dulce y risueña, cuando contemplo mi habitación de hoy y veo en mitad de ella erguirse a Lorenza, que me espanta y me atrae.

Mas adelante, el aire libre nos embriagó. Gozamos del saludable libertinaje de los campos y de las largas caminatas; fué aquello como una locura, como un frenesí. Se destrozaron las retortas, olvidáronse las uvas, se cerró la puerta del laboratorio. Por las mañanas salíamos antes de que amaneciera. Yo acudía bajo vuestras ventanas a llamaros en plena noche y nos dábamos prisa para salir de la ciudad, con el morral a la espalda y la escopeta al brazo. No sé qué caza era la que emprendíamos; íbamos, olfateando en el rocío, corriendo por entre las altas hierbas que se inclinaban con ruidos secos, y revolcándonos en la campiña como potros escapados. El morral volvía vacío al regreso, pero la mente se hallaba henchida y el corazón también.

¡Qué comarca tan esplendente, áspera y dulce a la vez para los que se han penetrado de sus ardores y de sus ternuras! Recuerdo alboradas argentadas y húmedas, casi frescas, que llevaban a mi ser y a los horizontes una paz de suprema inocencia; recuerdo aquellos soles abrumadores, aquel aire abrasador, pesado, resplandeciente, que aplas-

taba la tierra; aquellos amplios rayos que se desprendían de las alturas, como oro en fusión. Hora viril y fuerte, que transmitía a la sangre precoz madurez y a la tierra entrañas fecundas. Caminábamos como buenos muchachos, en aquellas alboradas y aquellos soles jóvenes y ligeros por la mañana, pero graves, ensimismados por la noche; hablábamos como hermanos, compartiendo el mismo pan y experimentando iguales emociones.

Los terrenos eran amarillos o rojos, desiertos y desolados, plantados de raquícos árboles; acá y allá veíanse bosquecillos de follaje, de verde sombrío, manchando la gran extensión gris de la llanura; después, allá en lo más lejano, en torno al horizonte, y colocados en inmenso círculo, se distinguían cerros de escasa altura, endentados, de verde claro o de violeta pálido, recortándose con delicada limpieza sobre el azul intenso y profundo del cielo.

No se apartan de mi memoria aquellos encantadores paisajes de mi juventud; sé muy bien que les pertenezco, que lo poco de amor y de verdad que existe en mí procede de su tranquilo afecto.

Otras veces, allá a la noche, cuando el sol caminaba a su ocaso, tomábamos el blanco camino real que lleva al río. Pobre río, mezquino como un arroyuelo, allá estrechado, turbio y profundo y aquí ensanchado y deslizándose cual sábana de plata sobre lecho de guijarros.

Elegíamos uno de los huecos, al pie de un ribazo escarpado que las aguas habían abierto, y nos bañábamos bajo los árboles que extendían su ramaje. Los últimos rayos del sol se deslizaban por entre las hojas, sembrando el sombrío follaje de manchas luminosas que se extendían en el río formando inmensas placas de oro. No distinguíamos más que agua y verdura, pequeños espacios de cielo, la cumbre de alguna colina lejana, los viñedos

del campo vecino. Y así pasábamos la vida en el silencio y en la deliciosa frescura.

Sentados en la orilla, sobre la fina hierba, con las piernas colgando y con los desnudos pies desflorando el agua, gozábamos lo indecible de nuestra juventud y de nuestro fraternal amor. ¡Qué hermosos sueños hemos concebido en aquellos ribazos, cuyas ondas arrastraban diariamente gruesas arenas! Así huyen nuestros ensueños arrebatados por la vida.

Hoy los recuerdos son acerbos e implacables para mí. A ciertas horas, en mi ociosidad, me asalta, repentino, el recuerdo de aquella edad, agudo y doloroso, con la violencia de un estacazo, y me parece que una quemadura me atraviesa el pecho. Es la juventud, que despierta en mí, desolada y moribunda. Cójome la cabeza con las manos y contengo mis sollozos; evoco, con amarga voluptuosidad, la historia de los pasados días y me complazco en ensanchar la herida, repitiéndome que todo aquello ya no existe y que no existirá jamás. Luego el recuerdo se desvanece; el relámpago pasa, y me quedo aniquilado, sin acordarme de nada.

Con el andar de los tiempos, en aquella edad en que el hombre despierta en el niño, nuestra vida cambió. Doy la preferencia a aquellas primeras horas sobre las otras de pasión y de virilidad nacientes; el recuerdo de nuestras cacerías, de nuestra existencia vagabunda, no es más dulce que la lejana visión de las muchachas, cuyos semblantes quedan grabados en mi corazón. Véolas pálidas y borrosas, en su frialdad, en su indiferencia de vírgenes; pasaron sin conocerme, y, hoy día, cuando vuelvo a pensar en ellas, me digo que ellos no pueden pensar en mí. No estoy seguro, pero esta idea hace que me parezcan extrañas; no hay cambio de recuerdos; mírolas como simples

ideas, como ensueños que he acariciado y que han desaparecido.

Permitidme también hacer memoria de la gente que nos rodeaba, de aquellos profesores, de aquellas buenas personas que podrían haber sido mejores, si hubiesen tenido más juventud y más amor de aquellos condiscípulos, los buenos y los malos, que se mostraban sin piedad y sin alma, como todos los muchachos.

Yo debo de ser una criatura extraña, buena únicamente para amar y para llorar, pues me he enternecido y sufrido desde mis primeros pasos. Mis años de colegio fueron años de lágrimas. Hallábame dotado de la arrogancia de las naturalezas amantes. No me amaban porque no me conocían y yo me negaba a dejarme conocer. Hoy ya no alimento odios y veo con claridad que he venido al mundo para destrozarme a mí mismo. He perdonado a mis antiguos camaradas, que me maltrataron y me hirieron en mi orgullo, en mi ternura; los primeros me dieron rudas lecciones de mundo. Casi les doy las gracias por su dureza. Había entre ellos insignificantes muchachos, necios y envidiosos, que deben de ser en el día imbéciles perfectos y hombres malvados. He olvidado hasta sus nombres.

¡Oh! dejadme, dejadme traer a la memoria mi pasada vida; en esta hora de angustia, me acude en momentos de sensación única, de conmiseración y de pena, de dolor y de alegría. Siento mis entrañas profundamente conmovidas, cuando comparo cuanto existe con lo que no existe ya. Todo lo que ya no existe es la Provenza, la dilatada campiña, inundada por el sol; sois vosotros, son mis lágrimas y mis risas de otro tiempo; lo que ya no existe son mis esperanzas y mis ensueños, mis inocencias y mis arrogancias. ¡Ah! lo que existe es París con su lodo, mi habitación con

su miseria; cuanto existe es Lorenza, es la infamia, es mi ternura hacia esa mujer.

Escuchad; estábamos, según creo, en el mes de junio. Nos encontrábamos a la orilla del río, sobre la hierba y con la faz vuelta al cielo. Yo os estaba hablando. Acabo de recordar mis palabras, y el recuerdo me ha abrasado. Os decía que mi corazón estaba necesitado de pureza y de virginidad, y que me gustaba la nieve, porque era blanca; que prefería el agua de manantial al vino, porque aquella era límpida y pura. Señalándoos el cielo, os decía que era azul e inmenso como el mar, claro y profundo, y que amaba el cielo y el mar. Luego me ponía a hablaros de la mujer; habría querido que naciese a semejanza de las flores silvestres, al aire libre, en pleno rocío, que fuese planta de las aguas y que una eterna corriente lavase su corazón y su cuerpo. Jurabaos que no amaría sino a una virgen, una virgen niña, más blanca que la nieve, más límpida que el agua de los manantiales, más profunda y más intensa en pureza que el cielo y que la mar. Durante mucho tiempo me desahogaba de tal manera con vosotros, estremeciéndome con santo anhelo, ávido de inocencia, de pureza inmaculada, no pudiendo contener mi ensueño que se remontaba a las regiones de la luz.

Pues bien, ya poseo a mi virgen niña. Está aquí, y la amo. ¡Oh! ¡si pudieseis verla! Su rostro es sombrío e inflexible, como cielo cubierto; bajaron las aguas, y se bañó en el fango. Mi virgen niña se ha manchado hasta tal punto, que en otro tiempo no habría osado tocarla con el dedo, por temor de morir. La amo.

Ya lo veis, me río, y saboreo un encanto particular burlándome de mí. Yo soñaba con el lujo y ni siquiera tengo un andrajo para cubrir mis car-

nes; soñaba con la virginidad, y amo a una mujer impura.

En mi miseria, cuando mi corazón ha manado sangre y he llegado a comprender que amaba, la garganta se me ha oprimido y el terror se ha apoderado de mí. Entonces ha sido cuando los recuerdos han surgido, sin que me haya sido posible arrojarlos de mí; han permanecido aquí, implacables, en tropel, tumultuosos, penetrando todos a la vez en mi pecho, que estaban abrasando. No los he llamado yo; han venido y los he tenido que soportar.

Cuantas veces lloro mi juventud vuelve a consolarme, pero sus consuelos redoblan mis lágrimas, porque pienso en aquella juventud que murió para siempre.

XIX

No puedo callar, no puedo engañarme a mí mismo. Había resuelto ocultarme mi mal, hacer como que ignoraba mi herida, con la esperanza de olvidar. A veces se mata a la muerte en su germen, cuando se cree en la vida.

Sufro y lloro. No hay duda que, investigando en mi interior, voy a encontrar alguna dolorosa certidumbre; mas, prefiero saberlo todo antes que vivir así, afectando una indiferencia que me cuesta tantos esfuerzos.

Quiero saber hasta qué extremo de desesperación he descendido; quiero abrir mi corazón y leer en él la verdad; quiero penetrar hasta las mayores profundidades de mi ser para interrogarle y pedirle cuenta de sí mismo. Lo de menos es que sepa cómo he llegado a ser infame; tengo derecho a sondar mi herida, aun a riesgo de atormentarme y de saber que de ella tengo que morir.

Si en tan ruda tarea vengo a herirme más de lo que estoy; si mi amor toma creces al afirmarse, acepto con regocijo este dolor mayor, ya que la verdad brutal es necesaria a los que andan con libertad por la senda de la vida, no obedeciendo más que a sus instintos.

Amo a Lorenza y exijo a mi corazón la explicación de este amor. No la he amado de modo repentino, como se ama en las novelas. Poco a poco me he sentido atraído, disuelto, por decirlo así, roído y cubierto en pocos días por la horrible llaga. Hoy estoy entregado por completo; no hay la menor fibra de mi cuerpo que no pertenezca a Lorenza.

Hace un mes era yo libre, y conservaba a Lorenza como se conserva un objeto que no se puede tirar a la calle. Ahora, me ha ligado a ella, velo por ella, la contemplo dormir, y no quiero que me abandone.

Esto era fatal, y creo comprender de qué manera el amor penetró en mí. En el sufrimiento y en el abandono, no se vive impunemente al lado de una mujer que sufre como uno mismo, y que, como uno mismo, se encuentra abandonada. Las lágrimas tienen su simpatía, el hambre es fraternal; los que mueren juntos con el estómago vacío, se estrechan con fuerza las manos.

He permanecido cinco semanas en la vivienda fría y triste, frente a frente de Lorenza. No veía en el mundo más que a ella, y ella era para mí el universo, la vida, el amor. Desde por la mañana hasta la noche tenía ante los ojos aquel semblante, en que creía sorprender, una vez que otra, un momentáneo sentimiento de amistad. Y yo me encontraba desnudo y débil; vivía envuelto en la manta de la cama, fuera de la sociedad, no pudiendo siquiera ir en busca de mi parte de sol. No esperaba ya nada; había circunscrito mi vida a las cuatro negras paredes, al pedazo de cielo que veía entre las chimeneas; habíame escondido en mi calabozo, encerrando en él mis pensamientos, mis deseos. No sé si lo entendéis bien; no tengáis un día camisa, y comprenderéis si el hombre pue-

de hacer un mundo, sin límites y poblado, del camastro en que descansa.

Entonces fué cuando encontré una mujer, yendo de la ventana a la puerta. Lorenza, tendida en la cama, me miraba ir y venir durante horas enteras. A cada ida y venida, pasaba delante de ella y encontraba sus ojos, que me seguían tranquilamente. Sentía aquella mirada fija en mí y me veía como aliviado en mi aburrimiento; no podría explicar qué íntimo y extraño consuelo se apoderaba de mí al saber que era mirado por un ser viviente, por una mujer. De aquellas miradas, sin duda, debe de datar el comienzo de mi amor. Por la primera vez me daba cuenta de que no estaba solo, y disfrutaba de una satisfacción al descubrir un ser viviente a mi lado.

Aquel ser, a no dudarlo, no fué al principio más que una amiga. Sucedió que llegué a sentarme al borde de la cama, a hablar, a llorar sin ocultar el llanto. Lorenza a quien mi desnudez debía de mover a compasión, me contestó enjugando mis lágrimas. Ella también se aburría a más no poder; el silencio, el frío, en ciertos momentos, acababan por pesarle. El acento de su voz parecióme más dulce y la expresión de su rostro más cariñosa; casi volvía a ser mujer.

En tal estado, hermanos, sentíme acometido de repente. Mi vida circunscribiéndose cada día más. La tierra parecía huir; París, Francia, vosotros mismos, mis pensamientos y mis relaciones, nada existía ya. Para mí, Lorenza era compendio y resumen de Dios y del ser, de la humanidad y la divinidad; la vivienda en que se encontraba tenía un horizonte sin límites.

Yo me sentía fuera del mundo, casi en la muerte; ya no pensaba que podría llegar un día en que bajase a la calle, cuyo ruido llegaba hasta mí; me percataba tan poco de la existencia, que me había

acudido la idea de vivir sin comer. Parecíame que tanto Lorenza como yo nos hallábamos en un mundo aparte, perdidos, separados de los vivientes, transportados a un rincón desconocido más allá del tiempo y del espacio; en los abismos del infinito no habríamos estado más solos.

Una tarde, al acercarse el ocaso, llenando la estancia de transparente obscuridad, paseaba yo con lentitud, yendo como siempre de la puerta a la ventana. En la creciente sombra, veía el pálido rostro de Lorenza, descansando sobre sus negros cabellos desatados; de sus negros ojos partían vagos reflejos, y me miraba con fijeza, hermosa en su padecer. Detúveme para contemplarla. No sé lo que pasó por mí; mi cuerpo experimentó brusca sacudida, abrióseme el corazón, sobrecogíome un temblor convulsivo y fui, estremecido, a estrechar a Lorenza entre mis brazos.

¡Oh! la amaba.

Amaba a Lorenza con toda la fuerza de mi abandono y de mi miseria. Padecer de hambre y de frío, verse vestido con un harapo de lana, verse abandonado de todo el mundo y tener una mujer a quien amar con amor desesperado!

En el fondo de la infamia había encontrado una amante que me esperaba. Ahora, en el abismo, lejos de la luz, nos hallábamos solos para abrazarnos, para estrecharnos el uno contra el otro, como niños que tienen miedo y que se tranquilizan ocultándose mutuamente la cabeza en el seno.

¡Qué silencio y qué obscuridad a nuestro alrededor! ¡Cuán bello resulta amar en la soledad, en esos desiertos de la desesperación, en que no penetra el menor rumor de la vida! Me he hundido en el abismo de esta felicidad suprema, y he amado a Lorenza con la acariciadora pasión con que el moribundo debe de amar la existencia que se le escapa...

He pasado ocho días en esta especie de éxtasis doloroso. Tentado estuve de tapar las ventanas y de vivir en las tinieblas; habría querido que la habitación no fuese más grande que el ladrillo en que sentábamos los pies. No me sentía bastante desgraciado y anhelaba alguna espantosa desgracia que me arrojase sobre Lorenza más desnudo y más ensangrentado todavía. Los días se me pasaban hundiéndome más y más en mi amor y en mi miseria. Y he aquí cómo llegué a amar el frío y el hambre, la sucia habitación, lo grasiento de las paredes y de los muebles. Amé hasta el vestido de seda azul, aquel andrajo deplorable.

Mi corazón se partía de lástima y de dolor cuando Lorenza se me ponía delante con aquel guiño-pacho echado a la espalda; y me preguntaba con ansiedad por medio de qué beso, de qué caricia sobrehumana podría demostrarle que la amaba con toda su pobreza.

Por mi parte, me sentía dichoso al verme desnudo; tenía más frío y padecía todavía más. Recuerdo aquellos primeros días como si fuesen un sueño; veo la guardilla más en desorden, más negra que de costumbre; siento el aire denso y opresor, no renovado por la abierta ventana; me veo y la veo, los dos, semejantes a sombras, cubiertos de harapos, abrazándonos, viviendo para nosotros mismos.

Sí, la amo con frenesí.

Me interrogo, y todo mi ser me cuenta la horrible historia, refiriéndome cómo ha podido suceder. Lo que he hecho ha sido agrandar la herida; y ahora que he registrado en mi interior, ahora que conozco la causa y la intensidad de mi amor, siento que me aumenta la fiebre, que es mi pasión más aguda y más loca.

Antes me sublevaba ante la idea de amar a Lorenza. Mas mis arrogancias han muerto, ya que

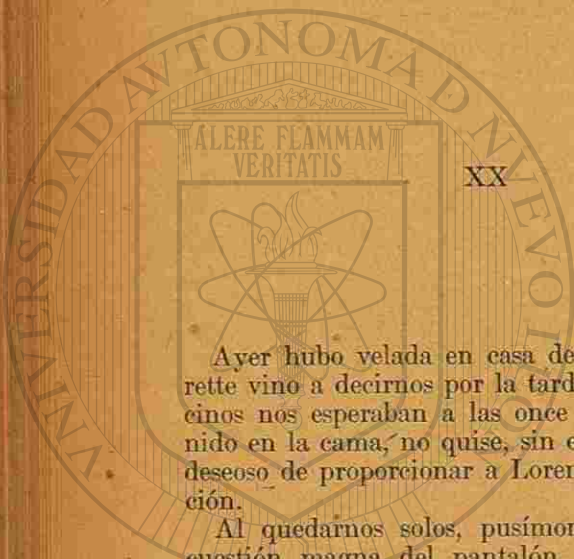
no me acude pensamiento semejante. He descendido hasta Lorenza; la comprendo ahora y no quiero en modo alguno que pertenezca a otro. Siéntese una enfermiza alegría al decirse que se halla uno en el lodo, que en él se está bien y que en él debe uno quedarse. Y beso a esa mujer, con tanto mayor arranque, cuanto más vil y más manchada se presenta. Comprendo muy bien que en mi amor se agita la desesperación, una especie de amarga mofa; siento en mí la embriaguez del mal, la demencia del abandono y del hambre; revuélcome a mi sabor en plena inmundicia, como para insultar a la luz de que mi alma está enamorada y a la que no puedo remontarme.

¿No he hablado de redención? ¡Quería que Lorenza recobrase su virginidad! ¡Qué estupidez! ¡Más sencillo era que me hiciese yo indigno! Ahora nos amamos. Hemos desposado la miseria y nos hemos unido en la agonía. Amo a Lorenza fea e impura, la amo con sus andrajos de seda, con su rebajamiento de bestia. No quiero a otra Lorenza, no la quiero inocente, de alma pura y de rosado rostro.

Ignoro lo que piensa mi compañera, si mis besos la regocijan o la cansan. Está más pálida, más grave. Con los labios apretados, los ojos muy abiertos y muda la faz, me devuelve mis caricias con una especie de reprimida fuerza. A veces parece cansada, como si se descorazonase buscando algo que no encuentra; mas pronto parece volver a la empresa, y buscar de nuevo, mirándome de hito en hito, con las manos apoyadas en mis hombros. Por lo demás, siempre aparece con el mismo cuerpo quebrantado, con la misma alma oscura; duerme a la cantinua con los ojos abiertos y se despierta sobresaltada cuando llevo mis labios a los suyos. Al primer beso pareció admirada; después, durante dos semanas, ha vivido una vida más ju-

venil, más activa; mas hace algunos días, ha recaído en su eterno sueño.

¡Qué me importa! No siento aún en mí la necesidad de que Lorenza me ame. Me encuentro ya en ese egoísmo supremo que, en amor, se satisface con las propias ternuras. Amo, y no deseo nada más; olvídome de mí mismo en el seno de esta mujer, y hallo reposo en esta última consolación.



Ayer hubo velada en casa de Santiago. Paquerette vino a decirnos por la tarde que nuestros vecinos nos esperaban a las once para cenar. Retenido en la cama, no quise, sin embargo, negarme, deseoso de proporcionar a Lorenza alguna distracción.

Al quedarnos solos, pusímonos a discutir la cuestión magna del pantalón. Quedó convenido que Lorenza me cortaría una especie de calzón corto con un pedazo de sarga verde cansado de arrastrarse por el suelo. Puso manos a la obra, y dos horas después, me hallaba disfrazado de descargador de leña, con camisa de blancura dudosa y un jirón de damasco a la cintura.

Lorenza limpió en seguida su vestido azul lo mejor que le fué posible, con un trapo mojado. Luego lo planchó, extendiendo la tela y frotándola sobre una de las rodillas; llevó las reparaciones hasta el punto de coser, alrededor de las mangas y del corpiño, una puntilla blanca, amarillenta y estropeada.

Nuestra entrada fué triunfal. Santiago y María fingieron creer que se trataba de una broma;

y nos aplaudieron como actores que alcanzan el efecto que se proponen producir.

Yo estaba un tanto corrido, y no me sentí a mis anchas hasta que nadie volvió a hablar de mi calzón corto de sarga verde.

Allí encontramos a Paquerette instalada en un sillón. Ignoro cómo se las ha compuesto la viejecilla para penetrar en casa de Santiago, que es mozo frío y poco amigo de conversación. Posee Paquerette la flexibilidad de la serpiente y una voz melosa y temblona, capaz de abrir las puertas mejor cerradas. Por lo demás, parecía hallarse en su casa; habíase instalado con todo miramiento, extendiendo sus secas manos sobre las faldas, medio echando atrás la cabeza y abriendo y cerrando los ojos grises, perdidos en las arrugas de la cara. Parecía saborear anticipadamente las golosinas puestas a su lado sobre un velador.

María, que se había levantado a nuestra llegada, volvió a sentarse en un extremo del canapé; las rojizas manchas de sus mejillas brillaban con mayor viveza; se reía dejando ver sus blancos dientes. Santiago, en pie, delante de la chimenea, la oía con complacencia, grave siempre, aunque afectuoso; casi sonriente.

Nos habían acercado sillas. La habitación se hallaba espléndidamente iluminada por dos candelabros de cinco bujías cada uno, colocados sobre el velador. Aquel velador, atestado de botellas y de platos, había sido adosado a la pared, para hacer más sitio, en tanto que se le colocaba en medio de la estancia.

Las cortinas de la cama estaban corridas; el entarimado, las telas y los muebles, parecían haber sido cepillados y lavados con todo esmero. Nos encontrábamos en pleno lujo, en pleno festín.

Iba yo a asistir por vez primera a una de esas cenas en que me permitía soñar en otro tiempo

como provinciano. Encontrábame tranquilo, en todo reposo; sonreía Lorenza, y yo me sentía feliz con su alegría.

En el resplandor de las bujías, a la vista de las botellas coloreadas por los licores, de las fuentes llenas de dulces y de fiambres, en la sensación producida por una habitación cerrada, iluminada y templada con indecibles perfumes, se goza siempre de una especie de físico bienestar, que adormece el pensamiento. Mi compañera, con los labios abiertos, encontraba allí sin duda olores que le eran conocidos. Yo también sentía correr la sangre por mis venas más caliente y con mayor rapidez; me acometía un vivo deseo de reír y de beber, estimulado por mi cuerpo que se sentía vivir.

Por lo demás la habitación se hallaba tranquila, las carcajadas de alegría eran atenuadas y la orgía resultaba honrada y decente.

Bebimos un vaso de Madera y hablamos con la mayor tranquilidad. Aquella paz me sacaba de quicio, y estuve tentado de llorar.

Ambos jóvenes habían tomado asiento a un lado y otro de Paquerette, y hablaban en voz baja. Oía yo la cascada voz de la vieja como un murmurio, mientras que Santiago me refería la causa del festín. Acababa de salir victorioso de un examen y celebraba tamaño acontecimiento. Parecióme más expansivo, menos hombre práctico; se espontaneaba en mayor medida, olvidándose de hablar de su posición futura, y hasta llegando a recordar su juventud. Santiago, a decir verdad, estaba embriagado de alegría; consentía en hacer el loco, porque acababa de subir un escalón más hacia la cordura y la prudencia.

Por fin nos sentamos a la mesa. Esperaba aquel momento. Llené el vaso y bebí. Como no vivía más que de mendrugos de pan, tenía gran ham-

bre, mas desdeñaba los pastelillos y los fiambres; dirigíme al vino blanco o tinto. No bebía por necesidad de embriagarme; hacía lo por beber, por parecerme que me encontraba allí para vaciar el vaso. Desempeñé aquel deber a toda conciencia y experimenté viva alegría al sentir que mis miembros se aflojaban poco a poco y que se turbaban mis ideas.

Al cabo de media hora, las llamas de las bujías palidieron y la habitación adquirió un tinte rojizo, descolorido e incierto.

Mi razón, que vacilaba, se afirmó de un modo extraño, adquiriendo una espantosa lucidez. Hallábame embriagado y debía de llevar en el rostro la estúpida máscara, la idiota sonrisa de los borrachos; mas, en el fondo de mi inteligencia, me sentía tranquilo, sensato, y raciocinaba en completa libertad. Era aquella una embriaguez terrible; yo padecía el anonadamiento del cuerpo, que se moría de inanición, y el vigor del alma, que veía y que juzgaba.

Al ruido de los vasos y de los tenedores, mientras las mujeres y Santiago se reían y hablaban entre sí, yo, con un codo apoyado en la mesa, les estaba mirando. Sus rostros, sus palabras llegaban hasta mí en sensación clara y distinta, dolorosa de agudeza y de penetración. Mi amor prevalecía en mí, turbando y cambiando mi sér; pero el hombre maduro, el filósofo razonador, se acababa de despertar. Complacíame en mi embriaguez y en Lorenza, sin dejar de comprender ambos ciegos.

Santiago estaba sentado a mi izquierda; no sé si había conseguido achisparse; sea como fuere, fingía desvariar. Frontero a mi tenía a las tres mujeres, María a mi derecha, después Paquerette y luego Lorenza, que estaba a la izquierda de Santiago. Mis miradas permanecían fijas en aque-

llas tres mujeres, que se me aparecían con rostro y metal de voz enteramente nuevos.

No había vuelto a ver a María desde el día aquel en que la había encontrado en el canapé, pálida y desfallecida. Podría habérsela tomado entonces por una niña que moría de virginidad. Ahora, con los rubios cabellos en desorden, con el rostro encendido y amoratadas las mejillas, agitaba los desnudos brazos, con la fiebre de la niña ignorante de que camina a su primera voluptuosidad. Sentíame como deslumbrado por el resplandor de aquella frente juvenil.

No sé qué de punzante y doloroso irradiaba de aquel sér que despertaba de su agonía para reír y beber, para tratar de saborear las voluptuosas angustias de esta vida, que había vivido sin darse cuenta, en su inocencia de niña. Al verla, desmelenada y temblorosa, con los ojos despidiendo fuego, con los labios húmedos, parecíame, en el azoramiento de mi embriaguez, contemplar una moribunda que, en su lecho de muerte, oye súbitamente la voz de sus sentidos y de su corazón y que, vacilante, no sabiendo qué partido tomar en aquel instante supremo, se resiste, no obstante, a morir antes de haber satisfecho sus vagas aspiraciones.

Lorenza, por su parte, también se había animado, y estaba casi hermosa de impudor. Su rostro se había revestido con el vicio, de un modo tan franco, que comunicaba a sus facciones la más suprema insolencia; el rostro entero parecía desencajado; grandes manchas cuadradas, atravesadas por profundas líneas, cortaban nerviosamente las mejillas y la garganta, en masas duras y desdeñosas. Estaba pálida, y algunas gotas de sudor se le desprendían de la frente a raíz de los cabellos, que se alzaban rectos sobre su bajo y deprimido cráneo. Arrellanada en el sillón, con el semblante

como muerto y convulso, y con los ojos negros y brillantes, se me aparecía como imagen terrible de la mujer que ha conocido todas las voluptuosidades y que ahora las rechaza, encontrándolas demasiado ligeras.

A veces se me figuraba que me dirigía la vista encogiéndose de hombros; sonreía de lástima y la oía decirme: "¡Me amas, eh! ¿qué quieres de mí? Mi cuerpo es un cadáver; jamás tuve corazón."

En cuanto a Paquerette, estaba estaba más flaca y más llena de arrugas. Su rostro, semejante a una manzana seca, parecía haberse ajado aún más, tomando un tinte de color de ladrillo. Los ojos no eran ya sino dos puntitos brillantes. Movía la cabeza de un modo dulce y cariñoso, charlotean-do como un destemplado organillo. Por lo demás, disfrutaba de perfecta quietud, a pesar de que había comido y bebido tanto o más que los tres juntos.

Yo los miraba a todos. La turbación de mi cerebro, que los agigantaba, les hacía oscilar por modo raro en mi presencia. Decíame que toda la crápula se reducía a aquello; a la crápula joven e indolente, a la crápula francamente madura, a la que ha envejecido y, con los cabellos blancos, vive de su pasada infamia.

Por vez primera, veía a aquellas mujeres juntas, la una al lado de la otra. Ellas solas componían todo un mundo. Paquerette dominaba con toda su vejez; presidía y llamaba "hijas mías" a las dos desventuradas que la acariciaban. Fuere como fuere, reinaba entre ellas cordialidad y fraternidad; hablaban como hermanas, sin pensar en la diferencia de sus edades. Mis miradas, obscuras, confundían las tres cabezas, e ignoraba en qué frente se hallaban los cabellos blancos.

Y allí estábamos, en frente de ellas, Santiago y

yo. Eramos jóvenes y celebrábamos un buen éxito de la inteligencia. A punto estuve hermanos míos, de salir y de correr a vuestro lado. Después solté una carcajada, en alta voz sin duda, ya que las mujeres me miraron llenas de admiración. Díjeme entonces que tal era la sociedad en que debía vivir en adelante, cerré los ojos y vi ángeles vestidos con largos ropajes azules, que se elevaban en medio de la pálida claridad, salpicada de estrellas.

La cena había resultado alegre en extremo. Se cantaba y no faltaba conversación. Parecíame que la habitación estaba henchida de tan espesa humareda, que me oprimía la garganta y me producía peor en los ojos. Después todo cambió, y creí que iba a dormirme, cuando oí una lejana voz, que gritaba, con són de campana cascada:

— ¡Es preciso que nos besemos! ¡Es preciso que nos besemos!

Medio abrí los ojos, y ví que la campana cascada no era otra que Paquerette, que acababa de subirse al sillón. Agitaba los brazos y gritaba en son de burla:

— ¡Santiago, Santiago! bese usted a Lorenza. Es una buena muchacha, que entrego a usted para que le ahuyente el fastidio. ¡Eh tú, Claudio! pobre muchacho adormilado, besa a María, que te ama y te acerca los labios. Vaya, besémonos, besémonos. Vais a ver.

Y la viejecilla se echó al suelo.

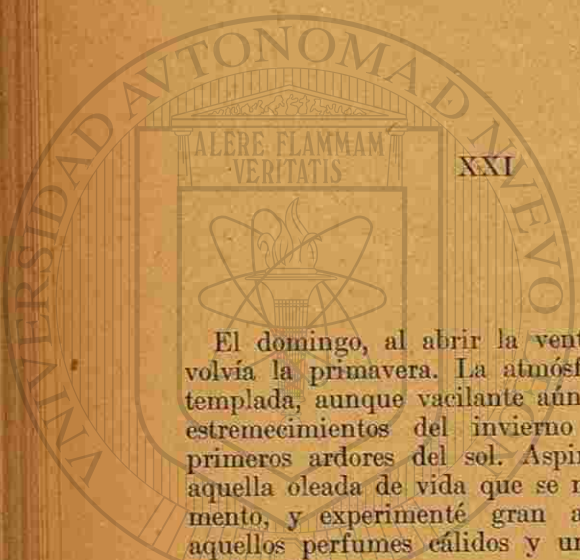
Santiago se inclinó y dió un beso a Lorenza, que se lo devolvió. Yo me volví hacia María, la cual, con los brazos tendidos y la cabeza atrás, me esperaba. Iba a besarla en la frente, cuando ella echó el cuello aun más atrás y me acercó la boca. La luz de las bujías caía sobre su rostro. Mis ojos se hallaban sobre los suyos, y distinguí

en el fondo de su mirada una luz de azul tan puro, que me pareció ser su alma.

Al inclinarme para ver el alma de María, sentí unos labios fríos posármese sobre el cuello. Volvíme y vi que Paquerette se encontraba allí, riendo y aplaudiendo con sus manos secas. Había besado a Santiago y venía a besarme a mí. Limpiéme el cuello.

Dieron las siete, y una ténue claridad anunció el día. Ya no teníamos que hacer sino separarnos. Cuando iba a salir, Santiago me echó a la espalda un pantalón y un gabán, que ni siquiera pensé en rechazar. Paquerette iba delante de nosotros extendiendo su flaco brazo, que sostenía una vela de sebo.

Cuando nos hubimos acostado, traje a la memoria los besos que habíamos cambiado. Miré a Lorenza y creí verle los labios enrojecidos por los labios de Santiago. Siempre veía delante de mí, en la obscuridad, la azulada claridad que irradiaba en el fondo de los ojos de María. No sé qué vago escalofrío se apoderó de mí ante las ideas que me sobrecogieron, y, por último, me dormí con sueño febril. Durmiendo y todo, sentía en el cuello la impresión fría y penosa de la boca de Paquerette; soñaba que me pasaba la mano por la piel y que no podía apartar aquellos dos labios que me helaban.



El domingo, al abrir la ventana, observé que volvía la primavera. La atmósfera aparecía más templada, aunque vacilante aún; en los postreros estremecimientos del invierno presentáanse los primeros ardores del sol. Aspiré por largo rato aquella oleada de vida que se mecía en el firmamento, y experimenté gran alegría al percibir aquellos perfumes cálidos y un tanto acres que subían de la tierra.

A cada primavera mi corazón se rejuvenece y mi cuerpo se torna más ligero. Todo mi sér parece purificarse. Ante el pálido y claro cielo, de deslumbradora blancura allá en el oriente, mi juventud se despertó. Fijé la vista en la gran pared, y la hallé limpia; entre las piedras habían brotado tallos de hierbas. Miré a la calle; el arroyo y las aceras estaban blancos; las casas, lavadas por las lluvias, reían al sol. La estación juvenil comunicaba su alegría a cuanto me rodeaba.

Crucé los brazos con fuerza. Acto seguido, volviéndome, grité a Lorenza:

—Levántate, levántate. Mira la primavera que nos llama.

Lorenza se levantó, mientras que yo iba a pedir

prestados a María un traje y un sombrero y veinte francos a Santiago. El vestido era blanco con ramitos color de lila; el sombrero tenía grandes cintas coloradas.

Di prisa a Lorenza y yo mismo le puse el sombrero; no veía la hora de hallarme al sol. En la calle anduve con rapidez, sin levantar la cabeza, esperando llegar a los árboles; oía con una especie de recogida emoción el rumor de las voces y de los pasos. En el jardín del Luxemburgo, en frente de los grandes grupos de castaños, me flaquearon las piernas y tuve que sentarme. Hacía dos meses que no había salido. Permanecí sentado en un banco un cuarto de hora largo, contemplando la naciente verdura, el purísimo cielo. Tal era la obscuridad de que salía, que la primavera me deslumbraba.

Dije entonces a Lorenza que íbamos a andar mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que no pudiésemos más. Iríamos caminando así, en la templada atmósfera, húmeda aún, por medio de la hierba, en pleno sol.

Lorenza, que también se despertaba, se levantó y me arrastró a pasos precipitados, como una niña.

Tomamos la calle del Infierno y el camino de Orleáns. Todas las ventanas estaban abiertas, dejando ver los muebles. En las puertas veíanse hombres con blusas blancas, que hablaban fumando. Oíanse salir de las tiendas grandes carcajadas. Todo cuanto me rodeaba, calles, casas, árboles, cielo, me parecía haber sido limpiado con esmero. Los horizontes veíanse también despejados, nuevecitos, blancos de limpieza y de luz.

En las fortificaciones encontramos las primeras hierbas, hierbas cortas aún, en extensas alfombras. Bajamos al foso, andando a lo largo de las altas murallas grises y recorriéndolas en sus án-

gulos. De un lado el pálido muro, del otro el verde talud; se avanza como por una calle desierta y silenciosa, que no tuviese casas. Hay sitios en que los rayos del sol se concentran, haciendo brotar enormes cardos que puebla toda una nación de insectos, escarabajos, mariposas, abejas; aquellos parajes son todo zumbidos y calor. Pero por la mañana el talud presta su sombra; anda uno sin ruido, sobre césped fino y apretado, teniendo delante de sí una faja estrecha de cielo, sobre la que destacan, en plena luz, los raquíuticos árboles que dominan la muralla.

Los fosos de las fortificaciones son pequeños desiertos, en los que con frecuencia me he olvidado de mí. El limitado horizonte, la sombra, el silencio, que hacen más sensible el sordo murmullo de la gran ciudad, y los clarines de los inmediatos cuarteles, forman de todo aquello un sitio predilecto para los pilluelos, para los muchachos grandes y pequeños. Se está allí como en un agujero, a las puertas de la ciudad, sintiéndola jaderar y estremecerse, pero sin disfrutar de su vida.

Durante cosa de media hora, Lorenza y yo nos contentamos con aquella torrentera, que nos hacía echar en olvido las casas y los senderos practicados; nos hallábamos a mil leguas de París, lejos de toda habitación, sin ver más que piedras, hierbas y cielo.

Luego, sofocados ya, ansiosos de hallarnos en la llanura, subimos corriendo el talud. La inmensa campiña se extendía a nuestra vista.

Nos hallábamos en los eriales de Montrouge. Aquellos campos, ahondados y fangosos se hallan heridos de eterna desolación, de miseria, de lúgubre poesía. Acá y acullá el suelo parece bostezar espantosamente, dejando ver, como entrañas al descubierto, antiguas canteras abandonadas, perdido el color, y profundas. Ni un árbol siquie-

ra; en el horizonte rebajado y tétrico destacan sólo las grandes ruedas de las cábricas. Las tierras revisten no sé qué aspecto sórdido y se hallan cubiertas de vestigios sin nombre. Los caminos se tuercen, se hienden y se prolongan con melancolía. Casuehas nuevas en ruinas y montones de cascote de yeso, se ofrecen al volver de cada senda. Todo se presenta desapacible a la vista, las tierras negras, las piedras blancas y el cielo azul. El paisaje entero, con su aspecto enfermizo, con sus llanos bruscamente interrumpidos, y sus extensas grietas, ofrece la indecible tristeza de las comarcas que la mano del hombre ha destruído.

Lorenza, que se había quedado ensimismada en los fosos de las fortificaciones, se estrechó contra mí al cruzar la desolada llanura. Anduvimos en silencio, volviéndonos a veces para ver París, que murmuraba en el horizonte. Luego dirigimos la vista a los pies, para evitar los hoyos, y contemplando, con el alma entristecida, aquella llanura cuyas abiertas heridas mostraba el sol implacable.

Allá lejos se hallaban las iglesias, los panteones y los palacios reales; aquí se veían las ruinas de un suelo trastornado, que se había registrado y robado para edificar templos a los hombres, a los reyes y a Dios. La ciudad daba la explicación de aquella llanura; París tenía a las puertas la desolación que sirve de base a toda grandeza. No conozco nada más tétrico ni más doloroso que esos terrenos incultos que rodean las grandes ciudades aun, cuando ya no son campos; poseen el polvo, las mutilaciones del hombre, y ya no tienen la verdura ni la tranquila majestad de Dios.

Teníamos prisa en irnos de allí. Lorenza se hería los pies, y tenía miedo a aquel desorden, a aquella melancolía que le recordaba nuestra habitación. Por mi parte, yo encontraba allí mi

amor, mi perturbada y dolorosa vida. Apresuramos el paso.

Descendimos una cuesta. El Bièvre corría por el fondo del valle, azulado y turbio. Algunos árboles, de trecho en trecho, bordeaban el riachuelo; grandes casas, sombrías, medio derruidas y con inmensas ventanas, se alzaban a un lado y a otro, con lúgubre aspecto. La cañada es todavía más desconsoladora que la llanura; es húmeda, sucia y pestilente. Las tenerías despiden olores acres y sofocantes; las aguas del Bièvre, esa especie de cloaca al aire libre, exhalan un hedor fétido y penetrante que se adhiere a la garganta. No es la desolación melancólica y cenicienta de Montrouge; es el repugnante aspecto de un arroyuelo negro por el fango y las basuras, del que emanan las mayores pestilencias. En aquel estercolero se han desarrollado vigorosamente algunos álamos, y, allá en lo alto, sobre el esplendente cielo, destacan las extensas blancas líneas del Hospital de Bicêtre, espantosa morada de la locura y de la muerte que domina dignamente el valle insalubre e inmoble.

La desesperación se apoderó de mí, y me pregunté si iría a detenerme allí y pasar el día a orillas de la cloaca. ¿Conque no podía salir de París, no podía apartarme del arroyuelo? Hasta los mismos campos me perseguían la suciedad y la infamia; corrompidas se hallaban las aguas, el vigor de los árboles era enfermizo, mis ojos no encontraban sino heridas y penalidades. Aquella debía de ser la campiña que Dios me reservaba entonces. Todas las semanas, iría yo allí con Lorenza, cogido del brazo, para pasearme a orillas del Bièvre, a lo largo de las tenerías, y hablar de amor en aquella cloaca; iría allí a la hora del mediodía, a sentarme con mi amada en la grasa tierra, abismándome en la contemplación de

aquella criatura muerta y en la suciedad de aquel valle. Detúveme lleno de espanto, dispuesto a entrar corriendo en París, y miré a Lorenza.

Esta conservaba su semblante descaecido, su semblante de miseria y senectud. La sonrisa que apareció en sus labios al salir de casa, se había desvanecido; parecía cansada y aburrida; miraba a su alrededor, tranquila, sin repugnancia. Parecíame verla en nuestra habitación y comprendí que a aquella alma adormecida le hacía falta más sol, una naturaleza más placentera que le devolviera sus quince años.

Entonces la cogí fuertemente del brazo, y, sin dejarla volver la cabeza, la arrastré, subiendo la cuesta, siempre en derechura, siguiendo las sendas, atravesando los prados en demanda de la primavera joven y virgen. Durante dos horas caminamos así, sin hablar palabra y con toda rapidez.

Pasamos por dos o tres pueblecillos, Arcueil, Bourg-la-Reine, según creo; recorrimos más de veinte veredas, entre blancas tapias y setos verdes. Después, cuando acabábamos de saltar un pequeño arroyo, que corría por un valle lleno de follaje, Lorenza lanzó un grito de niña, una carcajada, y se me escapó del brazo, corriendo por la hierba, rebosante de alegría y de ingenuidad.

Nos hallábamos en un gran cuadro de césped, plantado de árboles, de altos álamos, que subían majestuosamente, de un solo vástago, y se balanceaban con languidez en el ambiente azul. El césped era fuerte y espeso, negro a la sombra, dorado al sol; se le habría tenido, cuando el viento agitaba los álamos, por una áncora alfombra de seda con cambiantes reflejos.

Alrededor extendíanse tierras labradas, cubiertas de arbustos y de plantas; el horizonte no era más que hojarasca. Una casita blanca, baja y ex-

tenza, guarecida a la sombra de un grupo de árboles, destacaba alegremente de toda aquella verdura. Más lejos, más arriba, en el límite del cielo, al través de las umbrías, se distinguían los primeros techos de Fontenay-aux-Roses.

La verdura era de la víspera, y tenía frescuras e inocencias de virgen; las hojas acabadas de brotar, pálidas y tiernas, en masas claras, se asemejaban a un encaje ligero y delicado, puesto sobre el gran velo azul del firmamento. Hasta los troncos, los troncos viejos y rugosos, parecían como acabados de pintar; habían ocultado sus heridas bajo el nuevo musgo.

Era aquello como un himno universal, una alegría fresca y acariciadora. Las piedras y las tierras, el cielo y las aguas, todo parecía limpio y vigoroso, sano e inocente. El campo infantil, verde y dorado, bajo el infinito horizonte azul, reía-se a la esplendente luz, embriagado de savia, de juventud, de virginidad.

Y en medio de aquella juventud, de aquella virginidad, corría Lorenza en plena luz, en plena savia. Habíase sumergido en la hierba, en el aire puro, había recobrado sus quince años. La tierna verdura le refrescaba la sangre; los juveniles rayos solares le caldeaban el corazón y le coloreaban las mejillas. Todo su sér despertaba en aquel despertar de la tierra; como la tierra, volvía a ser virgen, en aquella estación primaveral.

Lorenza corría como una loca, flexible y vigorosa, impulsada por la nueva vida que cantaba dentro de su sér. Se tendía, se levantaba con viveza, reía-se a careajadas, se bajaba para coger una flor; luego corría por entre los árboles, volvía encendida y ardorosa. Todo su rostro se había animado, las facciones, distendidas; suavizadas, mostraban franca expresión de alegría. Franco era

también su reír, sonoro su acento, su ademán cariñoso.

Sentado contra un árbol, seguía la con la vista, destacándose blanca sobre la hierba, con el sombrero echado a la espalda; agradábame sobremanera la vista de aquel bonito vestido limpio, ligero, que Lorenza llevaba castamente y que le comunicaba un aspecto de colegiala revoltosa. Corría a mí, y me echaba, puñado tras puñado, las flores que cogía, margaritas, ranúnculos, agabanzos y lirios de los valles; luego volví a echar a correr, deslumbradora al sol, pálida y transparente a la sombra, como canturreando a la luz, sin poderse detener. Henchía aquellas hojas y aquellas hierbas de ruido y de movimiento; poblaba aquel perdido rincón. Desde que aquella blanca muchacha reía en la verdura, la primavera parecía ostentar mayor claridad.

Fresca, enrojecida y vibrante de gozo, Lorenza vino a sentarse a mi lado. Húmeda por el rocío, su seno se levantaba con rapidez, rebosante de hálitos de juventud y de frescura; exhalaba un grato aroma de hierbas y de salud. Tenía por último a mi lado una mujer, que vivía con largueza, puramente y mirando a la luz. Me incliné y besé a Lorenza en la frente.

Ella tomaba las flores una a una y las disponía en forma de ramillete. El sol iba ascendiendo y las sombras ofrecíanse más marcadas; a nuestro alrededor reinaba un gran silencio. Tendido boca arriba, miraba el cielo, miraba las hojas, miraba a Lorenza. El cielo presentaba un tinte azul mate; las hojas, languidecientes ya, dormían al sol; Lorenza, con la cabeza inclinada, tranquila y sonriente, se afanaba con movimientos vivos y flexibles.

No podía apartar mis miradas de aquella mujer modelo tendida en el suelo, casi casi envuelta

entre las faldas, con la frente bañada en dorada sombra, que se me aparecía inocente y activa, como en plenos quince años. Disfrutaba de tan grande quietud, de tan intensa alegría, que no me atrevía a moverme ni a hablar; vivía con la ilusión de que la primavera se encontraba dentro de mí, en torno mío, y de que Lorenza era virgen; perdíame en aquel sueño de la pureza de mi amada y de lo sublime de mi amor.

Amaba al fin a una mujer; aquella mujer se reía, aquella mujer existía, tenía hermosos colores, la franca alegría de la juventud.

Los días transcurridos no existían ya; el porvenir se me presentaba en tranquila claridad, esplendente. Mis ensueños de virginidad, mi amor a la luz, iban a verse satisfechos; desde aquella hora daba principio para mí a una vida de éxtasis y de ternura. Ya no me acordaba del Bievre, de aquella cloca negruzca, en cuya orilla tuve la horripilante tentación de sentarme y de besar a Lorenza.

Ahora deseaba habitar la casita blanca, allá abajo, a la entrada del macizo de árboles, y vivir allí por siempre con mi amiga, con mi mujer, en medio del rocío, del sol, del aire puro.

Lorenza acababa de atar su ramito con un cabito de hierba. Eran las once y no habíamos comido nada todavía. Fuémos preciso alejarnos de aquellos árboles, bajo cuya sombra mi alma había amado por la vez primera, y ponernos en busca de un figón. Eché a andar hacia adelante, al través de la campiña, por angostas sendas, limitadas por fresales. Lorenza iba detrás de mí, recogiendo las faldas y distrayéndose en cada vallado. Súbitamente, al revolver de un camino, dimos con lo que íbamos buscando.

El figón en que entramos está situado en un repliegue del terreno entre Fontenay y Sceaux,

muy cerca del estanque del Plessis-Piquet. Por la parte de afuera no se ve más que una construcción sólida, un prado de verdura, y una veintena de árboles que han crecido exuberantes; los domingos sale de aquel inmenso nido un ruido de tenedores y cuchillos, de carcajadas y de canciones. En la parte de adentro, cuando se ha atravesado la puerta, sobre la cual se ha colocado al sesgo un ancho rótulo, y cuando se ha bajado una cuesta suave, nos encontramos en una avenida sombreada por el follaje y limitada a un lado y otro por bosquecillos de verdura; cada uno de estos bosquecillos está provisto de una larga mesa y de dos bancos, fijos en el suelo, enrojecidos y ennegrecidos por la lluvia. En lo más apartado, la avenida se ensancha, y se ve un claro, en el que hay un columpio colgado de dos árboles.

Los bosquecillos se hallaban a la sazón silenciosos y desiertos. Unos hombres con blusas azules y algunos labriegos se columpiaban; un perro enorme se hallaba gravemente sentado sobre sus patas traseras, en mitad de la avenida.

Lorenza y yo nos sentamos bajo una bóveda, a una gran mesa de veinte eubiertos. Estaba casi oscuro bajo las hojas y el fresco que hacía era penetrante. En lontananza distinguíamos, entre el ramaje, la campiña resplandeciente de sol, adormecida en los primeros rayos primaverales. Las caricias del grupo de árboles casi habían florecido la víspera; los perfumes dulces y suaves de sus racimos henchían el ambiente tranquilo y acariciador.

Nos pusieron una servilleta al extremo de la mesa, a guisa de mantel, y luego nos sirvieron lo que habíamos pedido, esto es, chuletas, huevos y no recuerdo qué más. El vino, contenido en un jarrito de asperón azulado, arañaba la garganta;

un tanto fuerte y áspero, abría maravillosamente el apetito.

Lorenza devoraba; no tenía yo noticia de aquellos hermosos dientes blancos, hambrientos, que mordían el pan con ruidosas carcajadas.

En mi vida he comido de mejor gana. Sentíame ligero de alma y de cuerpo, y me sorprendía creyéndome todavía estudiante, en los días aquellos en que íbamos a bañarnos en el riachuelo y a comer sobre la hierba de la orilla.

Agradábame aquel lienzo blanco sobre la negra mesa, aquellas tinieblas producidas por el follaje, aquellos tenedores de hierro y con aquella grosera vajilla; miraba a Lorenza y mi vida se extasiaba en la plenitud de mis sensaciones, gozando con voluptuosidad de todo cuanto me rodeaba.

A los postres, el jefe de cocina se acercó a recibir nuestras felicitaciones. Era un viejo de aventajada estatura, algo encorvado y vestido de blanco de la cabeza a los pies. Llevaba un gorro de algodón, y, atraídos sobre las sienes, dos mechones de cabellos grises y rizados, entre los cuales quedaban olvidados algunos papillotes.

Lorenza se estuvo riendo durante una hora de aquel extraño semblante, que revelaba tanta astucia como ingenuidad.

No conservo memoria de lo que hicimos hasta la noche. El día fué un día de sol, de deslumbramiento. No sé qué senderos tomamos ni qué sombras elegimos. Cuando recuerdo aquellas horas de éxtasis, me acudé un resplandor ante los ojos. La memoria de los detalles se muestra rebelde, y mi ser entero conserva la sensación de una gran felicidad, de una gran luz. Paréceme, por modo vago, que tanto Lorenza como yo nos extraviáramos en el fondo de alguna sima, en el musgo, sin ver otra cosa que un inmenso pedazo de cielo; allí perma-

necimos, estrechándonos las manos, hablando poco; embriagados, nuestros ojos, elevados a la región etérea, se llenaron de brillantes reflejos hasta cegar, y ya no vimos sino nuestros corazones y nuestros pensamientos.

Mas quizás todo esto no es más que un sueño; faltame la memoria y sólo me doy cuenta de haber estado ciego y de haber entrevisto millares de astros en mis tinieblas.

A la noche, sin saber de qué modo, fuimos a encontrarnos en el mismo figón. Había allí mucha gente. Multitud de jóvenes de ambos sexos llenaban los bosquecillos, promoviendo gran alboroto; los vestidos blancos, las cintas coloradas y azules resaltaban sobre el verde claro de las hojas; las carcajadas estallaban alegres en el crepúsculo. Habíanse colocado algunas bujías encendidas sobre las mesas, marcando con puntos luminosos la obscuridad naciente. Unos tiroleses cantaban en medio de la avenida.

Comimos en el extremo de una mesa, como por la mañana, tomando parte en las risas y haciendo un esfuerzo para engañarnos a nosotros mismos.

La bulliciosa juventud que nos rodeaba me asustaba un poco; creía encontrar allí multitud de Santiagos, muchas Marias. Por entre el ramaje distinguía un jirón de cielo, pálido y melancólico, sin estrellas aún; costábame trabajo apartar las miradas de los tranquilos espacios, para fijarlas en el mundo de la locura que gritaba a mi alrededor. Acuérdomme hoy día de que Lorenza parecía hallarse febril, turbada.

Después se restableció el silencio, todos se alejaron y allí permanecimos nosotros. Habíame propuesto que nos quedásemos a dormir en el figón para disfrutar al siguiente día del rocío y de las suaves claridades de la aurora. La espera de que nos arreglasen la cama, fuí con Lorenza a sen-

tarme en el hondo del jardín. La noche estaba tibia, estrellada, transparente; vagos rumores surgían de la tierra; un cornetín, allá en la altura, lamentábase con acento débil y amoroso. La llanura, con sus grandes masas de follage, negras e inmóviles, extendía sus horizontes misteriosos; parecía dormir, estremecida, agitada por un ensueño de amor.

Nuestra habitación me pareció húmeda; hallábase a plan terreno; era baja de techo, y nueva, pero ya estropeada y desprovista de muebles. En el techo algunos amantes habían escrito sus nombres, paseando por el enyesado la llama de una vela de sebo; las letras, nudosas y temblosas, se extendían, anchas y negras. Yo tomé un cuchillo, y, como un niño, grabé una sencilla fecha debajo de un tragaluz en forma de corazón, que tenía vista al campo, sin reja y sin postigos de madera.

Si la habitación no era hermosa, la cama era buena. Por la mañana, al despertarme, y medio dormido, distinguí en la pared frontera a mí, un espectáculo que no pude comprender y que produjo en mí verdadero espanto.

La habitación se hallaba oscura aun; en la pared, y en mitad de la sombra, veíase un enorme corazón manando sangre. Creí sentir mi pecho vacío y púseme en busca de mi amor con desesperación. Sentí que mi amor me mordía las entrañas, y comprendí que el sol se alzaba y que, con toda libertad, penetraba por el tragaluz.

Lorenza se levantó y abrimos la puerta y la ventana. Una oleada de frescura invadió la habitación, trayendo consigo todos los perfumes de la campiña. Las acacias, plantadas casi en el umbral, exhalaban olor más dulce, más suave. Una rosada aurora parecía en el cielo y en la tierra.

Lorenza se bebió una taza de leche, y, antes de regresar a París, quise subir al bosque de Verrie-

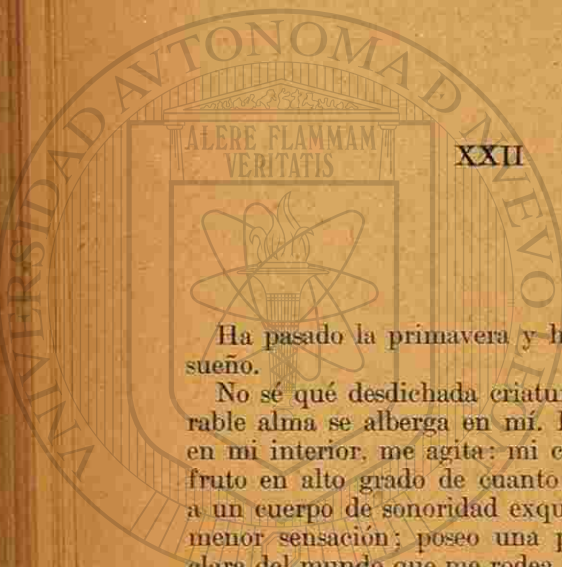
res, para llevarme en el corazón todo el aire puro de la mañana. Allá arriba, en el bosque, anduvimos poco a poco, por las calles de árboles.

El bosque se ofrecía como una hermosa desposada al siguiente día de sus bodas; presentaba lágrimas de voluptuosidad, juvenil languidez, húmeda frescura, perfumes tibios y penetrantes. El sol en el horizonte se deslizaba oblicuamente, entre los árboles, formando extensas claridades: no sé qué dulzura se desprendía de aquellos rayos de oro que se esparcían por la tierra, como velos de seda suaves y deslumbradores. Y en la frescura percibíase el despertar del bosque, esos mil rumorillos que atestiguan la vida de los manantiales y de las plantas. Sobre nuestras cabezas oíase el canto de los pájaros, y, en torno nuestro, el murmurio de las corrientes aguas, suspiros profundos y misteriosos, que parecían salir del nudoso seno de las encinas.

Ibamos adelantando lentamente, complaciéndonos en entretenernos al sol y a la sombra, aspirando el fresco ambiente y como tratando de coger al vuelo, el sentido de las confusas palabras que los ojiacantos nos dirigían al pasar.

Oh! dulce y sonriente mañana, humedecida por dichas lágrimas, eternecida de alegría y de juventud! La campiña se encontraba entonces en aquella edad encantadora en que la vieja naturaleza ostenta, durante algunos días, las delicadas gracias de la infancia.

Llevando a Lorenza del brazo, regresé a París, joven y fuerte, embriagado de luz, de primavera, con el corazón rebotante de rocío y de amor. Amaba cuanto es posible, y creía ser amado.



Ha pasado la primavera y he despertado de mi sueño.

No sé qué desdichada criatura soy ni qué miserable alma se alberga en mí. La realidad penetra en mi interior, me agita: mi cuerpo padece o disfruto en alto grado de cuanto existe; compárome a un cuerpo de sonoridad exquisita que vibra a la menor sensación; poseo una percepción aguda y clara del mundo que me rodea. Y mi alma se complace en cerrarse a la verdad; huye de mi cuerpo, desdeña mis sentidos y vive en otra parte, en la mentira y en la esperanza. Así es como camino por la senda de la vida; sé y veo, me ciego y sueño.

Mientras avanzo bajo la lluvia, en pleno lodo, mientras tengo conciencia enérgica de todo el frío, de toda la humedad, puedo, mediante una facultad extraña, hacer que alumbre el sol, tener calor, crearme un cielo suave y benigno, sin cesar por ello de sentir el obscuro cielo que pesa sobre mis hombros.

No ignoro, no olvido; vivo doblemente. Poseo dos existencias paralelas, tan vivas como rigurosas; una que transurre en este mundo, en mi mi-

seria, y la otra allá en las alturas, en la inmensa y profunda pureza del cielo azul.

Sí, tal es sin duda la explicación de mi ser; comprendo mi carne, comprendo mi corazón; tengo conocimiento de mis inocencias y de mis infamias, de mi pasión por las mentiras y por las verdades. Soy como una delicada máquina de sensaciones, sensaciones de alma y sensaciones de cuerpo. Recibo y devuelvo tembloroso el menor rayo de luz, el más imperceptible aroma, la menor prueba de ternura. Vivo muy alto, gritando de dolor, baluceando de éxtasis, en el cielo y en el fuego, más radiante tras cualquier nueva caída.

El otro día, en la templada atmósfera, bajo los copados árboles de Fontenay, mi cuerpo se había enternecido, mi corazón había dominado.

Amaba y me cría amado. La verdad se me escapaba; veía a Lorenza vestida de blanco, joven y virgen; sus besos encerraban tanta dulzura que no parecía sino que le salían del alma. Hoy, Lorenza está ahí, sentada al borde de la cama; al contemplarla, pálida y taciturna con su ropaje sucio, mis carnes se estremecen, mi corazón se subleva.

Desapareció la primavera, Lorenza ha envejecido, y no me ama. ¡Oh, miserable criatura! ¡Me rezco llorar, pues soy el autor de mis propias lágrimas!

¿Qué me importan la fealdad de Lorenza, su mancilla, su decaimiento? ¡Que sea más fea, más envilecida, más humillada, pero que me ame! Quiero que me ame.

No echo de menos sus quince años, ni su sonrisa juvenil del otro día. Mientras corría bajo los árboles era la buena hada de mi juventud. No, no echo de menos ni su belleza ni su frescura; echo de menos el ensueño que había alimentado, al creer sentir su corazón en sus caricias.

Véola ahí, digna de compasión, anonadada.

Tengo derecho a exigir que me ame, que se entregue a mí. Acéptola en su completo sér, la quiero tal como es, adormecida y gastada, pero la quiero, la quiero con toda la fuerza de mi voluntad, con todo mi poder.

Recuerdo que he soñado su redención, que quería ver en ella más raciocinio, más pudor. ¿Qué me importa el pudor, qué el raciocinio? Exijo el amor, sea el que fuere, impúdico y loco. Estoy sediento de verme amado; no quiero ya amar solo. Nada cansa tanto al corazón como las caricias que no son devueltas. Yo he dado a esa mujer mi juventud, mis esperanzas; me he encerrado con ella en el sufrimiento y en la abyección; todo lo he olvidado en el fondo de nuestras tinieblas, el mundo y sus fallos. Me parece que bien puedo pedir en cambio a esa mujer que se una a mí, que nos confundamos en el fondo del desierto de miseria y de abandono en que vivimos los dos.

La primavera ha muerto, os repito. He soñado que el reciente follaje verdeaba al sol, que Lorenza reía como una loca entre las altas hierbas. Me encuentro en la húmeda obscuridad de mi habitación, enfrente de Lorenza, que dormita. No he dejado el desván y no he podido abrir los ojos ni los labios de aquella criatura. Todo es mentira. En este derrumbamiento de lo verdadero y de lo falso, en el confuso ruido que la vida produce dentro de mí, tan sólo siento una necesidad, una necesidad apremiante y cruel: amar, y ser amado, no importa cómo, sea donde sea, para anegarme en un abismo de amor.

¡Oh, hermanos! Si alguna vez llego a salir de la lóbreguez en que vivo y se me ocurre el capricho de referir a la multitud mis lejanos amores, imitaré sin duda a esos llorones, a esos soñadores que adornan con rayos de luz a los demonios de sus veinte años, poniéndoles alas en los hombros.

Llámeseles los poetas de la juventud, a esos embaucadores que han sufrido, que han derramado todas sus lágrimas, y a quien hoy, en sus recuerdos, ya no les quedan sino sonrisas y añoranzas. Os aseguro que he visto su sangre, que he visto su carne al descubierto, desgarrada y dolorida; han vivido en el sufrimiento y han crecido en la desesperación. Sus queridas eran infames, sus amores revestían todos los horrores de los amores del arroyo. Han sido engañados, ofendidos, arrastrados en el lodo; jamás han hallado un corazón, y en cambio cada uno de ellos ha tenido su Lorenza, que ha hecho de su juventud una soledad entristecida. Luego la herida se ha cicatrizado, han llegado los años, el recuerdo ha comunicado su amoroso encanto a toda la infamia de otro tiempo y han llorado la pérdida de sus funestos amores. Así es como han creado un mundo falso de jóvenes pecadoras, de muchachas encantadoras por su indiferencia y su irreflexión. Las conocéis a todas, a las Mimí Pinsón y a las Musette; las habéis soñado a los diez y seis años, y hasta las habéis buscado quizás. Sus amantes se han mostrado pródigos con ellas; les han otorgado la belleza, la frescura, la ternura y la franqueza; han hecho de ellas tipos indelebles de amor libre, de eterna juventud; las han impuesto a nuestros corazones y se han complacido en engañarse a sí mismos. ¡Mienten, mienten, mienten!

Yo les imitaré. Como ellos, me engañaré sin duda, y creeré de buena fe las patrañas que mis recuerdos me cuenten; como ellos, sentiré cobardías, tímideces que me llevarán a no hablar alto y con franqueza al decir cuáles fueron mis amores y cuán impuras eran ellas. Lorenza se convertirá en Musette o Mimí; tendrá juventud, tendrá belleza; no será ya la mujer que está aquí, muda, desaseada; será una muchacha del todo distinta,

atolondrada, amando a tonta y a locas, viva siempre y resultando más joven, más adorable por sus mismos caprichos.

El tabuco se convertirá en una guardilla alegre, llena de flores, esplendente de sol; la tela de seda azul se trocará en indiana ligera y limpia; mi miseria rebotará de sonrisas, mis ternuras resplandecerán. Y cantaré yo también la canción de los veinte años, reanudando el estribillo donde los demás lo dejaron, continuando las palabras dulces y falaces, engañándome y engañando siempre a cuantos vengan en pos de mí.

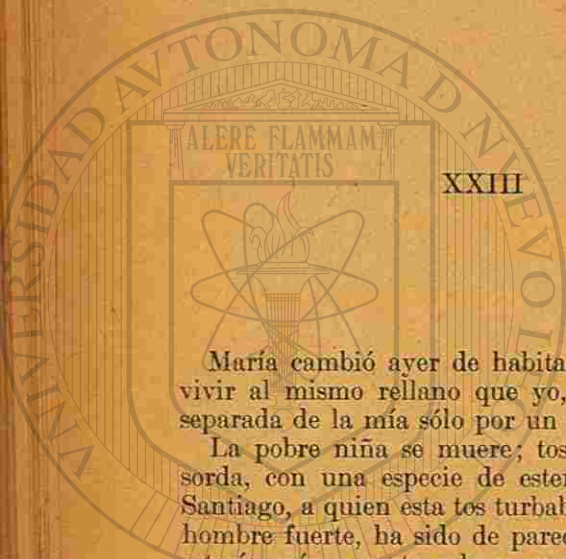
Hermanos, en estas cartas escritas para vosotros solos, y que trazo al día y estremeciéndome aún por mis atroces agitaciones, puedo ser rudo, áspero, decirlo todo, insistiendo en mis confesiones. Me doy por completo, vivo en alta voz, y os hago entrega de mi cuerpo y de mi sangre; querría arrancarme el corazón del pecho y enseñároslo, manando sangre, enfermo, libre de sus abyecciones y de sus purezas. Siéntome más alto y más digno confesándome a vosotros; en medio de mi rebajamiento, siento una arrogancia inmensa; cuanto más desciendo, más me agiganto en desdén y en soberbia indiferencia.

¿Hay cosa más dulce que la franqueza? Dad por seguro que de diez jóvenes, ocho llevan igual vida que la mía, la misma juventud; algunos—dos o tres quizás por cada ciento—se horrorizan, lloran como lloro yo; otros, muchos millares, aceptan y viven en paz, infames y sonrientes. Todos mienten. En cuanto a mí, me siento herido, y os confieso, entre sollozos, cuáles son mis amores y con qué terrible peso me anonadan.

Más adelante mentiré.

En el día nada existe para mí, a no ser el amor de Lorenza, que no poseo y que exijo. No hay más luz, más mundo, más gentes; lo que hay, en la

sombra, es un hombre y una mujer, puestos frente a frente, para siempre jamás. El hombre, desprovisto de toda pureza, de toda hermosura, quiere ser amado por la mujer, porque tiene miedo de estar solo, porque tiene frío y porque ama. En el día postrero, cuando la humanidad agonice, cuando tan sólo quede una pareja sobre la tierra, la lucha será terrible, la desesperación inmensa, si el último amante no puede despertar a la última amante del sueño del corazón y de la carne.



María cambió ayer de habitación. Ha venido a vivir al mismo rellano que yo, a una habitación separada de la mía sólo por un simple tabique.

La pobre niña se muere; tose con tos hueca y sorda, con una especie de estertor en cada hipó. Santiago, a quien esta tos turbaba en su quietud de hombre fuerte, ha sido de parecer que la enferma estaría más a gusto sola y en una habitación separada. Le ha dado a Paquerette para que la vele y la cuide.

En la noche última, he oído durante muchas horas la tos y el estertor de María. Lorenza dormía con todo sosiego. Cada ataque que atravesaba el tabique me producía una tristeza indecible.

Esta mañana, cuando me levanté, fui a ver a la moribunda. Guardaba cama y se hallaba pálida, resignada, sonriente aún. La cabeza, levantada sobre dos almohadas, presentaba una especie de dulce languidez; sus dos brazos, descarnados y transparentes, se extendían sobre las sábanas junto a su miserable cuerpo, que se dibujaba bajo la ropa en líneas enjutas y deplorables.

La habitación me ha parecido húmeda y fría.

Es semejante a la mía, pero se halla mejor amueblada, menos sucia. Una ancha ventana da a la gran pared negra que se alza a algunos metros de la fachada de la casa.

María se hallaba sola, inmóvil, con los ojos muy abiertos, mirando al techo con ese aspecto pensativo y doloroso de los enfermos que ven ya más allá de la vida. Paquerette acababa de bajar en busca de su almuerzo.

En una mesita y junto a un sillón, se veía un ejército de botellas, un solo vaso y restos de comida. Ocurrióseme la idea de que Paquerette cuidaba más de sí que de la moribunda.

Besé la frente de María y me senté al borde de la cama, teniendo cogida una de sus manos. Volvió lentamente la cabeza y me dirigió una sonrisa, como para decirme que no padecía y que estaba descansando. Su voz un tanto ronca, no es ya sino un murmurio débil y cariñoso. Inclínada la frente, me miraba con sus ojos calenturientos y agrandados. En sus interminables miradas leíase extrañeza y ternura. Una compasión inmensa me oprimió el corazón, en presencia de aquella desventurada criatura. Creía que iba a echarme a llorar.

Subió Paquerette cargada con nuevas botellas y con nuevas provisiones. Abrió la ventana, quejándose del aire viciado, y se sentó cómodamente en el sillón, delante de la mesa; después se puso a comer bulliciosamente, hablando al par que mascaba, y haciendo preguntas a María acerca de sus amantes y de su vida de otros tiempos. No parecía sino que ignoraba que la niña se hallaba enferma; la trataba de perezosa y amiga de quedarse en cama y de que le tengan lástima. Yo miraba con repugnancia a aquella mujer, encogida, chupándose los grasientos dedos, charlando con la boca llena, bromeando con la moribunda y lanzándome miradas socarronas y cínicas, esas miradas

de cortesana enloquecida que ciertas viejas conservan aún en sus enrojecidos ojos.

Paquerette, así que cesó de comer, dió media vuelta al sillón; después, cruzando las manos sobre las faldas, púsose a mirarnos a María y a mí, yendo de uno a otro, y riendo con maligna sonrisa.

—¡Ah! hermosa mía—dijo a la enferma señalándome con el dedo,—¿no es un guapo muchacho? Su corazón está viudo y necesita nuevos amores.

María sonrió tristemente, entornando los ojos y retirando la mano que había yo conservado en la mía.

—Está usted en un error—contesté a Paquerette tras un instante de silencio;—mi corazón no está viudo; amo a Lorenza.

María alzó los párpados y me devolvió sus dedos, que encontré más agitados, más ardientes.

—Lorenza, Lorenza—decía la vieja en tono de fisga;—¡no se ríe poco de usted! Así son los hombres; aman a quien les vende y les abandona. Busque usted mujer, mi buen señor mío.

Yo no oía con claridad, pues, por regla general, no presto la menor atención a las charlas de aquella vieja. Mas no sé por qué experimenté un vago malestar. Un calor para mí desconocido recorrió mi ser con estremecimiento doloroso.

—Oíd, hijos míos—añadió Paquerette poniéndose cómoda;—yo soy buena y me disgusta que se burlen de vosotros. Ambos sois hermosos, dulces como corderos, buenos como el pan. Se me ha puesto en la cabeza casaros, en la persuasión de que jamás habré conseguido que se enlacen dos mejores criaturas. Vamos, caballero, tome usted a la señora en brazos. No pasa día sin que me tropiece a Lorenza y Santiago haciéndose carieías en la escalera.

Yo miraba a María; que se hallaba sosegada sin que su pulso latiera más acelerado. Parecía soñar, fijos en mí los ojos, y yo no sabía si me miraba en sueños. Los besos que Santiago podía dar a Lorenza no la turbaban, en la tranquila amistad que sentía por él.

En cuanto a mí, notaba un salor insoportable que me subía al pecho y que me ahogaba. Ignoraba qué significaba aquel entorpecimiento repentino, que me producía un dolor sordo, intenso, que me llegaba hasta el alma. No pensaba ni en Lorenza ni en Santiago; escuchaba a Paquerette, y el ahogo aumentaba, me apretaba la garganta.

Paquerette se restregaba brutalmente las secas manos; sus ojos grises, escondidos bajo los colgantes párpados, brillaban de un modo extraño en su semblante amarillento.

Luego repuso con voz más cascada aún:

—Están ustedes ahí mirándose como dos inocentes. ¿No ha comprendido usted, Claudio? Santiago le toma a usted a Lorenza; tome usted a María. ¡Oh! mire usted. La niña sonríe; no desea otra cosa. Así nadie quedará viudo, y los unos no tendrán nada que echar en cara a los otros. Miren cómo se compone todo en esta vida.

María alzó la mano con impaciencia, haciéndole señal de que callara. Aquella cascada voz producía un escalofrío a su enflaquecido cuerpo. Luego, en su rostro se pintó una paz melancólica, una actitud de recogido éxtasis; me miró meditando, y con voz penetrante, con voz que yo no le había oído hasta entonces, me dijo:

—¿Quiere usted, Claudio? Yo le amaré a usted mucho.

Y se había incorporado.

Un acceso de tos hizo caer sobre la cama aquel cuerpo agitado horriblemente, jadeante de dolor. Con los brazos abiertos y retorcidos, con la cabeza

echada hacia atrás, faltábale la respiración. Su seno, medio descubierto, aquel pobre seno que el padecer había convertido en tan infantil, en tan casto, se alzaba espantosamente como a impulso de furioso huracán. Luego la terrible tos se apaciguó, y la joven se extendió, pálida, amoratadas las mejillas, como herida de postración y de insensibilidad.

Había yo permanecido sentado al borde de la cama, agitado también por los agudos dolores de la moribunda. No me había atrevido a moverme, clavado allí por la compasión y por el miedo. Lo que tenía ante mí era tan espantoso de horror y de ternura, tan lamentable y tan repugnante a la vez, que no sé cómo explicar el santo temor que me retenía allí, traspasado de dolor, lleno de repugnancia y de misericordia.

Tentado estuve de apalea a Paquerette y de arrojarla de allí; habría querido abrazar a María como hermano, dar mi sangre para devolver la vida y la frescura a su cuerpo moribundo.

¡Había yo llegado a tal punto! Una mujer, cargada de vejez y de crápula, me ofrecía cambiar mi corazón con otro corazón, ceder mi querida a mi amigo y comprarle así la suya; hacíame ver la ventaja de aquel trato y se reía de lo chusco del caso. Y la amante que pretendía ofrecermelo, pertenecía ya a la muerte...

María se moría y me tendía los brazos. ¡Pobre inocente! Su extraña pureza le ocultaba todo el horror del beso con que me brindaba. Adelantaba los labios como una virgen, sin comprender que yo había preferido la muerte antes que tocar a su boca, ¡tanto me llenaba el amor de Lorenza!

Aquella carne pálida, encendida por la fiebre, no conservaba ya huella alguna de los besos que la habían enrojecido; se hallaba muerta ya, santificada, y tan pura, que habría creído cometer un

sacrilegio al transmitirle un último estremecimiento de voluptuosidad.

Paquerette se fijó con curiosidad en la crisis de María. Aquella mujer no creía en el sufrimiento de los demás.

—Tal vez se le haya atragantado algo—dijo, sin tener en cuenta que la enferma no comía desde hacía quince días.

Al oír estas palabras, me sentí asaltado por ciega cólera. De buena gana habría abofeteado aquel pajizo rostro, que de todo se mofaba; y, como la muy miserable se dispusiese a abrir nuevamente la boca:

—¡Cállese usted!—le grité con voz vibrante e indignada.

La vieja, asustada, echó atrás su sillón. Miróme llena de miedo, indecisa; después, viendo que no me reía hizo un ademán de borracho, y balbuceó con zalamería:

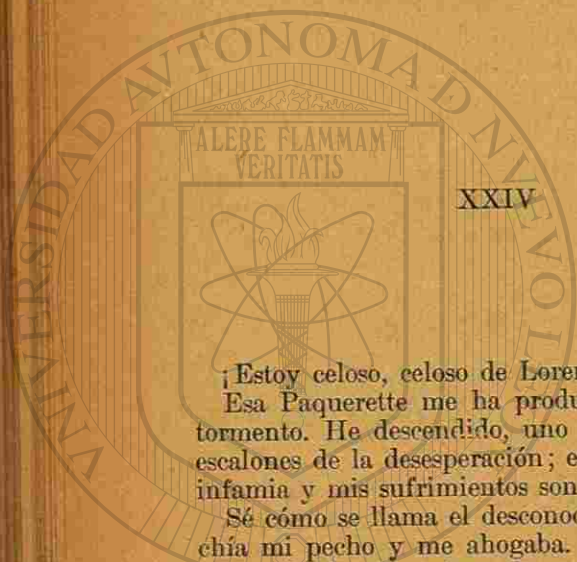
—¿Es decir que está prohibido bromear? Había que avisarlo. Yo estoy siempre con gana de reírme; tanto peor para los que lloran. ¿Usted no quiere María? Pues no hablemos más del asunto.

Y acercó el sillón a la mesa, donde se escanció un formidable vaso de vino, que se echó al colete a sorbitos.

Inclinéme sobre María, que estertoraba dulcemente, adormecida por el sufrimiento. Beséla en la frente, cual si fuese un hermano.

Al salir, Paquerette se volvió hacia mí.

—Señor—me dijo,—no es usted amable, mas, a pesar de todo, no dejaré de darle un buen consejo. Si quiere usted a Lorenza, vigílela.



¡Estoy celoso, celoso de Lorenza!

Esa Paquerette me ha producido un espantoso tormento. He descendido, uno por uno, todos los escalones de la desesperación; en la actualidad mi infamia y mis sufrimientos son completos.

Sé cómo se llama el desconocido calor que henchía mi pecho y me ahogaba. Ese calor eran los celos, oleada abrasadora de angustia y de terror. La oleada ha ascendido y ha invadido todo mi ser. Ahora no tengo ya miembro alguno que no se sienta dolorido, que no se lamente de la horrible opresión de que se queja todo mi cuerpo.

No sé cómo se sienten celosos los demás. Por lo que a mí hace, está celoso todo mi cuerpo, todo mi corazón. Desde que la duda ha penetrado en mí, vela, trabaja sin compasión; hiéreme a cada segundo que pasa, registra todo mi ser, y penetra cada vez más en mi organismo. El dolor es físico; el estómago se oprime, los miembros se relajan, la cabeza se parte; se siente debilidad y fiebre. Y por cima de todos estos males de los nervios y de los músculos, siento la angustia de mi corazón, intensa, desatinada, que me oprime y me abrasa

sin tregua ni reposo. Una sola idea gira en el inmenso vacío de mi pensamiento; ya no soy querido; vivo engañado, y mi cerebro golpea como una campana sin más que este sonido; mis entrañas retorcidas y desgarradas tienen tan sólo un estrechamiento.

Nada tan doloroso como esas horas de celos, que me hieren doblemente, en la miseria y en el cariño. El sufrimiento de la carne y el del corazón se unen en una sensación única de anonadadora pesadumbre, inexorable, que me aplasta sin cesar. Y me quedo sin aliento, abandonándome, descendiendo de grado en grado en mis sospechas, agrandando mi herida, abstrayéndome de cuanto me rodea, y viviendo tan sólo del pensamiento que me corroe.

Si padeciese menos, querría saber de qué se compone mi sufrimiento, y sentiría un agudo placer al interrogar mi cuerpo, al estudiar mi cariño. Tengo curiosidad de ver el fondo de mi desesperación. Sin duda hay allí mil indignas circunstancias del amor, el egoísmo y el amor propio, la cobardía y las malas pasiones; hay también la rebeldía de los sentidos, las vanidades de la inteligencia.

Esa mujer que se va, hastiada de mis caricias, y que prefiere a otro hombre, me hiere en todo mi ser; me desdeña y manifiesta que ha encontrado un amor más grato, más puro que el mío. Sobre todo en esto hay un sentimiento de inmensa soledad. Siéntese uno abandonado y se estremece de espanto; no es posible vivir sin aquella criatura que uno se había complacido en mirar como compañera de toda la vida; siente uno frío, tiembla y preferiría morir a verse abandonado.

Exijo que Lorenza me pertenezca. No tengo a nadie más que a ella y la conservo en mi poder como un avaro. Mi corazón mana sangre cuando

pienso que Paquerette quizás tiene razón y que mañana me encontraré tal vez sin amor. No puedo quedarme solo en mi miseria, en el fondo de mi degradación.

Tengo miedo.

Y, no obstante, no puedo cerrar los ojos, vivir en la ignorancia.

Ciertos jóvenes, cuando conocen que una mujer les es necesaria, la aceptan tal cual es, y cuidan de no arriesgar su tranquilidad investigando cuál fué su vida. Yo, por mi parte, no me siento con fuerzas para ignorar. Dudo, y mi desventurada imaginación me impulsa a desengañarme o a convencirme; necesito penetrar en el corazón de Lorenza, y morir si ha de abandonarme.

Por la noche hago como que salgo y me deslizo furtivamente en el cuarto de María. Paquerette dormita, y la moribunda me sonríe débilmente, sin volver la cabeza. Voy a la ventana y allí me instalo. Acecho desde allí y me inclino para ver el patio y la habitación de Santiago. Vuelvo a veces para entornar la puerta, y presto oído a los ruidos de la escalera.

Son horas crueles. Excitada mi imaginación, trabaja con ahinco; me tiemblan los miembros de ansiedad y por mi atención prolongada. Cuando suben voces de la habitación de Santiago, la emoción me oprime la garganta. Si oigo que Lorenza sale de nuestra guardilla y allá abajo no aparece en el umbral, parece como que se me abrasa el pecho: tengo contados los escalones y me digo que se ha detenido en el tercer piso. Entonces me inclino, con riesgo de estrellarme; querría entrar por la ventana que se halla a cinco metros debajo de mí. Me parece oír rumor de besos y pronunciar mi nombre entre risas irónicas. Luego, cuando Lorenza, por último, se deja ver en el umbral, la

quemadura me asalta de nuevo. Quédome anhelante, anonadado.

Me sorprende, porque no la espero; empiezo a dudar, y ya no sé si he contado bien los peldaños que tenía que bajar.

Durante mucho tiempo sostengo conmigo mismo este juego cruel. Invento emboscadas, y, como la sangre me sube a la cabeza, ya no recuerdo lo que he visto. La certidumbre huye de mí y las sospechas nacen y mueren más devoradas cada día. Poseo una ciencia infernal para espiar y para razonar las causas de mi sufrimiento; mi imaginación se apodera crudamente de los hechos de menor monta, los reúne, los ata y obtiene de ellos consecuencias maravillosas. Llevo a cabo tan insignificante tarea con admirable lucidez; comparo, discuto, acojo, rechazo, como verdadero juez de instrucción; mas, cuando creo tener una certidumbre, me estalla el corazón, la carne se me estremece, y ya no soy más que un niño que llora, sintiendo que la realidad huye de sí.

Quisiera penetrar en la existencia de mis compañeros, investigar sus misterios; tengo la curiosidad de saber cuanto no sé, y me complazco de un modo extraño en esas delicadas operaciones de la inteligencia, en busca de una solución desconocida. Existe una curiosidad exquisita al pasar cada palabra, cada aliento; tan sólo se tienen vagos datos, y, sin embargo, se llega con marcha lenta y segura, matemática, al conocimiento de la entera verdad. Puedo poner esta sagacidad mía al servicio de mis hermanos. Cuando se trata de mí, me siento agitado por tal pasión, que no sé ver ni oír.

Ayer permanecí dos horas en la habitación de María. La noche era lóbrega, húmeda. Enfrente, sobre la desnuda pared, la ventana de Santiago lanzaba un gran cuadrado de amarillenta luz. Al-

gunas sombras iban y venían en aquel cuadrado, extravagantes, agrandadas.

Había oído a Lorenza cerrar nuestra puerta, y no había bajado al patio. En la pared conocí la sombra de Santiago, prolongada y rígida, agitándose con movimientos rápidos y precisos. Distinguíase también otra sombra, más corta, más lenta y más indecisa en sus movimientos; creí conocer aquella sombra, que me parecía tener una gran cabeza, aumentada todavía más por un moño de mujer.

A veces el cuadrado de luz amarilla se extendía pálido y tétrico, vacío y en completa tranquilidad. Y yo, inclinado, anhelante, miraba con atención dolorosa, penando por aquel vacío, por aquella fijeza de luz, y deseando con angustia que alguna masa negra se presentase, entregándome su secreto.

Después, de repente, el cuadrado se poblaba: pasaba una sombra; se mezclaban otras dos, desmesuradas, de rareza tal, que ni podía apreciar las formas ni explicarme sus movimientos. Mi imaginación buscaba desesperadamente la explicación de aquellas manchas oscuras, que se prolongaban, dejando adivinar a veces una cabeza o un brazo; pero brazo y cabeza se deformaban en seguida, se fundían. Tan sólo veía como una mancha de tinta oscilante, que se extendía por todos lados, embadurnando la pared. Quería comprender y llegaba a distinguir monstruosos perfiles de animales, siluetas extrañas. Perdíame en la pesadilla de aquella visión; seguía con la vista, aterrado, aquellas masas que danzaban sin ruido; me estremecía ante la idea de lo que iba a descubrir y lloraba de rabia al ver que aquello no tenía explicación alguna y que nada llegaría a saber. Y, de repente, la ola de tinta, en un postrer salto, en una última mueca, corría por la pared,

en medio de las tinieblas. El cuadro de luz amarillenta quedaba de nuevo desierto y triste. Las sombras habían pasado sin revelarme nada. Inclinábase, más desesperado aún, en espera del terrible espectáculo y diciéndome que mi vida dependía de aquellas manchas negras que daban saltos y brinco en la amarillenta pared.

Una especie de furor concluyó por dominarme ante aquel irónico drama que se desarrollaba frente a mí. Aquellos extraños personajes, aquellas rápidas e incomprensibles escenas me estaban escarneciendo; habría querido tener fuerza bastante para hacer cesar aquella lúgubre farsa, y me sentía destrozado de emoción, devorado por la duda.

Salí sin hacer ruido de la habitación de María, y me quité los zapatos, que dejé en el pasillo de la escalera; luego, con el corazón oprimido, lleno de ansiedad, comencé a bajar la escalera, deteniéndome en cada escalón, escuchando en el silencio y asustándome al menor ruido que subía.

Llegado a la puerta de Santiago, tras cinco largos minutos de miedo y de vacilación, me incliné poco a poco y no sin trabajo, sintiendo que me crujían los huesos del cuello. Apliqué el ojo derecho al agujero de la cerradura y no vi más que tinieblas. Entonces pegué el oído a la madera de la puerta; el silencio zumbaba, y sentía en la cabeza un gran murmurio que no me dejaba oír. Por delante de mis ojos pasaban como llamaradas, y un ruido sordo y creciente llenaba el corredor. La madera de la puerta me abrasaba la oreja y parecía que todo vibraba. Detrás de aquella puerta se me figuraba a veces oír suspiros ahogados, y luego parecía como si la muerte hubiese pasado por aquella habitación silenciosa.

Y nada más sabía. No podía arrancar nada preciso a aquel silencio tumultuoso, a aquella obscuridad llena de relámpagos.

Ignoro cuánto tiempo permanecí encorvado junto a la puerta; recuerdo sólo que la frialdad del pasillo me helaba los pies y que un gran temblor agitaba mi cuerpo cubierto de sudor. El ansia y el terror me tenía allí enclavado, recogido en mí mismo, sin osar moverme, martirizado por los celos, y tan tembloroso como si acabase de cometer un crimen.

Volví a subir temblando y tropezando en las paredes. Abrí de nuevo la ventana de María; necesitaba sufrir más, no pudiendo substraerme a la escocedora voluptuosidad de mis sufrimientos. La pared frontera estaba oscura; el telón acababa de caer, terminando el drama, y reinaba la noche.

Al salir, contemplé a María, que se hallaba durmiendo, con las manos juntas. Creo que me arrodillé ante la cama y que dirigí a no sé qué divinidad una oración, cuyas palabras me subían a los labios.

Me acosté, dando diente con diente, y cerré los ojos. Al través de los párpados, veía la luz de la vela colocada sobre una mesilla, y, de este modo, tenía delante de mí un vasto y rosado horizonte, que poblaba yo con lamentables figuras. Poseo la triste facultad del ensueño, la de crear por entero toda clase de personajes, que casi viven en la vida real; los veo, los toco, y representan, como actores de carne y hueso, las escenas que se suceden en mi imaginación. Sufro, y gozo de un modo tanto más poderoso, cuanto que mis ideas se materializan y las percibo, con los ojos cerrados, por todos mis sentidos, por todo mi sér.

En la rosada claridad, veía a Lorenza medio desnuda en brazos de Santiago. Veía la habitación, que antes me había parecido oscura, silenciosa, y ahora se me representaba llena de risas y de claridades. Ambos amantes, en una oleada de

luz deslumbradora, se abrazaban estrechamente; hallábanse allí, ante mi vista, tomando todas las actitudes que soñaba mi extraviada imaginación. No eran ya simples pensamientos, celos del corazón; eran cuadros horribles, vivos, de nitidez espantosa.

Mi cuerpo se rebelaba y daba gritos. Sentía que el drama se representaba en mi interior y que podía cubrir aquellas imágenes; las descubría, las ostentaba, las evocaba más crudas, más vigorosas, y me hundía a placer en aquellos espectáculos que me proporcionaba a manos llenas para padecer más aún. Mis dudas tomaban cuerpo; sabía y veía por fin, epcontrando en mi imaginación certidumbres rebosantes de dolorosas delicias.

Lorenza entró y cerró la puerta brutalmente. Traía de fuera un indefinible perfume de tabaco y de lieores. No abrí los párpados, y estuve escuchando el ruido de sus pasos y el roce de las telas al desnudarse. Yo miraba la rosada claridad; y, más lejos, parecíame ver a aquella mujer, cuando pasaba por delante de mí, reirse de lástima y mofarse con sus gestos, creyéndome dormido.

Y se metió en cama, lanzando un ligero suspiro, y púsose a sus anchas para entregarse al sueño. Entonces todo el dolor de la noche me subió a la garganta, y un furor indecible se apoderó de mí, al experimentar la sensación de aquella fría carne que tocaba la mía. Pensé que Lorenza volvía a mí hastiada de voluptuosidad, blanda y húmeda de traición y de crápula. Incorporéme en la cama, y apretando los puños:

—De dónde vienes?—pregunté a Lorenza con trémulo y sordo acento.

Abrió lentamente los ojos, que ya tenía cerrados, y me miró un instante, con extrañeza y sin contestarme. Luego, encogiéndose de hombros, me respondió:

—Vengo de casa del frutero de lo alto de la calle, que me había convidado a tomar café.

Veía yo su rostro de abajo arriba; los párpados, caían fatigados, las facciones descubrían la haurtura y la satisfacción. Al verla tan saciada con los besos de otro, sentí que me cegaba la sangre. Su cuello, robusto y henchido, parecía tenderse hacia mí, como instigándome al crimen; era grueso y corto, impúdico y lúbrico; blanqueaba con insolencia, mofándose y como desafiándome.

Cuanto me rodeaba había desaparecido; no había ante mí otra cosa que aquel cuello.

—¡Mientes!—grité.

Y viéndolo ya todo de color de sangre, cogí aquel cuello con mis crispados dedos. Sacudí violentamente a Lorenza, apretando con toda mi fuerza; ella no oponía resistencia alguna, dejándose llevar por mis sacudidas, sin pronunciar una queja, inerte y embrutecida. No sé qué goce podía yo sentir al agitar en mis manos aquel cuerpo, tibio y ligero, doblegándose y como fundiéndose a merced de mi furor. Luego, un escalofrío glacial me llenó de espanto; había creído ver sangre que resbalaba por mis dedos y me dejé caer sobre la almohada, sollozando, ebrio de dolor.

Lorenza se llevó la mano al cuello. Respiró fuertemente, tres veces seguidas, y se volvió a acostar dándome la espalda, sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima.

Le había descompuesto el cabello. En su nuca distinguí una huella azulada, que resultaba más oscura por la sombra que producían los cabellos, que medio le ocultaban los hombros. Las lágrimas me cegaban, mi corazón desbordaba de compasión inmensa y dolorosa. Lloraba por mí, que acababa de maltratar a una mujer; lloraba por Lorenza, cuyos huesos había sentido crujir con la presión de mis dedos. Todo mi sér se aniquilaba

por tan torcedor remordimiento, y mi alma dolorida trataba con desesperación de reparar lo que no podía ser olvidado. Retrocedía, lleno de repugnancia y de horror, ante la bestia salvaje que había sentido despertarse y morir en mí; el terror, el bochorno y la compasión, me hacían sufrir horriblemente.

Acerquéme a Lorenza, la cogí en brazos y le hablé en voz baja al oído, con voz cariñosa y de desconsuelo. No sé qué le dije. Mi corazón se hallaba henchido de pena y lo desahugué. Mis palabras fueron una larga plegaria, ardiente y humilde a la vez, dulce y violenta, rebosante de altanería y de bajeza. Entreguéme por completo, en el pasado, en el presente, en el porvenir; tracé la historia de mi corazón, registré hasta lo más profundo de mi sér para no ocultar nada. Hallábame falto de su perdón, y tenía también necesidad de perdonar. Acusé a Lorenza, pedíle lealtad y franqueza y le dije lo mucho que me había hecho llorar. No le dirigía reproches para excusarme mejor; abríanse mis labios a pesar mío, todo lo presente me llenaba el alma, y mis pensamientos de cada día se unían en una sola queja tierna y resignada, exenta de toda ira, de todo rencor. Mis reproches, mis confidencias, se mezclaron a las efusiones de amor, a las repentinas ternuras; hablé ese lenguaje de la pasión, pueril e inefable, remontándose en pleno cielo y arrastrándome por la tierra; me serví de esa poesía, adorable al par que ridícula, de los niños, de los amantes; me sentí loco, apasionado, ebrio.

Y de este modo caminaba como en un sueño, interrogando, respondiendo, hablando con voz profunda y regular y estrechando a Lorenza contra mi pecho.

Durante una hora larga, oí las palabras que por sí mismas me salían de la boca, dulces, affli-

gidas; aliviábame escuchando aquella armonía penetrante; me parecía que mi pobre corazón dolorido, se mecía y se entregaba al sueño.

Lorenza, con los ojos abiertos, miraba a la pared, impassible. Mi voz parecía que no llegaba hasta ella; estaba tan muda y tan muerta, como si se hubiera hallado en una gran obscuridad, en un profundo silencio. Su frente dura, su boca fría y crispada, anunciaban la implacable resolución de no escuchar, de no dar una respuesta.

Entonces experimenté el ardiente deseo de obtener siquiera una palabra de aquella mujer. Habría dado mi sangre por oír la voz de Lorenza; todo mi sér se volvía hacia ella, le pedía con instancia, le rogaba, juntas las manos, que hablase, que pronunciase siquiera una palabra. Derramaba lágrimas por su silencio, y una especie de vago malestar se agigantaba en mi sér a medida que ella aparecía más sombría y más impenetrable.

Sentíme arrastrado a la locura, a la idea fija; tenía el imperioso deseo de una contestación, y hacía sobrehumanos esfuerzos de ruegos y de amenazas para dar satisfacción a aquel anhelo que me devoraba. Multipliqué mis preguntas, mantúveme firme en ellas, cambié la forma de mis demandas, haciéndolas más apremiantes; me serví de toda la dulzura de que me sentía capaz, de toda violencia, implorando, exigiendo, hablando en tono cariñoso y sumiso, y, por último, dejándome dominar por la cólera, y haciéndome en seguida más humilde, más insinuante aún. Lorenza, sin el menor estremecimiento, sin una mirada, hasta parecía ignorar mi presencia. Toda mi voluntad, toda mi furiosa entereza, se estrellaban contra la implacable sordera de aquel sér que se me negaba.

Aquella mujer se escapaba de mis manos. Entre ella y yo adivinaba que existía una barrera in-

franqueable. Tenía su cuerpo estrechamente abrazado, y sentía que aquel cuerpo se abandonaba desdeñosamente a mi abrazo. Mas yo no podía abrir aquella alma, penetrar en su interior; el corazón y el pensamiento se me ocultaban; oprinía sólo en mis brazos un despojo sin vida, tan cansado, tan gastado, que nada decía a mis abrazos. Y, no obstante, yo amaba y quería poseer; retenía desesperadamente el único sér que me quedaba, exigía que me perteneciera, sentía furores de avaro cuando creía que me lo iban a quitar y que ella se dejaba robar con cierta complacencia.

Me sublevaba y apelaba a todas mis fuerzas en defensa de lo que era mío. ¡Y sólo estrechaba un cadáver contra mi pecho, una cosa desconocida que me era extraña y cuyo sentido no estaba en mi mano penetrar! ¡Oh, hermanos, vosotros ignoráis ese sufrimiento, esos arranques de amor que se estrellan contra un cuerpo inanimado, esa helada resistencia de una carne con la que uno querría fundirse, ese silencio en contestación a tantos sollozos, esa muerte voluntaria que podría amar, a quien se suplica con todo su poder, y que no ama!...

Cuando me faltó la voz, cuando desesperé de animar a Lorenza, apoyé la cabeza en su seno, con el oído sobre su corazón. Así, recostado sobre aquella mujer, con los ojos abiertos, y mirando el pábilo de la vela, que se carbonizaba, pasé toda la noche meditando. Oía el estertor de María, entrecortado con hipoes de agonía, que llegaban hasta mí al través del tabique, como meciendo mis meditaciones.

Soñé. Oía los acompasados latidos del corazón de Lorenza. No ignoraba que eran producidos por el movimiento de la sangre, y me decía que iba siguiendo en su cadencia los ruidos de una máquina bien regulada, y que la voz que llegaba

hasta mí era sólo la de un movimiento de reloj inconsciente que obedecía a un simple resorte.

Y, sin embargo, me sentía inquieto; habría querido desmontar la máquina, para estudiar hasta sus piezas al parecer más insignificantes; en mi locura, pensaba con toda seriedad en abrir su seno, en apoderarme de aquel corazón y en enterarme de por qué latía de un modo tan dulce y tan intenso.

María respiraba anhelosamente, y el corazón de Lorenza latía casi dentro de mi cabeza. Oyendo aquel doble ruido, que a veces se confundía en uno solo, pensaba en lo que es la vida.

No sé por qué me persigue un insaciable deseo de virginidad en medio de mi rebajamiento. Siempre siento dentro de mí la idea de una pureza inmaculada, elevada, inaccesible, y esta idea se despierta con mayor intensidad en el fondo de cada una de mis desesperaciones.

Mientras apoyaba la cabeza en el impuro seno de Lorenza, me decía que la mujer había nacido para un solo amor.

Ahí está la verdad, la única unión posible. Mi alma es tan exigente que desea a todo el sér a quien ama, su infancia, su sueño, su vida entera. Llega hasta acusar a los sueños, hasta asegurar que la amante queda impura si, durmiendo, ha recibido las caricias de una visión.

Todas las jóvenes, las más puras, las más candidas, nos llegan así desfloradas por el demonio de sus noches; este demonio las ha estrechado en sus brazos, ha hecho estremecer su carne inocente; le han entregado, antes que al esposo, sus primeras caricias. Ya no son vírgenes, ya no poseen la santa ignorancia.

En cuanto a mí, desearía que la esposa me llegara al salir de las manos de Dios; querríala blanca, purificada, muerta aún, y yo la desper-

taría. Viviría de mí, a nadie conocería más que a mí y no tendría más recuerdos que los que de mí procedieran. Realizaría el divino ensueño de la unión del alma y del cuerpo, unión eterna y que todo lo obtiene de sí misma.

Pero cuando los labios de una mujer se han unido a otros labios, cuando el seno se ha estremecido al contacto de otros abrazos, el amor no puede ser más que una agonía diaria, unos celos de cada instante. Semejante mujer no me pertenece, pertenece a sus recuerdos; retuércese en mis brazos, piensa tal vez en caricias de otro tiempo; me deja a cada instante y tiene una existencia que no ha sido mía; no me pertenece. Y yo amo y me destrozo; lloro ante aquella criatura que no poseo, que no puedo poseer por completo.

La vela humeaba y la habitación se llenaba de una atmósfera espesa, amrillenta.

Oía el estertor de María cada vez más brusco e irregular, y escuchaba el corazón de Lorenza sin poder comprender su lenguaje. Sin duda aquel corazón hablaba en lengua desconocida; yo contenía el aliento y forzaba mi inteligencia; mas su significación no se hallaba a mi alcance. Tal vez me refería el pasado de aquella miserable, su historia de baldón y de vergüenza. Latía con lentitud, con ironía, dejando caer las sílabas con esfuerzo; no se daba prisa por terminar, y parecía complacerse en el relato de la horrible aventura. A veces yo adivinaba lo que podía decir. Yo ignoraba el pasado; habíame negado a conocerlo y trataba de olvidarlo; pero, por sí mismo, se evocaba y se ofrecía a mi mente tal como debió de ser. Ya sabía yo qué infamias me era preciso imaginar; en la ignorancia en que me hallaba encerrado, iba sin duda más allá de la realidad y caía en la pesadilla, exagerando el mal. Entonces habría querido saberlo todo, toda la realidad de los

hechos. Y prestaba atento oído a aquel corazón cínico y pesado, que me contaba en voz baja la interminable historia, en un idioma desconocido; no me era posible seguir el hilo de su relato y no sabía qué pensar de las breves palabras que creía coger al vuelo.

Luego, repentinamente, el corazón de Lorenza cambió de lenguaje. Habló del porvenir y pude comprenderle. Latía con toda claridad, hablaba más de prisa, con más sequedad y más ironía. Decía que se iba al arroyo y que no veía la hora de llegar. Me abandonaría al día siguiente y volvería a lanzarse a su azarosa existencia; pertenecería a la multitud y bajaría los pocos peldaños que todavía la separaban del fondo de la cloaca. Entonces acabaría de embrutecerse, no sentiría ya nada, y se consideraría feliz. Y se moriría una noche, sobre la acera, ébria y derrengada. Decíame el corazón que aquel cuerpo iría al anfiteatro y que lo cortarían allí en cuatro pedazos para enterarse de cuanto contenía de amargo y de nauseabundo. Y yo veía a Lorenza acardenalada arrastrada por el lodo, señalada con infames caricias, extendida y rígida sobre la blanca piedra. Y eran registradas con sutiles lancetas las entrañas de la que yo amaba con toda el alma, de la que estrechaba con desesperación en mis brazos.

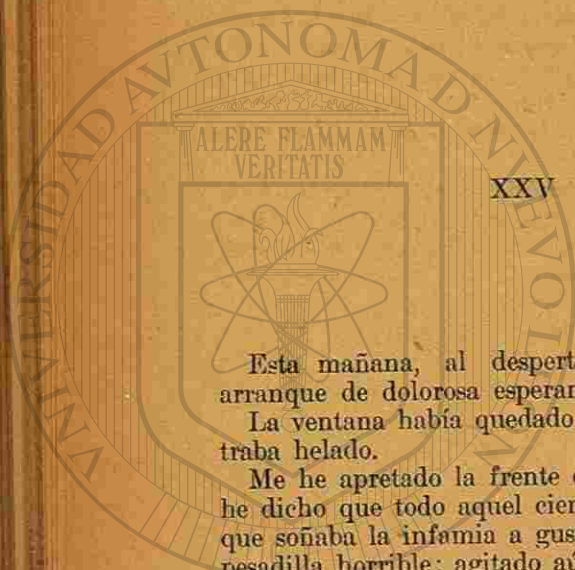
La visión tomaba cuerpo, y la habitación se poblaba de fantasmas. Todo un mundo de libertinaje pasaba en interminable y desolada procesión. Toda la inmundicia humana se alzaba ante mí, vestida de seda, cubierta de harapos, joven y hermosa, vieja y descarnada. El desfile de aquellos hombres y de aquellas mujeres, dirigiéndose a la podredumbre, duró largo tiempo y me llenó de espanto.

El corazón latía, latía sin cesar; decíame ahora encolerizado: "Tu querida procede de las tinie-

blas y se encamina al fango. Tú me amas y yo no te querré jamás, porque soy un corazón fracasado que para nada serviría. En balde eres infame; quieres bajar hasta el cieno, y el cieno no puede subir hasta tí. Interrogas al silencio y buscas alumbrarte con la obscuridad; agitas, para darle vida, a un cadáver desconocido, y mejor harías en llevarlo, sin perder un instante, a una losa del anfiteatro."

Y no sé más. El corazón cesó de latir y el pábilo de la vela se extinguió en una ola de sebo. Yo permanecí recostado en el seno de Lorenza, creyéndome en el fondo de un gran abismo, húmedo y desierto.

María estertoraba.



XXV

Esta mañana, al despertarme, he tenido un arranque de dolorosa esperanza.

La ventana había quedado abierta y me encontraba helado.

Me he apretado la frente con las manos, y me he dicho que todo aquel cieno no podía existir y que soñaba la infamia a gusto mío. Salía de una pesadilla horrible; agitado aún por la visión, sonreía al pensar que todo había sido un sueño y que iba a reanudar mi vida tranquila y de abandono. Negábame a recordar, me rebelaba. Sentía la indignación del honor.

No, era imposible que padeciese hasta tal punto, que la vida fuese tan mala, tan vergonzosa; era imposible que existieran tamaños baldones y dolores semejantes.

Me levanté sin hacer ruido y me dirigí a la ventana, a fin de aspirar con todas mis fuerzas el aire matutino. Vi a Santiago debajo de mí, silbando tranquilamente y mirando al patio. Entonces se me ocurrió la idea de bajar a interrogarle; era la suya una inteligencia fría y recta, que calmaría de fiebre que me devoraba; era un hombre

honrado que contestaría con franqueza a mis preguntas, que me diría si amaba a Lorenza y cuáles eran sus relaciones con ella. Allí quizás encontraría mi curación; de una vez se alejaría de mí el terrible calor que me devoraba el pecho, confiaría en Lorenza, y adoptaría una prudente línea de conducta, que nos apartaría, tanto a ella como a mí, del amor desesperado y sangriento en que nos hallábamos sumidos.

Ya lo veis, hermanos; tocando ya al término del terrible desenlace, todavía sustentaba esperanzas. ¡Oh, pobre corazón mío, niño grande, a quien cada nueva herida vuelve más joven y más ardoroso!

Al pasar por delante de Lorenza, para ir a casa de Santiago, la miré un instante, dormida, y, después de tantas lágrimas, esperé nuevamente la redención.

Encontré a Santiago en su trabajo; tendióme la mano lealmente, con sonrisa clara y franca. Miré al rostro, de hito en hito, y no supe ver en sus apacibles facciones la traición que en ellas buscaba. Si aquel muchacho me engañaba, no sabía qué hacía sangrar mi corazón.

—¡Hola!—me dijo riendo,—por lo visto ya no eres perezoso. Los hombres serios como yo, son los que se levantan a las seis.

—Escúchame, Santiago—le contesté;—me siento enfermo y vengo a curarme. He perdido la conciencia de cuanto me rodea, y hasta de mí mismo. Esta mañana, al despertarme, he comprendido que el sentimiento de la vida huía de mi lado, viéndome como perdido en el vértigo y la ceguera. Por eso he bajado a estrecharte la mano y a pedirte ayuda y consejo.

Estudiaba en el rostro de Santiago el efecto de mis palabras. Púsose serio y bajó los ojos; no re-

velaba la actitud de un culpable, sino casi la de un juez.

Y agregué con vibrante acento:

—Tú vives al lado mío y sabes cuál es mi vida. En los comienzos de ella, tuve la desgracia de tropezarme con una mujer que ha pesado sobre mí y que me ha aplastado. Por mucho tiempo la he conservado al lado mío, tanto por lástima como por justicia. No vengo a pedirte que emplees tu saber para separarme de ella; quiero, si es posible, que me des las últimas esperanzas, acallándome la fiebre, y haciéndome ver que no todo es baldón en mí. Te lo he dicho ya: no me conozco a mí mismo. Hazme el favor de escudriñar mi sér, de ponérmelo sangriento ante los ojos. Si nada tengo de bueno, si me veo mancillado de alma y de cuerpo, estoy resuelto a acabarme de hundir, a anegarme en el cieno. Si, por el contrario, consigues darme una esperanza de redención, haré nuevos esfuerzos para remontarme a la región de la luz.

Santiago me miraba y movía tristemente la cabeza.

Tras breve silencio, continué:

—Ignoro si me comprendes bien. Amo a Lorenza con delirio, y exijo que ella me siga en la luz, o en el lodo. Me moriría de terror si me dejase solo en la ignominia; estallará mi corazón cuando llegue a persuadirme de que ella, en su envilecimiento, ha encontrado besos que no son los míos. Con toda su miseria, con toda su fealdad, es mía; nadie querría nada con tan infeliz criatura; esta idea me la hace más cara, más preciosa; es indigna de todos y yo solo la acepto; si supiese que otro había de tener mi triste valor, mi celoso frenesí resultaría tanto más grande, cuanto que haría falta mayor amor, mayor abnegación a aquel que me robase a Lorenza. No discutas, pues,

conmigo, Santiago; nada tengo que ver con tus ideas de la vida, tu voluntad y tus deberes. Yo estoy muy por cima, o muy por bajo de ti para seguirte en tu camino. Tú, que tienes juicio sano y recto, procura sólo darme la seguridad de que Lorenza me ama, de que yo amo a Lorenza y que la debo amar.

Mientras hablaba me animaba, me estremecía y sentía que mi frenesí iba en aumento. Santiago, cada vez más serio, me miraba, y en voz queda:

—¡Pobre muchacho! —decía,—¡pobre muchacho!

Luego me cogió las manos y las tuvo en las suyas, recogíendose y guardando silencio. Mi cuerpo ardía y el suyo se hallaba sereno; sentía contraerse el rostro, e inútilmente me buscaba en el suyo, que permanecía grave y persuasivo.

—Claudio—me dijo por último,—tú sueñas y vives fuera de la vida, en la pesadilla y en la mentira. Tienes calentura, deliras; tu corazón y tu cuerpo se hallan enfermos. Embargado por tu dolor, no ves las cosas de este bajo mundo tales cuales son. Prestas dimensiones monstruosas a los montoncillos de arena, y empequeñeces las montañas; tu horizonte es el del vértigo, poblado de terroríficas visiones, que no son más que sombras y reflejos. Te juro que tus sentidos y tu alma se equivocan, que percibes y que amas lo que no existe. Vaya, comprendo tu enfermedad y hasta conozco las causas. Tú habías nacido para un mundo de pureza, de honor; venías a nosotros sin defensa, sin norma, con el corazón en la mano y con el espíritu libre; tenías el inmenso orgullo de creer en el poderío de tu amor, en la justicia, en la verdad de tu razón. En otra parte, en un ambiente digno, habrías crecido en dignidad. Entre nosotros, tus virtudes han apresurado tu caída. Has amado, cuando era preciso aborre-

cer; has escuchado a tu conciencia y a tu corazón, cuando sólo debías dar oídos a tus placeres y a tu interés. Y por eso eres infame. La historia es desconsoladora; bien castigado debes de encontrarte en tus fierezas, que te impulsaban a vivir apartado de los juicios de la multitud. Hoy la herida es sangrienta, avivada, irritada por tus propias manos, que la desgarran. Has arrastrado en tu caída el ardimiento de tu carácter, has querido perderte por completo, desde que has sentido que la punta de tus pies se sumergían en el mal. Ahora te revuelcas con santo horror, con ímpetu de amargo goce en el innoble lecho en que te has echado. Te conozco, Claudio; llevas en ti la peor de las derrotas; no quieres ser vencido a medias. ¿Me permites, a mí, al hombre práctico, al hombre sin corazón, que trate de curarte, aplicando a tu herida el hierro al rojo?

Hice un ademán de impaciencia y desplegué los labios.

—Sé lo que has de decirme—repuso Santiago con viveza mayor.—Vas a decirme que no quieres curarte y que mi hierro al rojo ni siquiera hará estremecer tu carne, ya sobrado magullada. Sé también lo que piensas, pues en tu rostro veo reflejados tu cólera y tu desdén. Crees que los demás valemos menos que tú, los que no amamos y no sabemos llorar; crees que nosotros hemos hecho esta sociedad, y esa mujer por quien padeces; que somos unos ruines, unos crueles, y que nuestra manera de ser jóvenes es más vergonzosa que tu amor y tu envilecimiento. Y vienes a gritarme, a mí que vivo tranquilo en el mismo cieno que tú, que te mueres de vergüenza, y que yo no tengo alma si no me muero contigo. Fácil es que tengas razón: yo debería sollozar, retorcerme los brazos. Sólo que no siento en modo alguno la necesidad de llorar; no tengo tus nervios de mu-

jer, tu aspereza ni tu delicadeza de sensación. Comprendo que sufras por mí, por los demás, por todos los que aman sin amor, y yo tengo lástima de ti, pobre niño grande, que me pareces sufrir de una enfermedad que me es desconocida. Si no puedo subir hasta ti, exponerme a tus vergüenzas y a tus dolores por sobra de alma y sobra de justicia, quiero cuando menos, para curarte, darte nuestra vileza y nuestra crueldad, arrancarte el corazón y dejarte el pecho vacío. Entonces andarás erguido por la senda de la juventud.

Había alzado la voz, y me apretaba las manos con fuerza, casi montando en cólera. Así debía de ser la pasión de Santiago; pasión incolora, compuesta de razonamiento y de deber. Yo, pálido ante él, con la cabeza medio vuelta, sonreía de desprecio y de congoja.

—¡Tu Lorenza—continuó con energía,—tu Lorenza es una mujerzuela! Es fea, es vieja, es una mujer indigna. Vas a subir a tu casa y a plantarla en la calle; bastante en sazón está para el arroyo. Hace más de un año que esa mujer te corroe y te mancilla; hora es ya de que arrojes la gusana de tu cuerpo, de que te purifiques, de que te laves las manos. Sé lo que son las sorpresas de la carne; querré a Lorenza una noche, si ella lo desea, y si tan mal pensamiento me pasa por la cabeza; al día siguiente devolveré al arroyo lo que del arroyo es, y quemaré azúcar en mi habitación. Sube, arrójala por la ventana, si no quiere salir al instante por la puerta. Sé cruel, sé felón, sé injusto, comete un crimen; mas, por amor de Dios, no tengas a una Lorenza a tu lado. Esas mujeres son un empedrado por el que se anda; pertenecen al que pasa como losas de la calle. Despojas a la multitud, reteniendo para ti sólo una propiedad que es del público. La justicia aquí consiste en no robar a nadie. No te sirvas como

avaro de la propiedad que es de todos. Mira, estoy buscando algún insulto para sacarte de quicio; querría hacerte digno de tu época, enseñándote a injuriar a la mujer, a servirte de ella prácticamente. De un año a esta parte ¿qué has hecho más que llorar?; hete ya muerto para el trabajo, apartado de la clase que te corresponde en sociedad, y cerrado todo porvenir. Lorenza es el ángel malo que ha matado tu inteligencia y tus esperanzas. Hay que matar a Lorenza. Espera, que me queda todavía una última infamia con que azotarte el rostro. Viviendo con esa mujer, no tienes derecho a vivir pobre; si trabajases, si luchases solo podrías morirte de hambre, y morir más grande aún. Los contados amigos que tenías se han alejado; les has visto separarse de ti, uno por uno, con frialdad; ¿no sabes lo que dicen? Dicen que no se dan cuenta de cuáles son tus medios de vivir, que no comprenden cómo puedes mantener una querida; los ricos, al dar limosna, dicen lo mismo de los pobres que tienen perro. Y estos amigos agregan que hay cálculo de tu parte y que comes el pan que Lorenza se gana en otra parte.

Levánteme con movimiento brusco y con los brazos apretados fuertemente con el pecho. El insulto me había herido en pleno rostro; el frío me había cubierto la faz; sentíame rígido, helado, e ignoraba ya si padecía. No creía haber llegado a tal grado de envilecimiento en la opinión de las gentes; había deseado un baldón voluntario, pero jamás la calumnia.

Retrocedí paso a paso hacia la puerta, mirando a Santiago, que se había levantado también y que me miraba con soberbia violencia.

Cuando estuvo en el umbral:

—Oye — me dijo, — te vas sin estrecharme la mano, y veo que no me perdonarás la herida que acabo de infligirte. Ya que soy villano y cruel,

tengo que proponerte la última infamia. No te habré martirizado, no habré soliviantado tu repugnancia sin curarte. Envíame a Lorenza; me siento con valor para tenerla en mi poder una noche; mañana tu amor habrá muerto y arrojarás de tu lado a esa mujer que ya no te pertenecerá. Si te hacen falta otros amores para apresurar el consuelo, sube a arrodillarte ante el lecho de María, y ámala. No te será molesta mucho tiempo.

Hablaba con cólera reconcentrada y fría, con grande y desdenosa convicción; parecía como que pisoteaba todo amor, a aquellas mujeres de que se servía por capricho y por moda; miraba en derchura delante de él, cual si viese a su edad madura felicitarle por las calculadas vergüenzas de su juventud.

Así, Santiago, el hombre práctico, se daba de mano con Paquerette; ambos me aconsejaban un cambio indigno, un remedio más doloroso, más amargo que el mal.

Cerré la puerta con violencia, y subí la escalera, casi tranquilo, estúpido de dolor.

Hay momentos de desesperación en que la inteligencia se pierde, en que los acontecimientos que se suceden se mezclan entre sí y carecen de sentido. Cuando volví a encontrarme delante de Lorenza dormida, olvidé que acababa de ver a Santiago, y no volví a recordar sus consejos ni sus insultos; el corazón y el entendimiento de aquel hombre parecíanme oscuros antros, a los cuales yo no podía bajar. Hallábame solo, frente a frente con mi amor; como ayer, como siempre; sólo me dominaba ya una idea, la de despertar a Lorenza, estrecharla en mis brazos y constreñirla a la vida y a los besos.

Despertéla y la cogí con arrebató en mis brazos, estrechándola hasta hacerla gritar. Hallábame poseído de un furor mudo, de una voluntad impla-

cable. Estaba ya cansado de hallarme fuera de Lorenza, de ignorar lo que pasaba en su interior; encontraba más sencillo el ser ella misma. Decíame que así acabarían las sospechas, que la obligaría a que me amara, inflamando su corazón con mis caricias.

Hacia dos días que Lorenza no me había hablado. El dolor le hizo romper el silencio. Forcejeé y me gritó con áspero acento:

—Déjame, Claudio, me haces mal. ¡Vaya un modo de despertarla a una, ahogándola!

Me arrodillé en el suelo, a la orilla de la cama, y tendí las manos hacia mi verdugo.

—Lorenza — murmuré con dulce acento, —háblame, quíereme. ¿Por qué eres tan cruel? ¿qué te he hecho para que tus labios y tu corazón se obstinen en guardar silencio? Sé leal, hazme padecer todas mis penas en una hora, o arrójate en mis brazos y vivamos felices. Dímelo todo, ábreme de par en par tus pensamientos y tus afectos. Si no me amas, asesta un buen golpe, destrózame y vete. Si me amas, quédate, quédate, pero en mi corazón, muy cerca, y háblame, háblame siempre, pues tengo miedo cuando te veo muda y sombría días enteros y mirándome con ojos de muerta. Siento que la demencia se apodera de mí en ese desierto a que me arrastras; siento el vértigo al inclinarme sobre ti, tan profunda de obscuridad, de silencioso horror. No, no puedo vivir un día más ignorando tu amor o tu indiferencia; quiero que te expliques al instante, que te dejes conocer por fin. Mi mente está cansada de investigar, y henchida de las tristes soluciones que ha querido encontrar acerca de ti. Si no quieres que mi corazón y mi cabeza estallen, nómbrate, di quién eres, dame la seguridad de que no estás muerta, de que tienes aún bastante sangre para amarme o para aborrecerme. En camino estoy de la locura. Escu-

cha; mañana partiremos para Provenza. ¿Te acuerdas de los corpulentos árboles de Fontenay? Pues allá abajo, al esplendente sol, los árboles son más altos, más majestuosos. Viviremos una vida de amor en aquella ardiente tierra, que te devolverá la juventud y te dará una belleza apasionada. Ya verás. Sé que en un rincón sembrado de menuda hierba, existe una casita obscura, que verdean por uno de sus lados yedras y madre selvas; hay allí un vallado de la altura de un niño, que oculta las diez leguas del valle. Desde allí no se distingue sino el azulado cortinaje del cielo y la verde alfombra del sendero. En ese rincón, en ese nido nos amaremos; será nuestro universo, y en él olvidaremos la vida que hemos llevado en este tugurio. El pasado no existirá ya; sólo el presente, con su esplendente sol, su fecunda naturaleza, sus amores enérgicos y dulces, existirá para nuestros corazones. ¡Oh, Lorenza, por compasión, háblame, quíereme y dime que estás dispuesta a seguirme.

Habíase incorporado en la cama, restregándose con tranquilidad los ojos henchidos de sueño, desmarañándose los cabellos y estirando los miembros. Bostezaba. Mis palabras no parecían producirle otro efecto que el de una música desagradable. Yo había pronunciado las últimas con lágrimas en los ojos y con tal amargura, que Lorenza cesó de bostezar, mirándome con semblante contrariado y amistoso a la vez. Atrajo la camisa a sus desnudos pies y luego juntó las manos.

—¡Pobre Claudio! — me dijo, — con seguridad estás enfermo. Eres un niño y me pides cosas que no tienen ninguna gracia. ¡Si supieses lo que me cansan tus besos continuos, tus extravagantes preguntas! El otro día casi me estrangulaste, y hoy lloras y te arrodillas ante mí, como si yo fuese la Virgen. No lo comprendo; en mi vida he conocido

a ningún hombre como tú. Siempre estás ahogándome con tus abrazos y preguntándome si te quiero, puesto que permanezco a tu lado, sin que me des un solo sueldo; en vez de enfermar aquí, más valdría que te buscaras trabajo, que nos permitiese comer algo más a menudo.

Tendióse perezosamente y me volvió la espalda, para que no le diera en los ojos la luz de la ventana, que no le dejaba volverse a dormir. Yo había continuado de rodillas, con la frente apoyada en el colchón, destrozado por el nuevo impulso que acababa de asaltarme; me parecía haberme elevado a inmensa altura, y que, impelido por una mano dura y fría, había venido a caer de bruces desde lo alto del cielo. Entonces me acordé de Santiago; mas el recuerdo me pareció vago e indeciso; habría jurado que habían transcurrido años desde que oyera las terribles palabras del hombre práctico.

Mi corazón se confesó muy bajo que aquel hombre tenía tal vez razón en su egoísmo, y me asaltó la rápida tentación de coger a Lorenza a viva fuerza e ir a dejarla en la primera encrucijada.

No me era posible vivir de aquel modo entre Santiago y Lorenza, entre mi amor y mis dolores; érame necesario un sosiego, una resolución; necesitaba quejarme e interrogar, oír una voz que me contestara y que me diera una certidumbre.

Subí a casa de Paquerette.

Nunca había entrado en la habitación de la vieja. Estaba en el séptimo piso, bajo el tejado; era reducida, aguardillada, y recibía la claridad por una ventana oblicua, cuyo vidrio se levantaba por medio de una varita de hierro. El papel de las paredes colgaba en jirones negruzcos; los muebles, una cómoda, una mesa y un catre, se apoyaban unos en otros, para no venirse al suelo. En un rincón, se veía un aparador de palisandro, con file-

tes dorados en las varillas, cargado de objetos de vidrio y de porcelana. El tabuco estaba sucio, atestado de cacharros de cocina desportillados, llenos de aguas sucias; exhalaba fuerte olor a bazo-fia y almizcle, unido al tufo acre y nauseabundo de la gente entrada en años.

Paquerette se hallaba con toda gravedad arrellanada en un sillón, cuya tela, gastada por algunas partes, enseñaba la lana del respaldo y de los brazos. Estaba leyendo un librito amarillo, lleno de manchas, que cerró y puso sobre la cómoda.

Cogíe las manos y me eché a llorar. Sentéme en un taburete, a sus pies, y, en mi desesperación, a punto estuve de llamarla madre mía. Le conté cuanto me había ocurrido por la mañana, las palabras de Santiago, las de Lorenza; desahugué mi corazón, confesé mi amor y mis celos, y pedí un consejo. Con las manos en ademán de súplica, sollozando, rogando, me dirigía a Paquerette, como a una buena alma que conocía el mundo, y que podía apartarme de aquel lodo en que a ciegas me había hundido.

Sonrió Paquerette al escucharme, dándome golpecitos en las mejilas con los dedos secos y amarillos.

—Vamos, vamos—me dijo, cuando la emoción me había ahogado la voz en la garganta,—vamos, lagrimitas tenemos. Ya sabía yo que un día u otro subiría usted aquí, en demanda de ayuda y socorro. Le esperaba. Lo tomaba usted demasiado en serio y tenía que venir a parar en lágrimas. ¿Quiere que le hable francamente?

—Sí, sí—exclamé,—francamente, brutalmente.

—¡Pues bien! Da usted miedo a Lorenza. En otro tiempo, yo le habría plantado a usted en la calle al segundo beso; besa usted demasiado fuerte, hijo mío. Lorenza está al lado de usted, porque

no puede ir a otra parte. Si quiere desembarazarse de ella, cómprele un vestido.

Paquerette se detuvo con complacencia en esta frase. Tosió y me apartó de la frente un mechón de cabellos que se acababa de deslizar.

—Me pide usted un consejo, hijo mío—agregó.

—Yo le daré por amistad el consejo que Santiago le ha dado por interés. Mi consejo le libertará desde luego de Lorenza.

Rióse con malignidad y mi dolor fué más agudo.

—Mire—le dije haciéndome violencia,—he venido aquí para que me tranquilicen. No me trastorne usted el juicio. Es imposible que Santiago quiera a Lorenza después de las palabras que me ha dicho esta mañana.

—¡Ah! hijo mío—me contestó la vieja,—es usted muy cándido y demasiado joven. No sé qué entiende usted por amor e ignoro si Santiago ama a Lorenza. Lo que sé de fijo es que se hociquean, aprovechando todos los rinconcitos. En otro tiempo, ¡qué de besos di yo sin saber por qué! ¡cuántos me devolvieron que venían no sé de dónde! Usted es un joven extravagante, que todo lo hace al revés que los demás. No debería usted tener querida. Si es usted juicioso, oiga lo que ha de hacer; acomódese a las circunstancias, y verá cómo poco a poco, y lo más naturalmente del mundo, Lorenza tomará el portante. Ya no es joven y podría ser para usted una carga importuna. Más tarde llegaría usted a arrepentirse. Preferible es dejar que se vaya, ya que ella está dispuesta a irse por su propia voluntad.

Yo escuchaba lleno de estupor.

—Pero yo amo a Lorenza—exclamé.

—¿Usted ama a Lorenza, hijo mío? Pues bien, no la ame usted más. Y asunto concluído. Se toma y se deja, y eso es la de siempre. Pero ¡gran Dios!

¿de dónde viene usted? ¿Qué idea le ha dado, siendo como es, de entregar su cariño a la primera que pasa por la calle? En mi tiempo se quería de otra manera; más fácil era entonces volverse la espalda que besarse. Usted mismo conoce que en adelante le es imposible vivir con Lorenza. Sepárense ustedes como quien no hace la cosa. No le digo a usted que se quede con María; esa niña le desagrada a usted, y creo que haría usted mejor durmiendo solo.

Ya no oía la voz de Paquerette. La idea de que Santiago había podido engañarme aquella mañana, no se me había ocurrido; ahora hundíame en ella, no acabando de rendirme a la evidencia, sino hallando una especie de consuelo al decirme que me había engañado tal vez. Era una nueva sombra en mi inteligencia, un nuevo tormento agregado a mis tormentos. Iba en camino de volverme loco.

Paquerette continuó gangueando:

—Yo querría formarle a usted, Claudio, comunicarle mi experiencia. Usted no sabe amar. Hay que ser bueno con las mujeres, no zurrarles la badana, y proporcionarles deleites. Sobre todo, nada de celos; si le engañan, déjese engañar, que le querrá mucho más al día siguiente. Cuando me acuerdo de mis amantes, veo a un rubito que se vanagloriaba de haber tenido de queridas a todas las muchachas de los bailes públicos. ¿Ve usted este aparador? es el único recuerdo que me queda; él me lo regaló. Una noche se acercó a mí y me dijo riendo: "Tú eres la única a quien no he amado. ¿Quieres besarme después de todas las demás?" Entonces le besé en ambas mejillas y nos fuimos a cenar juntos. Así es como hay que amar.

Salí de mi anonadamiento y dirigí la vista al lugar en que me encontraba. Sólo entonces me percaté de la suciedad de aquel tugurio y percibí

el tufo del almizcle y de la grasa quemada. Mi fiebre se había disipado y comprendí todo el baldón que suponía mi presencia a los pies de la vieja impura. Las palabras que me dirigió y que mi memoria ha conservado, se han grabado, espantables en mi imaginación, que antes las barajaba sin comprenderlas.

Me faltaron fuerzas para bajar hasta mi morada. Sentéme sobre un peldaño, y lloré toda la sangre de mi corazón.

XXVI

Soy un hombre sin valor; padezco y no me atrevo a cauterizar la herida. Concibo que Paquette y Santiago tienen razón, que no me es posible vivir en este horroroso tormento que me agita. Para que la muerte no me sobrecoja, no tengo que hacer sino arrancar el amor de mi pecho. Mas soy como los moribundos, a quienes aterra lo desconocido y el no ser. Conozco cuáles son las angustias de mi corazón, henchido de Lorenza; no sé cuáles serían sus tormentos, si se quedase vacío de esa mujer. Prefiero los sollozos de mi agonía a la muerte de mi amor; retrocedo ante los misteriosos horrores de mi alma viuda de cariño.

Siento con desesperación que Lorenza huye de mí. Oprímola en mis brazos como un cilicio que me ensangrienta, que me produce una amarga voluptuosidad. Me despedaza, y no obstante la amo; la amo por cada uno de los agujijones que hace penetrar en mi carne; experimento el doloroso éxtasis de aquellos frailes que morían por los azotes que se daban a sí mismos. Amo y lloro; no

he de negarme a los sollozos, si he de negarme al amor.

Y sin embargo, comprendo que esta pesadilla, cruda y violenta, debe terminar. La crisis se aproxima. No sé cuál de los dos ha de morir. Siento como una angustia que me tiene despierto, que me previene una desgracia próxima. El cielo tendrá compasión; me curará el espíritu y me dejará el corazón; me elegirá para la muerte antes que elegir mis amores.

Esta mañana he visto a un joven y una muchacha que andaban al claro sol. Ambos, estrechamente unidos, adelantaban pasito a pasito, sin curarse de la multitud. La muchacha se apoyaba en el hombro del joven; le contemplaba conmovida y sonriente, y él, en una mirada, le devolvía su emoción, su sonrisa. La pareja resplandecía de amor.

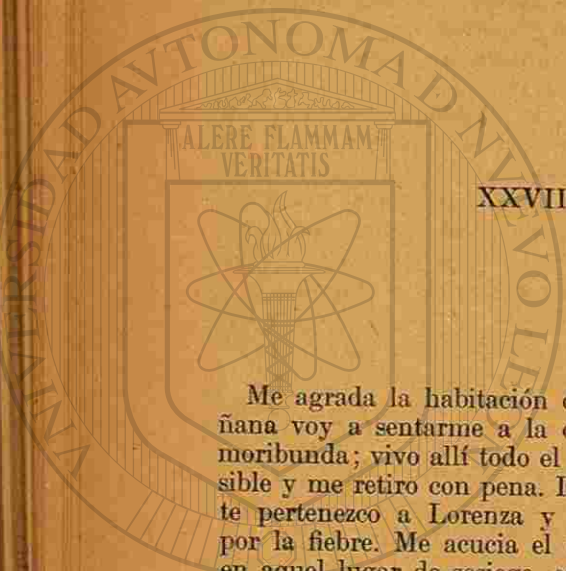
¡Hay, pues, amores jóvenes! Mientras yo vivo miserable, obscurecido, destrozado por una horrible pasión, existen, en los efluvios primaverales, amantes que viven de verdadero cariño. No sabía que se pudiese amar de tal modo; creía que los besos habían de ser acerbos y penetrantes.

Ahora lo recuerdo bien. Los amantes discurren por parejas, a la claridad de la luna, en las auroras. Van vestidas de telas ligeras. A cada paso se besan con ternura, abstraídos del mundo; viven entre el follaje, entre las multitudes, y siempre están solos. El cielo sonríe, la tierra se muestra discreta, el universo es cómplice. Los amantes truecan sus corazones y viven el uno con la vida del otro.

Por mi parte, aquí me he encerrado. Todo no lo puedo tener. Tengo las lágrimas, la desesperación de amar solo, el silencio, los muertos ojos de Lorenza. ¿Qué necesidad tengo de primavera ni de

amores juveniles? Si los demás tienen su alegría, yo tengo mi dolor.

¡Oh, Señor, tened piedad de mí! no me quitéis mi sufrimiento. No permitáis que esta mujer me cure matando mi amor. Quédese aquí, a mi lado; quédese aquí, fría e indiferente, para prolongar mi tormento. Ya no sé por qué la amo; la amo fuera de lo justo y de lo verdadero; quíerola por quererla, y no quiero que me estorben en la locura de mi pasión. Todo mi sér anonada ante la idea de que puede abandonarme; tengo miedo de la nada. Al perderla, perdería mi familia, todos mis afectos, todo lo que aún me liga a la tierra. ¡Dios mío, no consintáis que me deje en la orfandad!



XXVII

Me agrada la habitación de María. Por la mañana voy a sentarme a la orilla del lecho de la moribunda; vivo allí todo el tiempo que me es posible y me retiro con pena. En cualquier otra parte pertenezco a Lorenza y me siento acometido por la fiebre. Me acucia el deseo de encontrarme en aquel lugar de sosiego, en el que entro con la sensación de confianza y de bienestar del enfermo que va a respirar un ambiente más puro, del que espera su curación.

Amo a la muerte. La habitación está templada, húmeda; la luz es cenicienta y atenuada, compuesta de sombra y de blanca claridad; todo se mece allí en una languidez postrera, en una semitransparencia suave y recogida. Nadie puede imaginarse cuán dulce resulta al corazón dolorido el silencio que reina en la estancia en que se muere una joven. Aquél es un silencio extraño, particular, de dulzura exquisita, lleno de contenidas lágrimas. Los rumores, el choque de un vaso, el estallido de un mueble, se dulcifican y se arrastran

como sofocados lamentos los ruidos de fuera penetran como murmurios de compasión y de misericordiosas recompensas. Todo calla, el sonido, la luz; todo está penetrado de dolor y de esperanza. Y, en la obscuridad, en el silencio, óyese una vaga desesperación que viene no se sabe de dónde y que acompaña al agitado alimento de la moribunda.

Miro a María y me siento poco a poco invadir por el invisible hálito de compasión consoladora que llena la habitación; en aquella pálida claridad, las lágrimas de mis ojos descansan, y mis oídos, en aquel silencio aterrador, olvidan durante una hora el ruido de mis sollozos. Todas las dulzuras, todas las delicadas atenciones, todas las palabras en voz queda y cariñosas que se dirigen a María, resultan como dirigidas a mí; contiénesse el ruido de las voces y de los pasos, se pregunta, se contesta con cariño, se evitan las sensaciones agudas y dolorosas; y yo a veces creo que tan bondadosas precauciones se toman para no hacer estallar mi pobre ser henchido de dolor. Imagínome que me estoy muriendo, que me cuidan, y acepto parte de los cuidados y de los consuelos, y robo a la moribunda la mitad de su agonía y de las lástimas que produce; voy, al lado de una niña a las puertas de la muerte, a aprovecharme de las penas y de las ternuras que los hombres conceden a las últimas horas de un alma. En la muerte curo mi amor.

Siento que es la necesidad de ser compadecido, de ser acariciado, lo que me impide a aquella habitación. Allí encuentro el aire que me hace falta, la compasión que necesito. La existencia es demasiado aguda para mi dolorida carne; la excesiva claridad me irrita y no me siento a mis anchas sino en el reparo del olvido de la tumba. Si llega un día en que me vea libre de mis desespe-

raciones, daré gracias al cielo por haberme permitido vivir sentado al pie de un lecho de muerte y por haberme dejado participar así de las dulzuras de una agonía. Habré vivido porque una niña habrá muerto al lado mío.

Contempló a María. La calentura purifica su carne un día tras otro; rejuvenece y se convierte en niña en el agotamiento de su sangre. Su rostro, profundamente hundido, expresa un deseo ardiente, el del no ser, el del reposo; se le han agrandado los ojos y sus descoloridos labios están entreabiertos, como para facilitar el paso al hálito supremo. Espera, resignada, casi sonriente, ignorante de la muerte, como ha sido ignorante de la vida.

A veces nos contemplamos el uno al otro, durante horas enteras. No sé qué pensamiento es el que le detiene la tos en los labios; parece llena de una idea única que basta para tenerla despierta, más viva y más sosegada. El rostro se apacigua y aparecen rosados colores en las mejillas; los miembros bajo las sábanas ostentan menos rigidez; María, ante mi mirada, se aquieta, se aparta de la agonía. En cuanto a mí, parece que me absorbo en ella, que hago míos sus sufrimientos; poco a poco, creo pasar al través de sus entreabiertos labios y formar parte de esa criatura enferma; experimento una sensación a la vez dulce y amarga, languideciendo con ella, desfalleciendo con lentitud; siento que el inexorable mal toma posesión de cada uno de mis miembros y que me sacude con creciente violencia, a medida que mis miradas penetran más adentro de las de María; me digo que voy a morir en el mismo instante que ella, y siento una alegría inmensa.

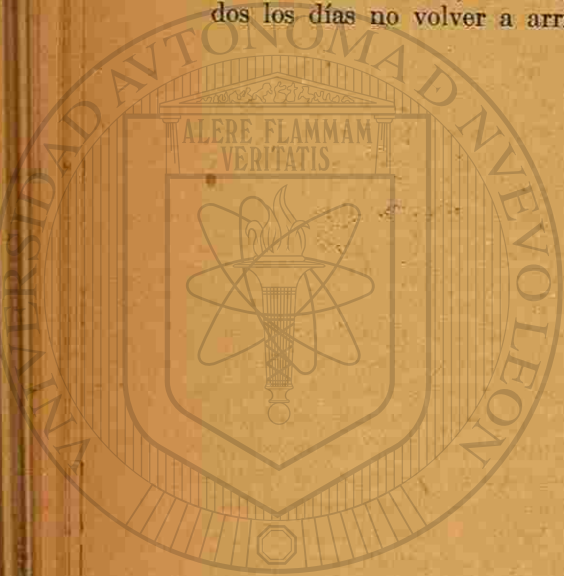
¡Oh! ¡qué singular atractivo y qué tranquilidad! La muerte es poderosa; tiene exigentes tentaciones, irresistibles llamamientos. No hay que

inclinarse sobre los ojos de un moribundo porque resplandecen de luz, y son tan profundos, que sus abismos producen el vértigo. Querría uno ver lo que ven esos ojos agrandados; y nos sentimos llenos de la terrorífica curiosidad de lo desconocido. Cuantas veces María me dirige la mirada, me entran deseos de morir e irme con ella, para saber lo que ella sabrá; creo adivinar que me insta, que me suplica que no la abandone, que sueña con irnos juntos, poniendo en riesgo la misma nada, o el mismo esplendor.

Entonces olvido, olvido a Lorenza. Yo, que veo a Lorenza en todas las cosas, en la vigilia y en el sueño, en cuantos objetos me rodean, en lo que como y en lo que bebo... no la veo en el fondo de los ojos de María. Sólo veo aquella claridad azul, más pálida hoy, que distinguí una noche, mientras que mis labios rozaban los de la niña. La azulada claridad está vacía de mi amor, vacía de dolor para mí; es la única cosa que puedo mirar sin que acudan las lágrimas. Por esto me place esta habitación, esta moribunda, esas intensas miradas, que tienen más pureza, más dulzura que el cielo, pues el cielo también me habla de Lorenza, cuando levanto la cabeza. Vengo aquí a perderme en este olvido, en esta luz clara y serena, toda pureza, que tal vez me curará el corazón.

Cuando anochece y ya no veo la claridad azul de los ojos de María, abro la ventana y miro la negra pared. El cuadro de luz amarilla está delante de mí, vacío o poblado, tético o lleno de movimientos silenciosos. Experimento una aguda sensación, tras muchas horas de olvido, al encontrarme frente a la realidad, frente a mis celos y mis agonías. Todas las noches vuelvo a la tarea penosa y gigantesca de encontrar significación a las sombrías manchas, que se agrandan y se mueven de tan rara manera en la pared. Me he cons-

tituído un recreo doloroso en semejante indagación, y a ella me aplico con ansiosa paciencia, con testarudez rebotante de fiebre, que día tras día me llevan a la ventana, no obstante prometerme todos los días no volver a arriesgar mi razón.



XXVIII

Me encuentro en esa plenitud de desesperación que raya casi en reposo. No puedo sufrir más; la certidumbre de que nada ya aumentará mis lágrimas constituye un alivio. Mi corazón se ha destruido a sí mismo en tal medida, que se ha contenido mi compasión. Hoy ya no me queda sino enjugar mis lágrimas.

Y, con todo, conozco que necesito del cielo para ser curado. Tengo el embrutecimiento del dolor y carezco de la tranquila alegría de la salud. Si mis heridas no pueden hacerse mayores, pueden permanecer abiertas, destilando gota a gota, con sordo padecer.

Hermanos, la mano que las ha cerrado es una mano terrible, la mano de la muerte y de la verdad.

Ayer, al acercarse la noche, la habitación de María se llenaba de oscuridad y de silencio. Una bujía, medio oculta tras un florero de la chimenea, iluminaba un ángulo del techo; las paredes

y el suelo se hallaban en la obscuridad; la blancura del lecho destacaba en medio de las transparentes tinieblas. María, más pálida, más quebrantada, había cerrado los ojos. Yo sabía que no pasaría de aquella noche. Paquerette dormía en su sillón, con las manos juntas y sonriendo en sueños a alguna golosina imaginaria; con la barba descansando en el corpiño, roncaba suavemente, y el ruido de su respiración se mezclaba al debilitado estertor de María. Sentía que me ahogaba entre aquella niña moribunda y aquella vieja harta de comida. Acerquéme a la ventana y la abrí. El tiempo era bonancible.

Me acodé en el listón de madera y miré al cuadro amarillo de en frente. Las manchas iban y venían con rapidez, borrándose para agrandarse más aún. Las sombras no se habían presentado nunca tan ligeras, tan irónicas; parecían complacerse en una danza burlona, en un libertinaje de inexplicables formas, que querían dar al traste con mi juicio. Era una mezcla inexplicable, un montón de cabezas, de cuellos, de hombros, que se barajaban como descuartizados, sacudidos a latigazos. Luego, de pronto, en el instante en que sonreía yo amargamente, sin tratar de comprender, reinó una quietud suprema en aquellas masas sombrías y ágiles; las manchas dieron el postrer salto, dibujáronse dos perfiles, enormes, enérgicos, destacándose con limpieza y vigor. Cualquiera habría dicho que, cansadas de atormentarme, aquellas sombras habían querido revelarse al fin; hallábanse allí, negras, poderosas, con verdad e insolencia soberanas. Conocí a Lorenza y a Santiago, desmesurados, desdeñosos. Ambos perfiles se aproximaron uno a otro con lentitud, yendo a unirse en un beso.

Yo no había abandonado mi sonrisa. Sentí en mi sér una especie de desquiciamiento seguido de

un repentino bienestar. Mi corazón, en un latido enorme, arrojó de sí todo el amor que lo ahogaba, y el amor huyó por mis venas, causándome una postrera quemadura. Experimenté esa sensación de angustia que siente el enfermo en manos del operador; sufrí para no sufrir ya más.

Las sombras por fin hablaban, me daban una certidumbre. Tenía la verdad escrita, allí, delante de mí, en la pared; sabía lo que trataba de adivinar hacía muchos días, y miraba fijamente aquel par de cabezas negras que se besaban en el cuadrado de luz amarilla.

Quedé admirado al padecer tan poco. Había creído que me moriría y no sentía sino una laxitud extrema, un entorpecimiento de todo mi sér. Por mucho rato permanecí de codos, mirando las dos sombras, que se agitaban como acariaciándose, y pensé en la terrible aventura que se desenlazaba con el beso de dos oscuras manchas reflejadas en una pared iluminada.

La conversación que había tenido con Santiago se me representó entonces con indelebles caracteres en la memoria; en el vacío que se hacía en mi interior, oía alzarse, una a una, graves y lentas, las palabras del hombre práctico; y aquellas palabras, que yo creía escuchar por la primera vez, me admiraban por modo extraño, pronunciadas ante aquel beso que la sombra de Santiago daba a la sombra de Lorenza. ¿Quién engañaba a quién? ¿Tenía Paquerette razón? ¿hallábame en presencia de uno de esos inexplicables caprichos que impulsan a las personas a engañarse unas a otras? ¿O bien Santiago se sacrificaba por salvarme, yendo hasta conceder mentidas caricias? Sacrificio singular que podía herirme en el cuerpo, en el corazón, y curarme un mal por otro mal más terrible aún.

Poco a poco mis pensamientos se fueron turbando y no tuve ya la tranquilidad de los primeros instantes.

No comprendía aquel beso y acababa por temer que aquello fuera sólo una miserable farsa.

La lucha entre la duda y la certidumbre se trabó en mí durante un momento, más terrible, más abrumadora. No podía imaginar que Santiago amase a Lorenza; creía más a él que a Paquette. Luego pensaba que los besos tienen su embriaguez, y que Santiago iba a amar a aquella mujer, si ya no la amaba, con sólo apoyar sus labios en los labios de ella.

Así fué que nuevamente empecé a sufrir. Mis celos despertaron y la angustia volvió a oprimirme la garganta.

Habría debido retirarme de aquella ventana, no quedarme absorto viendo aquellas dos sombras. Lo que había sufrido en breves minutos es indecible; parecíame que me arrancaban las entrañas, y no podía llorar.

La verdad resultaba clara, inexorable: poco importaba que Santiago amase o dejase de amar a Lorenza; Lorenza se colgaba a su cuello, se entregaba a él, y, en adelante, quedaba muerta para mí. Esta era la única realidad, el desenlace deseado y temido a la vez:

En la sorda tempestad que agitaba mi ser, sentí que todo se venía abajo en mi interior, comprendí que me quedaba sin fe, sin amor, y fui a arrodillarme, sollozando, ante el lecho de María.

María se había despertado y vió mis lágrimas. Hizo un esfuerzo sobrehumano, y, con estremecimientos de fiebre, se incorporó. Vila inclinarse, apoyando la cabeza sobre mi hombro, y sentí que su enflaquecido y ardiente brazo me rodeaba el cuello. Sus ojos, luminosos en la obscuridad, lle-

nos de las claridades de la muerte, me interrogaban con espanto y compasión.

Yo habría querido orar. Sentía necesidad de juntar las manos, de implorar a una divinidad dulce y misericordiosa. Víme débil y desamparado; en mi terror de niño, quería entregarme a un Dios misericordioso que tuviese piedad de mí. En tanto que Santiago me arrancaba a Lorenza, y que ambos, allá abajo se unían estrechamente en un beso, abrigaba yo el inmenso anhelo de hacer actos de fe y de amor, de protestar de rodillas, de amar en otra parte, en la luz, en lo absoluto. Pero mis labios ignoraban la oración, y tendía los brazos con desesperación en el vacío, hacia el mudo cielo.

Encontré la mano de María y la oprimí suavemente. Sus agrandados ojos seguían interrogándome.

—¡Oh! roguemos, hija mía—le dije,—roguemos juntos.

Pareció como que no me entendía.

—¿Qué tienes?—murmuró con voz apagada y cariñosa.

Y su mano débil procuraba enjugarme las lágrimas. Miréla entonces, y mi herido corazón se deshizo en llanto. Se moría; hallábase ya fuera de la vida, más blanca, más grande; sus ojos, que se velaban, se henchían de tierno y sereno éxtasis; su sosegado rostro dormía, sus adelgazados labios carecían ya de estertor. Vi que iba a morir en mis brazos, en aquella hora solemne en que mis amores morían también; y aquella muerte de una niña, unida a la de mi amor, llevó a mi alma una compasión tan intensa, que tendí de nuevo las manos al vacío con ansiedad más ardiente, en busca de alguien.

Levantéme, y, con voz baja, desgarrado:

—Recemos, hija mía—repetí,—recemos juntos. María sonrió.

—¡Rezar, Claudio!—me dijo,—¿por qué quieres que rece?

—Para consolarnos, María, para que nos perdonen.

—No tengo perdón que pedir, no tengo tristezas que endulzar. Mira, ya ves que sonrío, soy feliz; de nada me acusa el corazón.

Se mantuvo silenciosa, apartando los cabellos de la frente; después prosiguió con acento más débil:

—No sé rezar, porque no he tenido nunca que pedir perdón. La mujer que me crió me aseguraba que solamente los malos eran los que iban a las iglesias para que les absolvieran de sus pecados. Yo no soy más que una pobre muchacha que no ha hecho ningún mal, por lo que nunca he necesitado a Dios. Cuantas veces he llorado, mis lágrimas han corrido en abundancia por mis mejillas y el viento las ha secado.

—¿Quieres, Claudio, que rece por ti?—agregó tras nuevo silencio,—tú me juntarás las manos y harás que repita las palabras que enseñan a los niños en los pueblos. Pediré a Dios que no te haga llorar más.

Yo, estremecido, lacerado, rezaba por María, rezaba por mí. En el fondo de mí ser, encontraba palabras de pena, de adoración, y decíalas una por una, sin mover los labios. Suplicaba al cielo que fuese misericordioso, que nos facilitase la muerte, que durmiese a aquella niña en su éxtasis, en su ignorancia. Y, en tanto que yo rezaba, María, sin ver que yo buscaba un Dios, me apretaba el cuello con más fuerza y se inclinaba sobre mi rostro.

—Oye, Claudio—me decía,—mañana me levantaré, me pondré un vestido blanco y nos ire-

mos de esta casa. Buscarás un cuartito donde nos encerraremos solos. Santiago no me quiere, de sobra que lo veo, porque soy demasiado débil, demasiado inocente. Tú tienes buen corazón, y viviré contigo como he vivido con Santiago, más dulce, más alegre. Me siento un tanto cansada y necesito un buen hermano. ¿Quieres?

Estas palabras resultaban horribles en boca de la moribunda, pronunciadas con tan amortiguada ternura. Conservaba su ingenua impudicia hasta la muerte, ofreciéndose en su último lecho como hermana y como amante de diez años. Yo sostenía su pobre cuerpo como sagrada carne y escuchaba su tenue y ardiente acento con santa compasión.

No pudiendo rezar más, pensaba. ¿Qué es, pues, el mal? ¿No me hallaba frente a un bien absoluto? Con seguridad que Dios ha hecho una obra enteramente buena, por completo perfecta. El mal es una de nuestras invenciones, una de las llagas con que nos hemos cubierto. Aquella pobre criatura, que se moría, no se había inquietado en toda su vida por los besos que había dado a sus amantes, más de lo que una niñita puede inquietarse por las caricias hechas a su muñeca. Y Lorenza, aquella Lorenza tétrica y desolada, delataba tal descaecimiento, que su impudicia no era ya más que la aceptación tácita de un acto puramente material. ¿Dónde hallar el mal en todo esto, y quién habría osado castigar a Lorenza y a María, una en su ignorancia, otra en su embrutecimiento? El corazón había vuelto a dormirse o no se había despertado aún. No podía ser cómplice de la carne, que también permanecía inocente, en su calma. Si me hubiese visto en el trance de condenar a aquellas dos mujeres, más lágrimas habría tenido que se-

veridad; para ambas habría deseado la muerte, la paz suprema.

Deben de dormir un profundísimo sueño en sus tumbas esas pobres criaturas, que han vivido de bullicio, de alegría febril. Tal vez, al fin y al cabo, sus corazones aman en la muerte, sufriendo espantosamente ante la idea de una vida pasada amando sin amar; querrían latir ahora y se encuentran clavados en sus ataúdes.

Ibase María, pura y virgen, asombrada, estremeada, comprendiendo quizás que se moría antes de haber conocido la existencia. Yo habría querido que se llevase con ella a Lorenza, que nada tenía que aprender, por haber puesto en práctica todas las voluptuosidades. Ambas habrían bajado a lo desconocido con el mismo paso, igualmente mancilladas, igualmente inocentes, hijas de Dios asesinadas por los hombres.

Sostuve la frente de la pobre niña, inclinada por la agonía.

—¿Dónde está Santiago?—me preguntó.

—Santiago — contesté,—en su habitación con Lorenza. Se están besando. Nosotros quedamos solos.

—¡Solos! ¿Lorenza no vive ya contigo, Claudio?

—No. Me ha dejado por Santiago. Nos quedamos solos.

María restregó suavemente sus manos, una contra otra.

—¡Oh! ¡qué cosa tan buena! ¡qué cosa tan buena es encontrarse solos!—murmuró;—vamos a poder vivir juntos. Han hecho muy bien en arreglar las cosas de este modo. Habrá que darles las gracias. Sean felices, que nosotros lo seremos también.

Luego se expresó en tono de confianza, en voz baja y alegre.

—No sabes—me decía;—yo no quería a Lorenza. Era mala aquella mujer; te hacía derramar lágrimas que yo habría querido enjugar. Por la noche, cuando sabía que estabas a su lado, no podía dormir; me apartaba de Santiago, y habría querido subir a tu habitación para velar por ti, a fin de que no te hiciese mal. Tú no me dejarás ya, ¿no es verdad, Claudio? Anda, yo seré para ti una buena mujercita, que se empequeñecerá todo lo que pueda.

María guardó un corto silencio, sonriendo ante sus propias ideas. Iba postrándose cada vez más y se quedaba inerte; yo le sostenía el cuerpo y sentía que la vida se le escapaba en cada una de las palabras que pronunciaba. Quedábanle aún algunos minutos que vivir. Su sonrisa desapareció y experimentó un movimiento de espanto.

—Me engañas, Claudio — repuso bruscamente. —Santiago no besa a Lorenza. Lo que tú quieres es contentarme. ¿Dónde les ves besarse?

—Allí, allí en frente—contesté,—en la pared. María juntó las manos.

—Quiero verlo—dijo, estrechándose contra mí. Su voz estaba sorda y suplicante; humilde y dulce, me acariciaba.

Toméla en brazos y la levanté. Mostrábase ligera, palpitante; se abandonaba. Yo la llevaba con precaución, sintiéndola apenas, por temor de destruirla. Tocaban mis manos con santo respeto a aquella criatura medio desnuda, desmelenada, que se me apoyaba en el cuello y que pertenecía ya a la muerte.

Cuando, con los brazos extendidos, la acerqué a la ventana, María, con la cabeza echada atrás,

miró al cielo. La noche avanzaba, el azulado espacio estaba sembrado de estrellas; el ambiente tranquilo tenía estremecimientos templados y lentos. Los ojos de la moribunda miraban las estrellas, y sus labios aspiraban el aire tibio. Su rostro, hasta entonces resignado, experimentó una contracción dolorosa, como una rebeldía de la carne moribunda en presencia de los hálitos de la vida. Absorbíase en su contemplación, extendía sus miradas a los sombríos espacios, y parecía soñar el último de sus sueños.

Oí un murmullo y me incliné. Ella repetía:

—No lo veo, no se besan.

Y agitaba suavemente en el vacío sus pobres manos, como para apartar el velo que se extendía ante sus ojos.

Entonces levanté la cabeza. Las sombras, en el cuadrado de claridad amarilla, continuaban besándose. Aparecían más negras, más energías, y su limpieza las hacía más espantosas. María las distinguió.

Una suprema sonrisa apareció en sus labios. Con alegría infantil, con voz de juventud, se me acercó al oído y me acarició con la mano.

—¡Oh! los veo, los veo—dijo.—Se besan. Tienen cabezas enormes y muy negras. Tengo miedo. Diles que estamos juntos y que no vengan más a atormentarnos. Una noche se besaron así; pero nosotros también nos besamos, y desde aquel instante no he vuelto a querer a Lorenza. ¿Te acuerdas? Acércate para darte un beso: será el segundo, el de nuestros desposorios.

María llevó balbuceando su boca a la mía. Sentí pasar por entre mis labios un hálito acompañado de un ligero grito. El cuerpo que sostenía en mis brazos experimentó una convulsión, y después cayó abatido.

Contemplé los ojos de María, que estaban muy abiertos; mas en vano busqué la claridad azul que allí ardía en la noche aquella de que acababa de hablar.

Estaba muerta, muerta en mis brazos.

Llevé el cadáver al lecho y cubrí castamente aquel cuerpo medio desnudo que hasta entonces había ocultado en mi pecho. Sentéme al borde de la cama y apoyé la cabeza de la niña sobre uno de mis brazos, teniéndole cogidas las manos y mirando su rostro que parecía vivir y sonreír aún. Parecía engrandecida en la muerte, más serena, más pura.

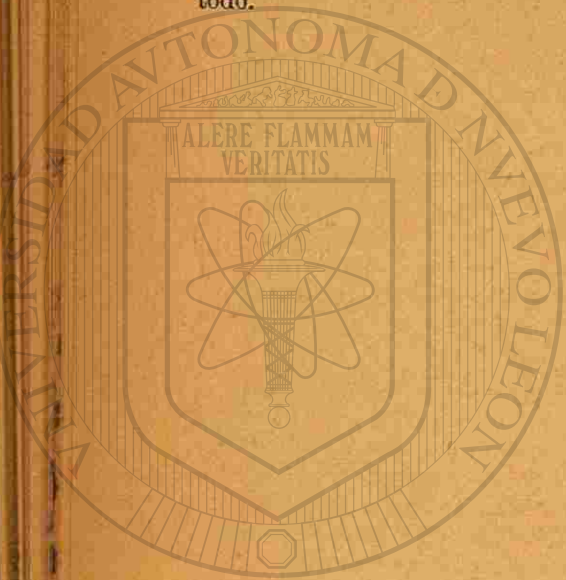
Corríanme por las mejillas gruesas lágrimas, yendo a caer sobre los cabellos de la difunta, que me cubrían las rodillas.

No sé el tiempo que permanecí de aquel modo en medio del silencio y de la obscuridad. Bruscaamente Paquerette se despertó y vió el cadáver. Se levantó estremeciéndose y corrió en busca de la bujía, que estaba detrás del jarro, en la chimenea; después, cuando hubo paseado la llama por el rostro de María, y cuando se dió cuenta de que todo había terminado, se mostró ruidosamente desesperada. Aquella vieja retrocedía espantada ante la muerte que sentía a su lado, y lloraba de dolor al pensar que ella también tendría pronto que morir. No había creído nunca en la enfermedad de aquella niña, que le parecía demasiado joven para irse tan de prisa; ante el rápido y terrible desenlace temblaba de espanto. Sus gritos debían de oírse en la calle.

Ruido de pasos llegó de la escalera. Algún vecino subía, atraído por las exclamaciones de Paquerette.

Abrióse la puerta; Lorenza y Santiago aparecieron bajo el dintel...

¡Oh, hermanos! no puedo continuar hoy el espantoso relato. La mano me tiembla y los ojos se me llenan de oscuridad. Mañana lo sabréis todo.



XXIX

Lorenza y Santiago aparecieron en el umbral de la puerta, medio vestidos, horrorizados.

Santiago, al ver el cadáver de María, cruzó las manos lleno de terror y de admiración. No esperaba una muerte tan inmediata. Fué a arrodillarse al pie del lecho y ocultó la cabeza en la sábana, que caía hasta el suelo. Una congoja terrible parecía anonadarle. No volvió a moverse, y yo no sabía si lloraba o no.

Lorenza, pálida, secos los ojos, se mantuvo en el umbral, sin osar acercarse. Se estremecía y volvía a otro lado las miradas.

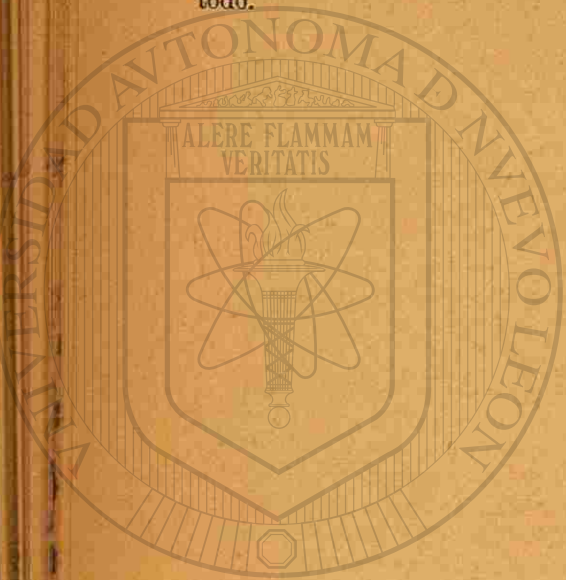
—¡Muerta, muerta!—repitió en voz baja.

Y adelantó dos o tres pasos como para ver mejor. Hallábase en medio de la estancia, sola, en pie.

Yo continuaba estrechando al cadáver en mis brazos; cubríame con él, y me protegía contra Lorenza, que se acercaba.

—No se acerque usted—exclamé con dureza;

¡Oh, hermanos! no puedo continuar hoy el espantoso relato. La mano me tiembla y los ojos se me llenan de oscuridad. Mañana lo sabréis todo.



XXIX

Lorenza y Santiago aparecieron en el umbral de la puerta, medio vestidos, horrorizados.

Santiago, al ver el cadáver de María, cruzó las manos lleno de terror y de admiración. No esperaba una muerte tan inmediata. Fué a arrodillarse al pie del lecho y ocultó la cabeza en la sábana, que caía hasta el suelo. Una congoja terrible parecía anonadarle. No volvió a moverse, y yo no sabía si lloraba o no.

Lorenza, pálida, secos los ojos, se mantuvo en el umbral, sin osar acercarse. Se estremecía y volvía a otro lado las miradas.

—¡Muerta, muerta!—repitió en voz baja.

Y adelantó dos o tres pasos como para ver mejor. Hallábase en medio de la estancia, sola, en pie.

Yo continuaba estrechando al cadáver en mis brazos; cubríame con él, y me protegía contra Lorenza, que se acercaba.

—No se acerque usted—exclamé con dureza;

—no venga a mancillar a esta niña que duerme. Quédese en donde está. Tengo que juzgar a usted y condenarla.

—Claudio—me contestó con dulce acento,—déjame que la bese.

—No, no, los labios de usted están ensangrentados por los besos de Santiago; profanaría usted a la muerte.

Santiago parecía dormir, con la cabeza en la sábana. Lorenza cayó de rodillas.

—Escucha, Claudio—me dijo tendiéndome las manos,—no sé lo que ves en mis labios, mas no me hables con tanta dureza. Necesito consuelos.

Miré a aquella mujer que se lamentaba humildemente, y no conocí a Lorenza; temiendo cualquier debilidad, oprimí a María más estrechamente.

—Levántese para oirme—repuse.—Quiero acabar de una vez. Usted viene de casa de Santiago; aun tiene usted desordenado el cabello por sus caricias. No debería usted haber subido aquí. Se ha equivocado usted de puerta.

Lorenza se levantó.

—¿Es decir que me arrojas?—preguntó.

—Yo no la arrojo. Usted se ha arrojado a sí misma al aceptar otra morada. Quédese allá donde ha ido.

—Yo no he ido a ninguna parte. Estás equivocado, Claudio. No hay besos de nadie en mis labios. Te amo.

Adelantaba a paso lento, fascinadora, con los brazos extendidos.

—No se acerque usted, no se acerque—volví a exclamar con movimiento de espanto.—No quiero que me toque, no quiero que toque usted a María. Esta pobre muerta me protege contra usted; aquí

está, sobre mi seno, dormida, aquietándome el corazón. Siéntome intensamente destrozado. Habría tenido quizás la cobardía de perdonarla a usted, si hubiese usted ido a nuestra habitación, a arrastrarse a mis plantas, pues habría sido usted omnipotente conmigo, por este infame amor que la miseria y el abandono me han inspirado. Aquí no puede usted nada sobre mi corazón, nada sobre mi cuerpo. Tengo todavía en los labios el alma de María, su último aliento y su postrer beso. No quiero que la mancillada boca de usted me robe esta alma.

Lorenza se había detenido, sollozando, contemplándome al través de sus lágrimas.

—Claudio—murmuró,—tú no me comprendes ni me has comprendido jamás. Te amo. No he sabido lo que deseabas de mí, y me he entregado como me sabía entregar. ¿Por qué me arrojas? El mal no lo he hecho yo; si lo he hecho, me pegarás y viviremos todavía juntos.

Hallábame cansado; sentía que mi corazón manaba sangre y tenía prisa de que aquella mujer saliera. A mi vez me dirigí a ella en ademán de súplica:

—Lorenza, por compasión—le dije con mayor dulzura,—retírese usted. Si ha abrigado usted algún amor por mí, evíteme todo sufrimiento. Nuestra ternura ha muerto, y es fuerza que nos separemos. Vaya usted al mundo, a donde usted quiera, al bien, si es posible. Déjeme volver a encontrar mis esperanzas y mis alegrías.

Lorenza cruzó los brazos con desesperación y repitió muchas veces con extraviado acento:

—Todo ha concluído, todo ha concluído.

—Sí, todo ha concluído—contesté con fuerza.

Entonces Lorenza cayó al suelo, como una masa, y estalló en sollozos.

Paquerette, que tranquilamente había vuelto a tomar posesión de su butaca, la miró con curiosidad. La impura vieja no volvía de su asombro, cuscurreando unas pastillas que acababa de encontrar y a las que daba fin, ya que María no podía terminar la caja.

—¡Vamos, hija mía—dijo a Lorenza,—tú también haces la tonta. ¡Gran Dios, y qué bestias se han vuelto los enamorados! En mi tiempo se separaban con la mayor alegría. Piensa en que todo el provecho está de tu parte al separarte de Claudio. El lo consiente; pues toma la puerta y dale las gracias.

Lorenza no oía; golpeaba el suelo con los pies y con los puños, presa de una especie de crisis nerviosa. Medio vestida, se retorció anhelante, en medio de escalofríos que la agitaban por completo. Mordíase los cabellos que le caían en el rostro; lanzaba gritos ahogados, palabras confusas que se perdían en sus sollozos.

Mirábala yo de arriba abajo, aplastada y estremeciéndose; no sentía en mi interior ni compasión ni cólera.

Luego se enderezó a medias, y, con el rostro convulso, con la carne enrojecida y amoratada por las lágrimas, arrastróse hacia mí con las faldas retorcidas y colgando, y me gritó:

—Tienes razón, Claudio, soy una malvada. Prefiero decirlo todo; tal vez me perdonarás en seguida. Tus ojos han visto bien: mis labios deben de estar enrojecidos por los besos de Santiago. Soy yo la que ha ido en su busca; yo le he obligado a la traición. Soy mala.

Los sollozos le desgarraban el pecho. Subían del fondo de sus entrañas, en resoplidos enormes y penosos, que le hinchaban la garganta horriblemente, haciendo ondular todo su sér y esta-

llando en sus labios con gritos secos y desgarradores.

—No sé — decía.—Ignoraba que los besos de Santiago pudieran separarnos. Lo he hecho sin reflexionar, sin pensar en ti. Aburriame a veces por la noche, cuando venías a esta habitación. Entonces procuré distraerme. No sé darme cuenta de lo que ha pasado. Yo no te quiero dejar. Perdóname, perdóname.

A última hora, aquella mujer era todavía más impenetrable. No podía comprender a aquella criatura fría y postrada, nerviosa y suplicante. Un año hacía que vivía a su lado, y me era tan enigmática como el primer día. Habíala visto, alternativamente, vieja y joven, activa y adormilada, seca y amante, irónica y humilde; no me era posible reconstruir un alma con sus diversos elementos, y me quedaba mudo ante aquel rostro desconocido. Quizás me amaba, obedeciendo a esa necesidad de amor y de estimación que se encuentra en el fondo de los más abyectos caracteres. Por lo demás, yo no trataba ya de comprender: adivinaba que Lorenza sería por siempre un misterio para mí, una mujer compuesta de obscuridad y de vértigo; sabía que viviría en mí sér como una pesadilla inexplicable, como una noche febril rebotante de visiones monstruosas e incomprendibles.

No la quería escuchar; sentíame aún en el ensueño, tenía miedo de ceder a la locura de las tinieblas y tendía con todas mis fuerzas hacia la luz.

Hice un movimiento de impaciencia, rehusando con un ademán, apretando los labios. Lorenza, postrada, apartó de la frente los cabellos; miróme al rostro, muda, indescifrable; carecía ya de sú-

plicas y las palabras le faltaban. Rogábame con su actitud, con su mirada, con su semblante trastornado.

Volví la cabeza.

Lorenza entonces se levantó trabajosamente y se dirigió a la puerta, sin quitarme la vista de encima. Quedóse por un instante erguida sobre el umbral. Parecióme agrandada, y a punto estuve de perder mi entereza, lanzándome a sus brazos, al ver que llevaba, en aquella hora postrera, los jirones del vestido de seda azul. Tenía cariño a aquel vestido y habría querido desgarrar un guiñapo de él para conservarlo como recuerdo de mi juventud.

Lorenza, retrocediendo siempre, entró en la sombra de la escalera, dirigiéndome la última súplica, y el vestido ya no fué más que una ola negra que se deslizó por los peldaños, estremeciéndose.

Estaba libre.

Me llevé una mano al corazón, que latía débil y acompasadamente. Tenía frío. Un gran silencio reinaba en todo mi sér, y me parecía que despertaba de un sueño.

Había olvidado a María, cuya cabeza descansaba aún apaciblemente sobre mi pecho. Paquerette, que dormitaba, se levantó bruscamente y acostó al cadáver en el lecho, cuan largo era, diciéndome:

—¡Mire usted a la pobre criatura! Ni siquiera le ha cerrado usted los ojos. Parece que le mira a usted y que sonríe.

María me miraba. Tenía un sueño de niña, una paz divina, una frente pura de virgen y de mártir. Sentíase dichosa por lo que acababa de oír, y se decía que nos hallábamos solos y que íbamos

a podernos amar. Cerréle los ojos para que se durmiera con aquel pensamiento de amor, y le besé los párpados.

Paquerette colocó dos bujías sobre una mesita, al lado del cadáver, y después volvió a entregarse al sueño, haciéndose un ovillo en el sillón. Santiago no se había movido; todas mis palabras, todas las de Lorenza habían llegado hasta él sin hacerle estremecer. De rodillas, con el rostro hundido en las sábanas, perdíase en algún pensamiento austero y terrible que le mantenía mudo, anonadado.

En la habitación reinaba ya el más profundo silencio. Las dos bujías despedían una claridad pálida que blanqueaba las ropas del lecho y el rostro descubierto de María. Fuera de aquel reducido círculo de luz, todo era indecisa sombra. En aquella obscuridad, distinguía vagamente a Paquerette dormida y a Santiago de rodillas. Me dirigí a la ventana.

Pasé allí la noche, en pie, frente al estrellado cielo. Miraba a María y miraba en mi interior; dominaba a Santiago y distinguía a Lorenza lejos, muy lejos en mi memoria. Mi pensamiento racionaba con lucidez; me lo explicaba todo y tenía plena conciencia de mi sér y de las criaturas que me rodeaban. De este modo pude ver la verdad.

Sí, Santiago no se equivocaba. Yo he estado enfermo; he tenido fiebre, delirio. Comprendo en el día, por el cansancio de mi corazón, cuánta debió de ser la violencia de mi mal. Sintíendome orgulloso de mi sufrimiento, pienso que no he sido infame, que mis desesperaciones no eran sino las rebeldías de mi corazón, indignado de la sociedad en que lo había descaminado. Siéntome inhábil ante la ignominia; no sé aceptar los amores vul-

gares; no tengo la tranquila indiferencia necesaria para vivir en este rincón de París, donde la hermosa juventud se revuelca en el cieno; habríanme hecho falta las costumbres puras, la ilimitada campiña. Si hubiese encontrado una virgen, me habría hincado de rodillas para darme por completo; habría sido puro como ella, y, sin lucha, sin esfuerzo, nos habríamos unido y habríamos satisfecho nuestras caricias. La vida tiene sus fatalidades. Una noche encontré a Lorenza con el seno al descubierto; tuve la imprudente confianza de vivir junto a aquella mujer, y llegué a amarla, a amarla como a una virgen, con todo mi corazón, con toda mi pureza. Ella me devolvió mi cariño en sufrimientos y desesperaciones; tuvo la vileza de dejarse amar, sin llegar a amarme nunca. Me despedacé ante aquella alma muerta, por querer hacerme comprender. Lloré como un niño que quiere besar a su madre, alzándose sobre los piecitos, por no poder alcanzar al rostro de la que es toda su esperanza.

Estas cosas me decía en aquella noche suprema, y me decía además que vendría un día en que pudiera hablar y hacer ver la verdad a mis hermanos, corazones de veinte años. Veía una gran lección en mi juventud perdida, en mis amores destrozados. Todo mi sér repetía: ¿Por qué no permaneciste allá, en Provenza, entre las altas hierbas y bajo aquel resplandeciente sol? Habrías crecido en honor, en fuerza. Y cuando viniste aquí en busca de vida y de gloria, ¿por qué no te escudaste contra el lodo de la ciudad? ¿Por ventura no sabes que el hombre no tiene dos juventudes, ni dos amores? Erate preciso vivir joven en el trabajo, y amar en la virginidad.

Los que aceptan sin lágrimas la vida que he llevado durante un año, no tienen corazón; los

que lloran como yo he llorado, salen de esta vida con el cuerpo destrozado y el alma moribunda. Precisa matar a las Lorenzas, como decía Santiago, ya que ellas matan nuestro cuerpo y nuestros amores. Yo no soy más que un niño que ha padecido, y no quiero predicar aquí; mas dejo ver mi pecho vacío, mi sér dolorido y sangriento, y deseo que mis llagas horroricen a los jóvenes de mi edad y les detengan al borde del abismo. A los que se muestran sedientos de luz y de pureza, les diré: "Tened cuidado, que entráis en la obscuridad, en la mancha." A aquellos cuyo corazón duerme y que están dotados de la indiferencia del mal, les diré: "Ya que no podéis amar, tratad al menos de permanecer dignos y honrados."

La noche estaba clara y yo veía hasta a Dios. María, rígida ya entonces, dormía con pesadez; la sábana presentaba largos pliegues, duros y secos.

Yo pensaba en la nada, en que tendríamos gran necesidad de una creencia, nosotros los que vivimos con la esperanza del mañana y no sabemos lo que el mañana será. Si hubiese yo tenido, en el cielo, o en otra parte, un Dios amigo, cuya mano protectora hubiese sentido, tal vez no me habría dejado llevar del vértigo de una mala pasión; habría hallado siempre consuelos en medio de mis lágrimas; habría empleado mi excesivo amor en la oración, en vez de no poder darlo y sentir que me ahogaba. Habíame abandonado porque sólo creía en mí y porque había perdido todas mis fuerzas. No siento obedecer a mi razón, vivir libre, sin tener otro respeto que el de lo verdadero y lo justo. Sólo que, cuando la fiebre se apodera de mí, cuando tiemblo de debilidad, tengo miedo y me convierto en un niño; querría verme amenazado por una fatalidad divina, extinguirme, dejar obrar a Dios en mí y por mí.

Y pensaba en María, preguntándome dónde podría hallarse su sér en aquel instante. En la gran naturaleza, sin duda. Me imaginaba que cada alma se dirige al gran todo, que la humanidad muerta no es más que un hálito inmenso, un solo espíritu. En la tierra nos hallamos separados, nos ignoramos y lloramos por no podernos reunir; más allá de la vida existe penetración completa, unión de todos con todos, amor único y universal.

Miraba al cielo. Parecíame ver, en la inmensidad tranquila y sosegada, el alma del mundo, el eterno sér compuesto de todos los séres. Entonces saboreé una gran dulzura; acababa de ir más allá de la curación, hallábame en el perdón y en la fe.

Hermanos, la juventud me sonreía aún. Pensé que un día nos encontraremos unidos los cuatro, María y Santiago, Lorenza y yo; nos comprendremos, nos perdonaremos; nos amaremos sin tener que oír los sollozos de nuestros cuerpos y gozaremos de sublime paz, cambiando aquellas caricias que no podíamos ofrecernos cuando vivíamos en cuerpos diferentes.

La idea de que existe una mala inteligencia en la tierra y que todo se explica en otra parte, me consoló. Me dije que esperaré a la muerte para amar.

Manteníame en pie, junto a la ventana, a la faz del cielo, frente al cadáver de María, y poco a poco una frescura suave, una esperanza sin límites me llegaban de aquella joven muerta y de aquellos espacios soñadores.

Las bujías iban extinguiéndose. La habitación ofrecía un silencio cada vez más grave y las sombras se agigantaban. Paquerette dormía. Santiago no se había movido.

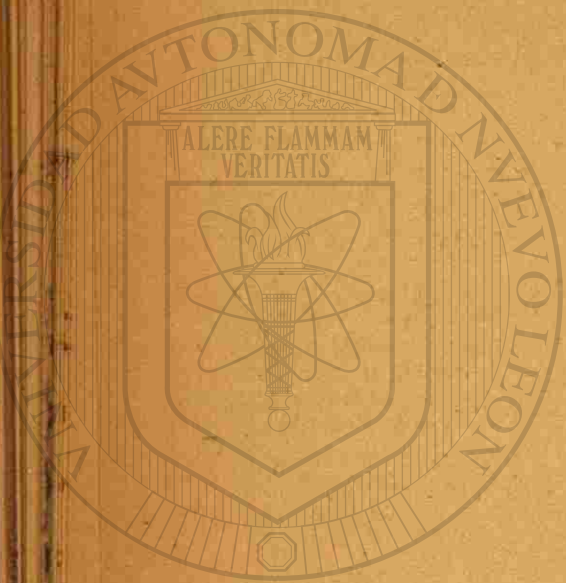
Levantóse bruscamente y miró con miedo a su alrededor. Vile inclinarse sobre el cadáver para besarle en la frente. La helada carne le produjo

un estremecimiento. Entonces se percató de que me hallaba yo allí; vacilante, se me acercó y me tendió la mano.

Yo miré a aquel hombre, a quien no me era dado comprender, que me parecía tan obscuro y tan impenetrable como Lorenza. Ignoraba si me había engañado, o si había querido salvarme. Aquel hombre había venido para destrozarme el corazón, pero yo había esperado, había perdonado. Toméle la mano y se la estreché.

Entonces se fué, dándome gracias con la mirada.

A la mañana siguiente, me encontré al borde del lecho de María, de rodillas, llorando aún, mas con lágrimas dulces y suavizadas. Lloraba a aquella pobre niña, a quien la muerte había arrebatado en la primavera de su vida, ignorante de los besos del amor.



XXX

Hermanos, me voy con vosotros. Parto mañana para nuestras campiñas. Deseo beber nueva juventud en nuestros dilatados horizontes, en nuestro sol ardiente y puro.

He tenido un orgullo sobrado grande; me he creído formado ya para la lucha, cuando no era sino un niño débil y desnudo de todo. Tal vez permaneceré siempre niño.

Confío en vuestra amistad, en mis recuerdos. A vuestro lado recordaré los días que fueron, me tranquilizaré y acabaré de curarme el corazón. Iremos a las llanuras, a las orillas del umbroso río; volveremos a la vida de nuestros diez y seis años, y olvidaré por tal modo el año terrible que acaba de transcurrir. Me veré todavía en aquellos días de ignorancia y de esperanza, cuando nada se me alcanzaba de la realidad y cuando soñaba un mundo mejor. Volveré a ser joven, creyente, y podré empezar de nuevo la vida, fundándola en nuevos ensueños.

¡Oh! siento que todos los pensamientos de mi juventud me vuelven en tropel, y me hinchen de fuerza y de esperanza. Todo había desaparecido en la noche en que había entrado; vosotros y el mundo, mi trabajo de cada día y mi futura gloria. Vivía sólo para una idea única, amar y sufrir. Hoy día, en mi sosiego, siento despertarse, uno por uno, aquellos pensamientos que reconozco y a los cuales deseo la bienvenida, enternecida el alma. Estaba ciego. De nuevo veo claro en mí; el velo se ha desgarrado, y encuentro el mundo tal como lo había dejado, de amplitud inmensa para la juventud valerosa, luminoso y rebosante de aplausos. Voy a reanudar mi trabajo, a adquirir nuevas fuerzas, a luchar en nombre de mis creencias, en nombre de mis amores...

Hacedme lugar a vuestro lado, hermanos. Bañémonos en el aire puro, en los campos resplandecientes de sol, en nuestros vírgenes amores. Preparémonos para la vida, amándonos los tres, cogidos de las manos, libres bajo el cielo infinito. Esperadme, y haced que la Provenza sea más dulce, más alentadora para recibirme y para devolverme la infancia.

Ayer, cuando delante de la ventana, ante el cadáver de María, me purificaba en la fe, vi que el cielo, lleno de oscuridad, blanqueaba en el horizonte. Toda la noche había tenido ante los ojos los oscuros espacios, salpicados por los resplandores de las estrellas; en vano había ondeado lo infinito del sombrío abismo, espantándome ante aquella quietud inmensa, ante aquella nada insondable. Aquella quietud, aquella nada, se iluminaron; las tinieblas vibraron y se replegaron lentamente, dejando ver sus misterios; al terror de la oscuridad sucedió la esperanza de la claridad naciente. Todo el cielo se inflamó poco a poco, dejando ver matices rosados, dulces como sonrisas;

abrióse a la pálida luz, mostrando a Dios en esa hora matutina y transparente. Y yo, solo, en presencia de aquella desaparición de la noche, del nacimiento aquél, lento y majestuoso, del día, sentí en el corazón una fuerza juvenil, invencible, una esperanza inmensa...

¡Hermanos, era la aurora!

FIN

ÚLTIMAS PUBLICACIONES de la Casa Editorial

Gassó Hermanos.-Sta. Teresa, 6-Barcelona

Nick-Carter

El Enigma chino.
El Ataud vacío.
Los Crímenes sin rastro.
El Círculo de pillos.
En las garras de la muerte.
El buitre y su presa.
La carta del muerto.
El ladrón de levita.
La reina de los falsarios.
Geisha.
La Impostora.
El cuadro robado.
Los salteadores de trenes.
Los monederos falsos.
La loca secuestrada.
La promesa del detective.
Los crímenes de un cajero.
Astucia y crimen.
Los hermanos gemelos.
El falso heredero.
El guardián del tesoro.
El crimen de una mujer.
La enemiga implacable.
La casa de los fantasmas.
La mujer policía.
El muerto vivo.
La mano misteriosa.
El discípulo del diablo.
La hija del muerto.
Curry el bandolero.
Los bandidos de Porter's Pool.
Lucha de detectives.
La cuadrilla de espías.
El peligro de una nación.

El rubí del rajá.
Los nihilistas rusos.

E. Zola

Teresa Raquin.
Los misterios de Marsella.
Magdalena Ferat.
La taberna.
El mandato de una muerta.
Una página de amor.
La confesión de Claudio.
La conquista de Plassans.
El delito del Padre Mouret.
La Ralea.
La fortuna de los Rougon.
El vientre de París.
Su excelencia Eugenio Rougon.
Cuentos á Ninon.
Nuevos cuentos á Ninon.

C. Braemé

Dora.
Azucena.
Leonor.

J. de Guevara

Pensamientos para postales

